



NUESTRO LEGADO

*Una breve historia de
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los
Últimos Días*

NUESTRO LEGADO

*Una breve historia de La Iglesia de Jesucristo de los
Santos de los Últimos Días*

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Página 50: *José Smith, prisionero en la Cárcel de Liberty*, por Greg Olsen.

© Greg Olsen

Página 68: *El final de la Calle Parley*, por Glen Hopkinson.

© Glen Hopkinson

© 1996, 2001 por Intellectual Reserve, Inc.

Todos los derechos reservados.

Aprobación del inglés: 5/96

Aprobación de la traducción: 5/96

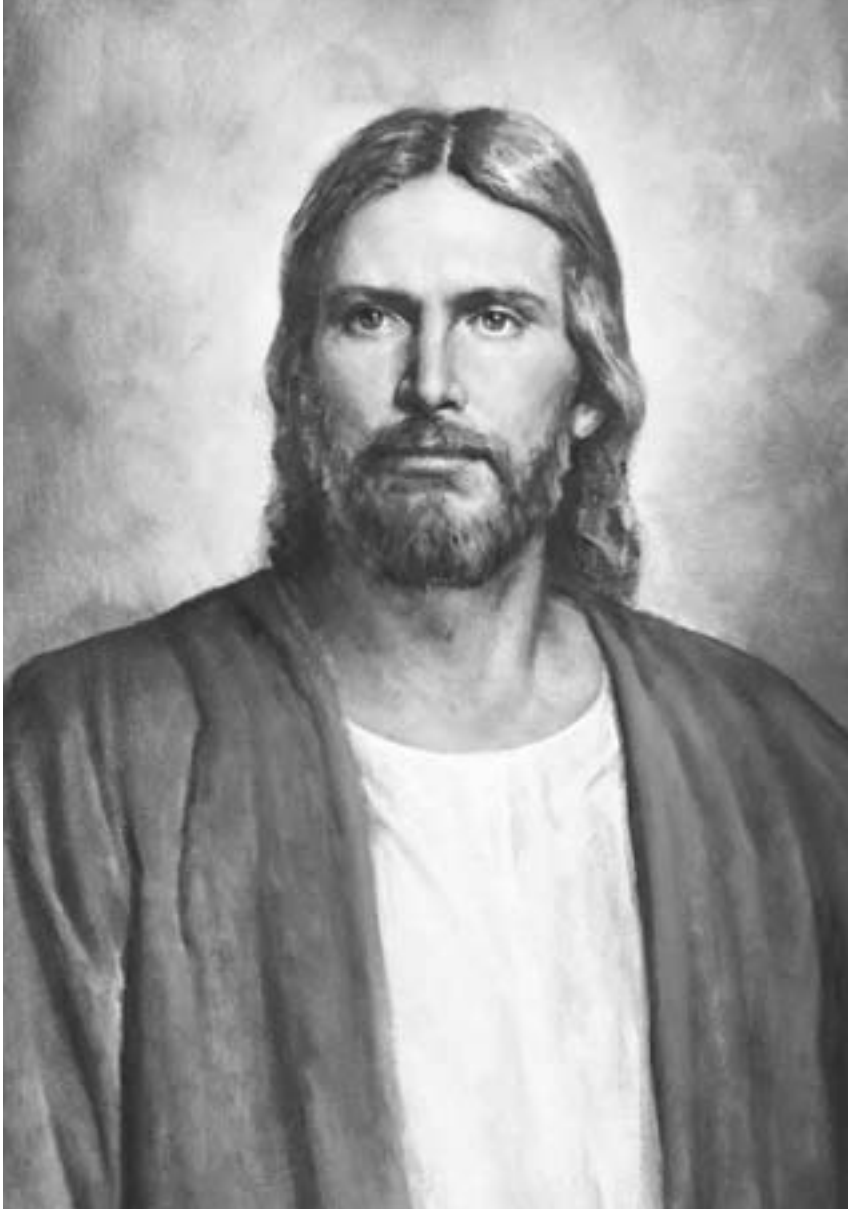
Traducción de "Our Heritage:

A Brief History of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints"

Spanish

Índice

Introducción	V
Capítulo 1: La Primera Visión	1
Capítulo 2: Se establecen los cimientos de la Iglesia	5
Capítulo 3: La edificación del reino en Kirtland, Ohio	21
Capítulo 4: El establecimiento de Sión en Misuri	37
Capítulo 5: Sacrificios y bendiciones en Nauvoo	55
Capítulo 6: Con fe en cada paso	69
Capítulo 7: Un pendón a las naciones	81
Capítulo 8: Un período de pruebas y aflicciones	93
Capítulo 9: La Iglesia se expande	105
Capítulo 10: La Iglesia Mundial	121
Capítulo 11: La Iglesia de la actualidad	133
Conclusión	143
Notas	146



Todos los profetas de esta dispensación han dado testimonio de la misión divina del Salvador Jesucristo.

Introducción

El mensaje central de este libro es aquel que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha proclamado desde sus comienzos. José Smith, el primer profeta de esta dispensación, enseñó:

"Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y profetas concernientes a Jesucristo: que murió, fue sepultado, se levantó al tercer día y ascendió a los cielos; y todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente dependencias de esto".¹

Cada profeta que le ha sucedido a José Smith ha agregado su testimonio personal de la misión divina del Salvador. La Primera Presidencia declaró:

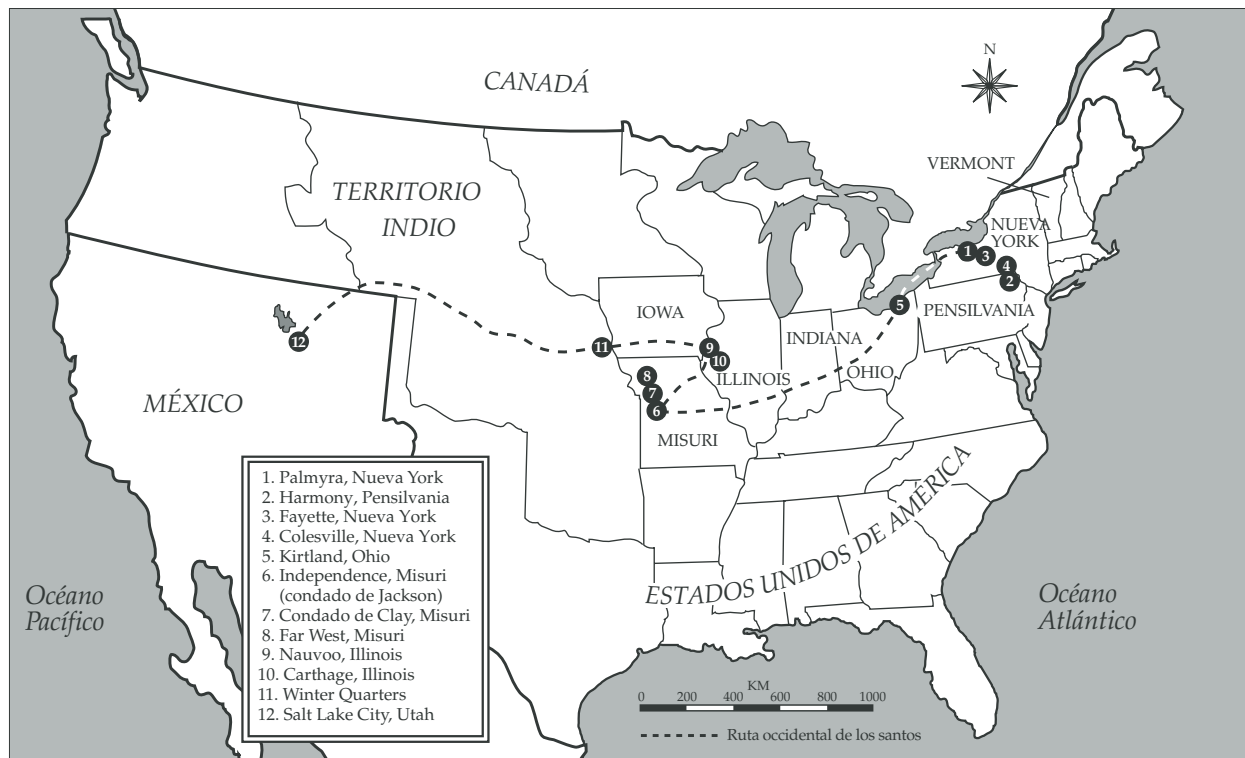
"En calidad de nuestro llamamiento y ordenación para testificar de Jesucristo a todo el mundo, testificamos que Él resucitó aquella mañana de Pascua hace casi dos mil años, y que Él vive hoy. Tiene un cuerpo glorificado e inmortal de carne y huesos. Él es el Salvador, la Luz y la Vida del mundo".²

Millones de miembros fieles de la Iglesia también han adquirido su propio testimonio de la divinidad de Jesucristo, y ese conocimiento les ha motivado a hacer los sacrificios necesarios para edificar La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, o sea, el Reino de Dios sobre la tierra. La historia del establecimiento de la Iglesia está repleta de fe, consagración y gozo; es la historia de profetas vivientes que enseñaron al mundo moderno las verdades de Dios. Es la historia de hombres y mujeres, de toda condición en la vida, que buscaron la plenitud del Evangelio de Jesucristo y que, al encontrarla, estuvieron dispuestos a pagar el precio para convertirse en discípulos del Salvador. Esos fieles santos se mantuvieron firmes a pesar de los sufrimientos y las dificultades, y aun en los momentos

de mayor tribulación, testificaron de la bondad de Dios y del gozo de sentir Su amor. Ellos nos han dejado un legado de fe, valor, obediencia y sacrificio.

Hoy en día nuestro legado de fe continúa, y los Santos de los Últimos Días de todo el mundo son pioneros contemporáneos en su propia tierra, donde viven con fe y valor en una época llena de nuevos retos y oportunidades. Aún están por escribirse muchas páginas de historia, puesto que cada uno de nosotros tiene la oportunidad de dejar un legado a las generaciones futuras, que les ayudará a comprender el gozo de vivir y dar a conocer el Evangelio de Jesucristo.

Conforme aprendamos más acerca de la fe de los que nos han precedido, comprenderemos mejor a aquellos con quienes hemos unido nuestras manos para dar testimonio del Salvador y ayudar a establecer Su reino. Podemos tomar la determinación de vivir con mayor rectitud como fieles discípulos del Señor Jesucristo.



Estados Unidos de América en 1847. Este mapa muestra los lugares y las rutas de viaje que fueron importantes en la historia de los inicios de la Iglesia.



La lectura de las Escrituras motivó al joven José Smith a preguntarle al Señor cuál era la iglesia verdadera.

La Primera Visión

La necesidad de una Restauración

Después de la muerte de los Apóstoles de Jesús, el poder del sacerdocio y muchas verdades del Evangelio fueron quitados de la tierra, comenzando así un largo período de oscuridad espiritual al que llamamos la gran Apostasía. El profeta Amós predijo esa pérdida y pronunció que llegaría el tiempo en que Dios enviaría “hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová” (Amós 8:11). Al transcurrir los largos siglos de la Apostasía, muchos hombres y mujeres sinceros buscaron la plenitud de la verdad del Evangelio pero no la pudieron hallar. Los clérigos de muchas religiones predicaban diferentes mensajes y apelaban a la gente para que se uniera a ellos; aunque las intenciones de la mayoría de ellos eran sinceras, ninguno poseía la plenitud de la verdad ni la autoridad de Dios.

Sin embargo, en Su misericordia, el Señor había prometido que un día Su Evangelio y el poder del sacerdocio se restablecerían en la tierra para jamás ser quitados. Al romper el alba del siglo diecinueve, Su promesa estaba a punto de cumplirse y la larga noche de la apostasía estaba por terminar.

El valor del joven José Smith

A principios del siglo diecinueve, la familia de Joseph Smith y su esposa Lucy Mack Smith vivía en Lebanon, New Hampshire, en los Estados Unidos de América. Eran personas de condición humilde que, por medio del trabajo arduo, apenas ganaban lo suficiente para subsistir. El pequeño José, su quinto hijo, tenía siete años de edad cuando sobrevivió una epidemia de fiebre tifoidea que dejó un saldo de más de tres mil muertos en la región de Nueva Inglaterra. Mientras José se recuperaba, se le empezó a desarrollar una severa

infección en la médula del hueso de la pierna izquierda, dando como resultado un dolor casi insoportable que duró más de tres semanas.

El cirujano local decidió que tendrían que amputarle la pierna, pero ante la insistencia de la madre de José, se mandó llamar a otro doctor, Nathan Smith, quien ejercía su profesión cerca de allí, en Dartmouth College, New Hampshire. Éste dijo que trataría de preservar la pierna usando un procedimiento relativamente nuevo y extremadamente doloroso para extraer parte del hueso. El doctor llevó cuerdas para sujetar al niño, pero José se opuso, diciendo que soportaría la operación sin estar amarrado; también se negó a tomar aguardiente, el único anestésico disponible. Sólo pidió que su padre lo sostuviera en sus brazos durante la cirugía.

José soportó la operación con gran valor, y, de esa manera, el doctor Smith, uno de los médicos más destacados del país, pudo salvarle la pierna. José sufrió durante mucho tiempo antes de que le sanara la pierna y pudiera caminar sin sentir dolor. Después de la cirugía, la familia Smith se mudó a Norwich, Vermont, donde por tres años consecutivos perdieron sus cosechas; luego decidieron mudarse a Palmyra, Nueva York.

La Primera Visión

En su juventud, José Smith preparó la tierra, removió piedras y llevó a cabo una multitud de labores con las que ayudaba a su familia. Su madre, Lucy, informó que el joven José se inclinaba a la meditación y que a menudo pensaba en el bienestar de su alma inmortal. En especial le preocupaba cuál de todas las iglesias que hacían proselitismo en la región de Palmyra estaba en lo correcto, tal como lo expresó con sus propias palabras:

“Durante estos días de tanta agitación, invadieron mi mente una seria reflexión y gran inquietud; pero no obstante la intensidad de mis sentimientos, que a menudo eran punzantes, me conservé apartado de todos estos grupos, aunque concurría a sus respectivas reuniones cada vez que la ocasión me lo permitía. Con el transcurso del tiempo llegué a inclinarme un tanto a la secta metodista, y sentí cierto deseo de unirme a ella, pero eran tan grandes la confusión y la contención entre las diferentes denominaciones, que era imposible que una persona tan joven como yo, y sin ninguna experiencia en

cuanto a los hombres y las cosas, llegase a una determinación precisa sobre quién tenía razón y quién no...

“Agobiado bajo el peso de las graves dificultades que provocaban las contiendas de estos grupos religiosos, un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice: *Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.*

“Ningún pasaje de las Escrituras jamás penetró el corazón de un hombre con más fuerza que éste en esta ocasión, el mío. Pareció introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón. Lo medité repetidas veces, sabiendo que si alguien necesitaba sabiduría de Dios, esa persona era yo; porque no sabía qué hacer, y a menos que obtuviera mayor conocimiento del que hasta entonces tenía, jamás llegaría a saber; porque los maestros religiosos de las diferentes sectas entendían los mismos pasajes de las Escrituras de un modo tan distinto, que destruían toda esperanza de resolver el problema recurriendo a la Biblia.

“Finalmente llegué a la conclusión de que tendría que permanecer en tinieblas y confusión, o de lo contrario, hacer lo que Santiago aconsejaba, esto es, recurrir a Dios” (José Smith—Historia 1:8, 11–13).

En una hermosa mañana primaveral de 1820, estando a solas en una arboleda cercana a su hogar, José Smith se arrodilló y comenzó a expresar a Dios los deseos de su corazón, pidiéndole guía. Después describió lo que sucedió en seguida:

“...súbitamente se apoderó de mí una fuerza que me dominó por completo, y surtió tan asombrosa influencia en mí, que se me trabó la lengua, de modo que no pude hablar. Una densa obscuridad se formó alrededor de mí, y por un momento me pareció que estaba destinado a una destrucción repentina” (JS—H 1:15).

El adversario de toda rectitud sabía que José tenía una gran obra por realizar e intentó destruirlo, pero José, valiéndose de toda su fuerza, invocó a Dios e inmediatamente fue liberado:

“...precisamente en este momento de tan grande alarma vi una columna de luz, más brillante que el sol, directamente arriba de mi cabeza; y esta luz gradualmente descendió hasta descansar sobre mí.

“No bien se apareció, me sentí libre del enemigo que me había sujetado. Al reposar sobre mí la luz, vi en el aire arriba de mí a dos

Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: *Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!*" (JS—H 1:16–17).

Tan pronto como se hubo recobrado, José le preguntó al Señor cuál de todas las religiones era la verdadera y a cuál debía unirse. El Señor le respondió que no debía unirse a "ninguna, porque todas estaban en error" y que "todos sus credos eran una abominación a su vista". Dijo que tenían "apariencia de piedad", pero que negaban "la eficacia de ella" (JS—H 1:19). También le dijo a José Smith muchas cosas más.

Después que la visión terminó, José se dio cuenta de que estaba de espaldas mirando hacia el cielo. Gradualmente recuperó sus fuerzas y regresó a su casa.

Cuando salió el sol aquella mañana de 1820, José Smith nunca se habría imaginado que para cuando empezara a atardecer, un Profeta caminaría una vez más sobre la tierra. Dios lo había escogido a él, un joven desconocido que vivía en la región occidental de Nueva York, para llevar a cabo la obra maravillosa y el prodigio de restaurar el Evangelio y la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra. Él había visto a dos Personajes divinos y ahora, en forma singular, podía testificar de la verdadera naturaleza de Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo. Esa mañana fue en verdad la aurora de un día más resplandeciente: la luz había inundado una arboleda, y Dios el Padre y Jesucristo habían llamado a un joven de catorce años de edad para ser Su Profeta.

Se establecen los cimientos de la Iglesia

La salida a luz del Libro de Mormón

Las visitas del ángel Moroni

La noche del 21 de septiembre de 1823, tres años después de que recibió la Primera Visión, José Smith oró al Señor pidiéndole perdón por las imprudencias de su juventud y por guía adicional. Como respuesta, el Señor le envió un mensajero celestial para darle instrucciones. José escribió:

“Me llamó por mi nombre, y me dijo que era un mensajero enviado de la presencia de Dios, y que se llamaba Moroni; que Dios tenía una obra para mí, y que entre todas las naciones, tribus y lenguas se tomaría mi nombre para bien y para mal, o sea, que se iba a hablar bien y mal de mí entre todo pueblo.

“Dijo que se hallaba depositado un libro, escrito sobre planchas de oro, el cual daba una relación de los antiguos habitantes de este continente, así como del origen de su procedencia. También declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno cual el Salvador lo había comunicado a los antiguos habitantes” (JS—H 1:33–34).

Moroni había sido el último Profeta que escribió en ese antiguo registro, y bajo la dirección del Señor, lo había sepultado en el cerro de Cumorah, junto con el Urim y Tumim que habían usado los Profetas en la antigüedad y que José Smith habría de usar para traducir el registro.

El ángel le indicó a José que fuera al cerro, que se encontraba cerca de allí, y le dijo muchas cosas importantes acerca de la obra del Señor en los últimos días; le dijo que cuando obtuviera las planchas, no debía mostrarlas a nadie a menos que el Señor se lo mandara. Moroni regresó a visitar a José dos ocasiones más en esa noche y de nuevo al día siguiente; en cada visita le repetía el mismo mensaje importante y le daba información adicional.



En el cerro de Cumorah, el ángel Moroni le entregó las planchas de oro a José Smith y le dijo que comenzara la obra de la traducción.

Al día siguiente, conforme a las instrucciones del ángel, José fue al cerro de Cumorah, y después relató lo ocurrido:

“Por el costado occidental del cerro, no lejos de la cima, debajo de una piedra de buen tamaño, yacían las planchas, depositadas en una caja de piedra. En el centro, y por la parte superior, esta piedra era gruesa y redonda, pero más delgada hacia los extremos; de manera que se podía ver la parte céntrica sobre la superficie del suelo, mientras que alrededor de la orilla estaba cubierta de tierra.

“Habiendo quitado la tierra, conseguí una palanca que logré introducir debajo de la orilla de la piedra, y con un ligero esfuerzo la levanté. Miré dentro de la caja, y efectivamente vi allí las planchas, el Urim y Tumim y el pectoral, como lo había dicho el mensajero” (JS—H 1:51–52).

El ángel Moroni apareció y le dijo a José que regresara en un año, a la misma hora, y que continuarían sus reuniones anuales hasta llegar el momento de entregarle las planchas. En cada visita, Moroni le daba instrucciones acerca de lo que el Señor iba a hacer y cómo se debía dirigir Su reino (véase JS—H 1:27–54).

La obra de la traducción

El 22 de septiembre de 1827, después de cuatro años de preparación, Moroni le entregó las planchas de oro al profeta José y le dijo que comenzara la obra de la traducción. Emma Hale, con quien José se había casado a principios de ese mismo año, lo acompañó en esa ocasión y esperaba al pie del cerro de Cumorah cuando su esposo regresó con las planchas. Ella llegó a ser una ayuda importante para el Profeta y durante un breve período participó como uno de los escribientes del Libro de Mormón.

Debido a los esfuerzos enconados y constantes de una chusma local por robar las planchas de oro, José y Emma se vieron obligados a dejar su hogar en Manchester, Nueva York, y refugiarse en la casa de Isaac Hale, el padre de Emma, en Harmony, Pensilvania, a unos ciento noventa kilómetros al sureste de Manchester. Allí fue donde José comenzó a traducir las planchas. Poco tiempo después llegó su amigo Martin Harris, que era un próspero granjero, quien llegó a ser su escribiente.

Martin le pidió permiso a José para llevar a su casa ciento dieciséis páginas del material traducido para mostrárselas a miembros de su familia y comprobarles así la validez de la obra que estaban llevando a cabo. José le pidió permiso al Señor, pero la respuesta fue negativa. Martin le suplicó a José que preguntara de nuevo, y éste lo hizo con renuencia en dos ocasiones más; al fin recibió el permiso solicitado. Martin prometió mostrar el manuscrito sólo a ciertas personas, pero no cumplió su promesa, y las páginas del manuscrito fueron robadas. La pérdida le ocasionó un dolor inconsolable a José, quien pensó que todos sus esfuerzos por servir al Señor habían sido en vano. Imploró: “¿Qué haré? He pecado; fui yo quien tentó la ira de Dios. Debí haberme quedado satisfecho con la primera respuesta que recibí del Señor”.¹

José se arrepintió sinceramente y después de un breve período en que le fueron quitadas las planchas y el Urim y Tumim, el Señor le perdonó y empezó a traducir otra vez. El Señor le indicó que no debía volver a traducir el material perdido, que contenía una historia secular, sino que debía traducir otras planchas preparadas por el profeta Nefi que cubrían el mismo período pero que contenían profecías más grandes de Cristo y otros escritos sagrados. El Señor había previsto la pérdida de las ciento dieciséis páginas y había inspirado a Nefi a preparar esta segunda historia. (Véase 1 Nefi 9; D. y C. 10:38–45; véase también D. y C. 3 y 10, revelaciones que se recibieron durante ese período.)

Durante esta época, José recibió la bendición de contar con la ayuda de Oliver Cowdery, joven maestro de escuela que fue guiado por el Señor hasta el hogar del Profeta. Oliver, que comenzó a escribir el 7 de abril de 1829, comentó lo siguiente acerca de esos días tan gloriosos: “Estos fueron días inolvidables: ¡Estar sentado oyendo el son de una voz dictada por la inspiración del cielo despertó la más profunda gratitud en este pecho!” (JS—H 1:71, nota al pie de página.)

Oliver también dijo: “Ese libro contiene la verdad... yo lo escribí a medida que provenía de los labios del Profeta. Contiene el evangelio sempiterno y llega para cumplir las revelaciones de Juan, quien vio venir un ángel con el evangelio sempiterno para predicarlo a toda nación, lengua y pueblo. Contiene principios de

salvación, y si andamos por su luz y obedecemos sus preceptos, seremos salvos en el reino sempiterno de Dios”.²

En el transcurso de la obra, José y Oliver se dieron cuenta de que, debido a su dedicación a la traducción del registro, se habían quedado sin comida ni dinero; carecían incluso de los materiales necesarios para escribir. Al darse cuenta de la situación, decidió ayudarles un amigo del Profeta, Joseph Knight, padre, para quien anteriormente había trabajado. Él describió la naturaleza de su ayuda tan oportuna:

“Compré un barril de pescado y algo de papel rayado para escribir... Compré nueve o diez canastos de grano y cinco o seis de papas (patatas)”. Después fue a ver a los dos hombres en Harmony y relató que “José y Oliver habían partido en busca de un lugar donde pudieran trabajar a cambio de provisiones, pero no encontraron ninguno. Regresaron a casa y me encontraron a mí con provisiones, y se pusieron muy contentos, porque ya no tenían... Entonces se pusieron a trabajar y tuvieron suficientes provisiones que les duraron hasta terminar la traducción”.³

No es de sorprenderse que el profeta José haya dicho de ese hombre tan recto: “Dirán de él los hijos de Sión, mientras quede alguno, que este hombre fue un varón fiel en Israel; por tanto, su nombre nunca será olvidado”.⁴

Debido a que la persecución iba en aumento, en el mes de junio de 1829, José y Oliver salieron de Harmony y terminaron la traducción en la granja de Peter Whitmer en Fayette, Nueva York. El que esta obra se haya terminado en medio de circunstancias tan difíciles es en realidad un milagro de nuestros tiempos. Con escasa educación formal, José Smith dictó la traducción en poco más de dos meses de trabajo e hizo muy pocas correcciones. Hoy en día, el libro se publica esencialmente como él lo tradujo y ha sido la fuente del testimonio de millones de personas en todo el mundo. José Smith fue un poderoso instrumento en las manos del Señor para sacar a luz las palabras de los antiguos profetas y bendecir así a los santos en los últimos días.

Testigos del Libro de Mormón

Mientras el profeta José Smith se encontraba en Fayette, el Señor reveló que Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris serían

tres testigos especiales a quienes se les permitiría ver las planchas de oro (véase 2 Nefi 27:12; Éter 5:2–4; D. y C. 17). Ellos tres, junto con José, podrían testificar del origen y de la veracidad de este registro antiguo.

David Whitmer explicó: “Fuimos a la arboleda cercana y nos sentamos en un tronco para hablar un rato, después de lo cual nos arrodillamos a orar. José pronunció la oración. Después de levantarnos nos sentamos de nuevo en el tronco para conversar, cuando de pronto descendió una luz que nos envolvió en un gran círculo; el ángel estaba ante nosotros”. Ese ángel era Moroni, y David dijo que “estaba vestido de blanco, y habló, llamándome por mi nombre, y dijo: ‘Bienaventurado el que guarda Sus mandamientos’. Ante nosotros había una mesa y sobre ella se colocaron los registros: los registros de los nefitas, de los cuales se tradujo el Libro de Mormón; las planchas de bronce; la esfera directora; la espada de Labán y otras planchas”.⁵ Mientras los hombres miraban estos objetos, escucharon una voz que dijo: “Estas planchas han sido reveladas por el poder de Dios y traducidas por el poder de Dios. Su traducción, la cual habéis visto, es correcta y os ordeno dar testimonio de lo que ahora veis y oís”.⁶

Poco después de este acontecimiento, en un lugar apartado cerca de la casa de la familia Smith en Manchester, Nueva York, José Smith les mostró las planchas a ocho testigos adicionales, quienes las pudieron palpar. En las primeras páginas del Libro de Mormón se encuentran registrados los testimonios de ambos grupos de testigos.

La predicación con el Libro de Mormón

Terminada la obra de traducción, el Profeta hizo arreglos con Egbert B. Grandin, de Palmyra, para imprimir el Libro de Mormón. Martin Harris hizo un convenio hipotecario con el señor Grandin para garantizar el pago de los \$3.000 dólares que cobraba por imprimir 5.000 ejemplares.

Los primeros ejemplares del Libro de Mormón se vendieron al público en la Librería E. B. Grandin, el 26 de marzo de 1830. Samuel Smith fue uno de los primeros misioneros en usar el tomo recién impreso; y en abril de 1830 visitó la posada Tomlinson en el municipio de Mendon, Nueva York, y allí le vendió un ejemplar del

libro al joven Phinneas Young, hermano de Brigham Young.

En junio regresó por el mismo camino, y esta vez, en Bloomfield, Nueva York, dejó un ejemplar del Libro de Mormón en casa de John P. Greene. Él se había casado con Rhoda Young, hermana de Brigham Young. La siguiente persona que tuvo contacto con el libro fue John Young, padre de Brigham. Él se lo llevó a casa, lo leyó, y dijo que “era la obra más grandiosa y carente de error de todas las que había visto, incluso la Biblia”.⁷

A pesar de que desde la primavera de 1830 tanto los misioneros como los miembros de su propia familia le habían hablado acerca del contenido del libro, Brigham Young necesitaba el tiempo necesario para investigarlo concienzudamente. Él dijo: “Examiné el asunto detenidamente durante dos años antes de resolverme a recibir ese libro. Sabía que era verdadero, con la misma seguridad de que podía ver con los ojos, sentir con los dedos y ser sensible a cualquier cosa a través de mis sentidos. Si este no hubiera sido el caso, nunca lo habría aceptado hasta la fecha... Quise tener suficiente tiempo para comprobarlo todo por mí mismo”.⁸

Brigham Young fue bautizado el 14 de abril de 1832. Después de su bautismo y confirmación, registró: “Según las palabras del Salvador, sentí un espíritu humilde, como de niño, testificar que mis pecados eran perdonados”.⁹ Más tarde, llegaría a ser Apóstol, y con el tiempo, el segundo Presidente de la Iglesia.

La restauración del Sacerdocio Aarónico y de Melquisedec

En septiembre de 1823, cuando el ángel Moroni se reunió por primera vez con José Smith en el cerro de Cumorah, le dio instrucciones importantes tocante a la restauración de la autoridad del sacerdocio en la tierra, incluso la siguiente declaración: “Cuando [las planchas de oro] sean interpretadas, *el Señor dará el santo sacerdocio a algunos* que comenzarán a proclamar este evangelio y a bautizar por agua, y después tendrán poder para impartir el Espíritu Santo mediante la imposición de manos”.¹⁰

En la primavera de 1829, José participó en el cumplimiento parcial de las palabras del ángel. Al estar traduciendo el Libro de Mormón, él y Oliver Cowdery encontraron que se hacía referencia al bautismo para la remisión de pecados. El 15 de mayo pidieron en



Pedro, Santiago y Juan se aparecieron a José Smith y a Oliver Cowdery y les confirieron el Sacerdocio de Melquisedec.

oración al Señor mayor conocimiento sobre el tema. En las orillas del río Susquehanna, al estar ofreciendo su petición, los dos hombres recibieron la visita de un mensajero celestial que se presentó como Juan el Bautista, de los tiempos del Nuevo Testamento. Él impuso las manos sobre la cabeza de José y de Oliver, y dijo: “Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados” (D. y C. 13:1).

Después de dicha ordenación, José y Oliver se bautizaron el uno al otro, según el mandato de Juan el Bautista, y se ordenaron al Sacerdocio Aarónico. Juan les dijo que “este Sacerdocio Aarónico no tenía el poder de imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo, pero que se nos conferiría más adelante”. También dijo que “obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, quienes poseían las llaves del Sacerdocio de Melquisedec, sacerdocio que nos sería conferido, dijo él, en el momento oportuno” (JS—H 1:70, 72; véase también 1:68–72).

De esa experiencia, el Profeta dijo: “Inmediatamente después de salir del agua, tras haber sido bautizados, sentimos grandes y gloriosas bendiciones de nuestro Padre Celestial. No bien hube bautizado a Oliver Cowdery, cuando el Espíritu Santo descendió sobre él, y se puso de pie y profetizó muchas cosas que habían de acontecer en breve. Igualmente, en cuanto él me hubo bautizado, recibí también el espíritu de profecía y, poniéndome de pie, profeticé concerniente al desarrollo de esta Iglesia, y muchas cosas más que se relacionaban con ella y con esta generación de los hijos de los hombres. Fuimos llenos del Espíritu Santo, y nos regocijamos en el Dios de nuestra salvación” (JS—H 1:73).

Posteriormente, Pedro, Santiago y Juan se aparecieron a José y a Oliver y les confirieron el Sacerdocio de Melquisedec, así como las llaves del reino de Dios (véase D. y C. 27:12–13; 128:20). El Sacerdocio de Melquisedec es la autoridad máxima dada al hombre sobre la tierra. Con esta autoridad el profeta José Smith pudo organizar la Iglesia de Jesucristo en esta dispensación y comenzar a establecer los diversos quórumes del sacerdocio, tal como se conocen en la Iglesia hoy en día.

La organización de la Iglesia

El Señor le reveló a José Smith que la Iglesia de Jesucristo de esta dispensación debía organizarse el día 6 de abril de 1830 (véase D. y C. 20:1). Se enviaron notificaciones a creyentes y amigos, y unos cincuenta y seis hombres y mujeres se congregaron en la cabaña de troncos de Peter Whitmer, padre, en Fayette, Nueva York. El Profeta escogió a seis hombres para ayudar en la organización “de acuerdo con las leyes del país, por la voluntad y el mandamiento de Dios” (D. y C. 20:1).

El Profeta registró: “Habiendo comenzado la reunión con oración solemne a nuestro Padre Celestial y de conformidad con el mandamiento recibido, procedimos a preguntar a nuestros hermanos si nos aceptaban como sus maestros en lo perteneciente al reino de Dios, y si estaban satisfechos de que debíamos proceder a organizarnos como Iglesia de acuerdo con dicho mandamiento. Por votación unánime consintieron a las diversas propuestas”.¹¹

Con el consentimiento de los presentes, José ordenó a Oliver élder de la Iglesia y Oliver ordenó élder al Profeta, siguiendo las indicaciones que habían recibido del Señor. La Santa Cena se bendijo y se repartió a los miembros presentes. Los que habían sido bautizados fueron confirmados y se les dio el don del Espíritu Santo. El Profeta dijo que “el Espíritu Santo se derramó en abundancia: algunos profetizaron, mientras que todos alabamos a Dios y nos regocijamos en extremo”.¹² Durante la reunión, José recibió una revelación en la que el Señor instruyó a la Iglesia que debía hacer caso de las palabras del Profeta como si vinieran del Señor mismo (véase D. y C. 21:4–6).

Los elementos presentes en aquella reunión de 1830 siguen vigentes en la Iglesia hoy en día: se ejerce la ley del acuerdo común, se canta, se ora, se participa de la Santa Cena, se expresan testimonios personales, se confiere el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos, hay ordenaciones, revelación personal y revelación por medio de los oficiales del sacerdocio.

Lucy Mack Smith, madre de José, escribió acerca de una tierna escena que ocurrió el día en que se bautizó Joseph Smith, padre, el padre del Profeta: “Cuando el señor Smith salió del agua, José se encontraba en la orilla, y, tomando a su padre de la mano, con

lágrimas en los ojos, exclamó: ‘¡Alabado sea mi Dios, porque he vivido para ver a mi propio padre bautizarse en la Iglesia verdadera de Jesucristo!’ ”.¹³ En cuanto a ese mismo momento, el hermano Joseph Knight, padre, dijo: “[El Profeta] fue lleno del Espíritu en abundancia... Su gozo parecía ser completo. Creo que vio la gran obra que él había comenzado y sentía el gran deseo de llevarla a cabo”.¹⁴

Entre padre e hijo existían fuertes lazos de amor. Más tarde, en un elogio funerario a su padre, el Profeta dijo: “Amo a mi padre y su memoria, y el recuerdo de sus actos nobles descansa con un peso poderoso sobre mi mente, y muchas de sus bondadosas palabras paternales se han quedado para siempre grabadas en mi corazón”.¹⁵

El amor que existía entre el Profeta y su padre también caracterizó la relación de Joseph Smith, padre, con su propio padre, Asael Smith. En agosto de 1830, Joseph Smith, padre, llevó ejemplares del Libro de Mormón hacia el noreste, al condado de St. Lawrence, Nueva York, para dárselos a sus padres y hermanos. Asael Smith leyó casi todo el libro antes de fallecer en octubre de 1830 y declaró que su nieto, José Smith, hijo, “era, de hecho, el Profeta que por mucho tiempo sabía que llegaría a través de su familia”.¹⁶ Con el tiempo, tres hijos más de Asael se unieron a la Iglesia: Silas, John y Asael, hijo. El Profeta tuvo el privilegio de ver a toda su familia inmediata sumergirse en las aguas del bautismo, así como muchos miembros de la familia de su padre.

Sidney Rigdon, quien más tarde llegó a ser miembro de la Primera Presidencia, habló de los humildes comienzos de la Iglesia y de la gran visión del futuro que tenían los organizadores aun en ese entonces: “Me reuní con la Iglesia entera de Cristo en una pequeña cabaña de troncos de nueve metros cuadrados cerca de Waterloo, Nueva York, y comenzamos a hablar del reino de Dios como si tuviéramos el mundo a nuestros pies; hablamos con gran confianza... aunque no había muchas personas presentes... vimos en visión a la Iglesia de Dios, mil veces más grande... y al mundo en total desconocimiento del testimonio de los profetas y del conocimiento de lo que Dios estaba a punto de hacer”.¹⁷

Los acontecimientos que tuvieron lugar el 6 de abril de 1830, en el occidente del estado de Nueva York, han cambiado la vida de

millones de personas. De un puñado de conversos en una pequeña cabaña de troncos, el Evangelio se ha esparcido por todo el mundo. En la actualidad, la Iglesia está establecida en muchas tierras, a menudo en circunstancias tan humildes como las que formaron parte de la organización original en Fayette. Los santos de todo el mundo se regocijan y hallan solaz en la promesa del Salvador: “Donde estén dos o tres congregados en mi nombre... he aquí, allí estaré yo en medio de ellos” (D. y C. 6:32).

El traslado a Ohio: El recogimiento del Israel de los últimos días

La persecución en Colesville

Durante el mismo mes en que se organizó la Iglesia, el profeta José Smith fue a una misión para enseñar a sus amigos, la familia de Joseph Knight, padre, que residían en Colesville, Nueva York. El 28 de junio, muchos miembros de la familia Knight y sus amistades estaban preparados para hacer el convenio bautismal.

En Colesville había una fuerte oposición a la prédica del Evangelio, y una chusma intentó detener los bautismos destruyendo la represa que los hermanos habían construido para retener el agua; no obstante, la repararon al poco tiempo. Joseph Knight, hijo, describió las medidas extremas a las que recurrieron los enemigos de la fe: “Cuando regresábamos de los [bautismos], nos encontramos con muchos de nuestros vecinos que nos señalaban y nos preguntaban si habíamos estado bañando ovejas... Esa noche volcaron nuestros carromatos, les echaron leña encima, algunos los hundieron en el agua, colocaron vigas contra las puertas, hundieron las cadenas en el arroyo e hicieron muchas maldades”.¹⁸

Al mismo tiempo, los de la oposición intentaron aislar al Profeta haciéndolo arrestar y enjuiciar como alborotador; sin embargo, Joseph Knight, padre, contrató abogados que en poco tiempo lo exoneraron de todos los cargos.

Siempre que la Iglesia lleva a cabo adelantos importantes, parece que el adversario de toda rectitud hace un esfuerzo enconado por detener el crecimiento del reino de Dios, pero los dedicados santos de Dios superan los problemas y se fortalecen, tal como lo hicieron los santos de Colesville, quienes se organizaron en una rama fuerte y unida.

Se mandan misioneros a los indios norteamericanos

En septiembre y octubre de 1830, cuatro jóvenes fueron llamados por revelación para llevar el Evangelio y el mensaje del Libro de Mormón a los indígenas de las Américas, que eran descendientes de los pueblos del Libro de Mormón. Esos misioneros fueron Oliver Cowdery, Peter Whitmer, hijo, Parley P. Pratt y Ziba Peterson (véase D. y C. 28:8; 30:5–6, 32). Viajaron cientos de kilómetros bajo condiciones sumamente difíciles y lograron predicar a los indios Catteraugus, cerca de Buffalo, Nueva York; a los indios Wyandot de Ohio; y por último a los indios Delaware que vivían en la parte occidental del estado de Misuri. Pero su mayor éxito lo tuvieron entre los pobladores de Kirtland, Ohio, y sus alrededores, donde convirtieron a ciento veintisiete personas. Al poco tiempo de que los misioneros se fueron, el número de santos en Ohio aumentó a cientos de personas más, debido a la obra de proselitismo que llevaron a cabo los miembros que quedaron allí.

El llamado de congregarse en Ohio

Sidney Rigdon, quien había sido clérigo y ahora era un converso reciente del área de Kirtland, y su amigo Edward Partridge, que no era miembro de la Iglesia, estaban ansiosos por conocer al Profeta y aprender más acerca de las enseñanzas de la Iglesia. En diciembre de 1830 viajaron más de 400 kilómetros a Fayette, Nueva York, para ver a José Smith. Le pidieron que le preguntara al Señor cuál era Su voluntad para con ellos y para los miembros de Kirtland. Como respuesta, el Señor reveló que los santos de Nueva York debían congregarse en Ohio (véase D. y C. 37:3). En la tercera y última conferencia de la Iglesia en Nueva York, que se llevó a cabo en la granja de la familia Whitmer el 2 de enero de 1831, el Señor repitió Su instrucción a los miembros:

“Y para que os escapéis del poder del enemigo y vengáis a mí, un pueblo justo, sin mancha e irreprochable, fue por lo que os di el mandamiento de trasladaros a Ohio; y allí os daré mi ley, y allí seréis investidos con poder de lo alto” (D. y C. 38:31–32). Este fue el primer llamado en esta dispensación para que los santos se congregaran.

Aunque unos cuantos miembros decidieron no deshacerse de sus propiedades para emprender el largo camino desde Nueva York

hasta Ohio, la mayoría de los santos hizo caso a la voz del Pastor para congregar a Israel. Newel Knight es un buen ejemplo de los discípulos que siguieron la dirección de los líderes del sacerdocio y respondieron al llamado:

“Al regresar a casa después de la conferencia, y en obediencia al mandato que se había dado, junto con los miembros de la rama Colesville comencé a hacer los preparativos para ir a Ohio... Como era de esperarse, fue necesario hacer grandes sacrificios con nuestras propiedades. Dedicué la mayor parte de mi tiempo a visitar a los hermanos y a ayudarles a arreglar sus asuntos, a fin de que pudiéramos viajar todos juntos en una sola compañía”.¹⁹

Joseph Knight, padre, es también un ejemplo de aquellos que estuvieron dispuestos a hacer sacrificios en la venta de sus propiedades con tal de reunirse con el Profeta en Ohio. El aviso sencillo que publicó en el periódico *Broome Republican* dice mucho en cuanto a su dedicación al Evangelio: “La granja que actualmente ocupa Joseph Knight, situada en el pueblo de Colesville, cerca del puente de Colesville, lindada en un extremo por el río Susquehanna, y de aproximadamente cincuenta y ocho hectáreas. En dicha granja hay dos casas, un buen granero y una buena huerta. *Los términos de la venta serán favorables para el comprador*”.²⁰ Unos 68 miembros de Colesville emprendieron el viaje a Ohio, a mediados de abril de 1831.

Ochenta de los miembros de la rama de Fayette y cincuenta de la rama de Manchester fueron igualmente obedientes al mandato del Señor, y dejaron sus hogares a principios de mayo de 1831. Se le pidió a Lucy Mack Smith, madre del Profeta, que se hiciera cargo del éxodo de los miembros de Fayette. Cuando llegaron a Buffalo, Nueva York, se dieron cuenta de que el puerto del lago Erie estaba atascado con bloques de hielo, y el barco de vapor en el que iban los santos de Fayette no pudo zarpar. En esta situación difícil, la hermana Smith pidió a los miembros que ejercieran su fe: “Ahora, hermanos y hermanas, si todos elevan sus peticiones al cielo para que se rompa el hielo y seamos liberados, tan seguro como que el Señor vive, así se hará”. En ese mismo momento se escuchó un ruido “como un gran trueno”. El hielo se separó y se formó un angosto paso por donde el barco pudo zarpar. Apenas lo hubo hecho, el paso se volvió a cerrar, pero ya se encontraban en mar abierto y pudieron

continuar su jornada. Después de este milagroso escape, se llamó a la compañía a una reunión de oración para expresar su gratitud a Dios por la gran misericordia que había tenido para con ellos.²¹

Para mediados de mayo, todos los miembros de las ramas de la Iglesia de Nueva York habían podido viajar por barco a través del lago Erie hasta Fairport Harbor, Ohio, donde otros santos los recibieron y los llevaron a los municipios de Kirtland y Thompson. Había comenzado el gran recogimiento del Israel de los últimos días. Ahora los santos se hallaban en una situación tal que podían recibir todos juntos la instrucción de los siervos escogidos del Señor, ser instruidos en cuanto a Sus leyes y edificar santos templos.



El Templo de Kirtland

La edificación del reino en Kirtland, Ohio

La llegada del Profeta a Ohio

En un frío día de febrero de 1831, el profeta José Smith y su esposa Emma, que estaba embarazada de seis meses de gemelos, terminaron su viaje de más de cuatrocientos kilómetros desde Nueva York hasta Kirtland, Ohio. Llegaron en trineo a la tienda de Gilbert y Whitney. El siguiente resumen registra la reunión de Newel K. Whitney con el Profeta :

“Uno de los hombres [en el trineo], un varón joven y fornido, se bajó, y, subiendo a brincos los escalones, entró en la tienda y avanzó hasta donde estaba el socio minoritario.

“ ‘iNewel K. Whitney! ¡Usted es la persona!’, exclamó, extendiendo cordialmente la mano como para saludar a un viejo conocido.

“ ‘Usted me lleva la ventaja’, respondió el aludido, que estrechó mecánicamente la mano que se le extendió... ‘Yo no podría llamarle por su nombre, como usted lo ha hecho’.

“ ‘Yo soy José, el Profeta’, dijo sonriendo el extraño. ‘He venido en respuesta a sus oraciones. ¿Qué es lo que desea de mí?’ ”.¹

Un tiempo atrás, Newel y su esposa, Elizabeth, habían expresado una oración ferviente pidiendo dirección y, en respuesta, el Santo Espíritu descendió sobre ellos y una nube cubrió su casa. De entre la nube una voz proclamó: “¡Preparaos para recibir la palabra del Señor, porque está por llegar!”.² Poco después, los misioneros que habían sido llamados a predicar a los indios fueron a Kirtland y ya estaba ahí el Profeta.

Tiempo después, Orson F. Whitney, nieto de Newel, relató sus sentimientos con respecto a ese acontecimiento: “¿Por medio de qué poder pudo ese hombre tan asombroso, José Smith, reconocer a

alguien a quien jamás había visto en la carne? ¿Por qué no lo reconoció Newel K. Whitney a él? Fue porque José Smith era un vidente, un vidente escogido; estando de rodillas había visto a Newel K. Whitney, a cientos de kilómetros de distancia, rogando que él fuera a Kirtland. Maravilloso, ¡pero cierto!³

La llegada del Profeta llevó la palabra del Señor a Kirtland, lugar donde se establecieron muchos elementos esenciales de la Iglesia: Se reveló la organización básica de la Iglesia, se enviaron misioneros a otros países, se edificó el primer templo y se recibieron muchas revelaciones importantes. Los santos fueron severamente perseguidos y probados para ver si manifestarían fe, valor y su disposición de seguir al Profeta ungido del Señor.

Dos centros de actividad de la Iglesia

Al mismo tiempo que se llamó a los santos a congregarse en Ohio, éstos comenzaron a anhelar el día en que pudieran establecer Sión. En junio de 1831, el profeta José Smith recibió una revelación que le indicaba que él, Sidney Rigdon y veintiocho élderes más debían hacer una misión de proselitismo en Misuri, y que allí se debía llevar a cabo la siguiente conferencia de la Iglesia (véase D. y C. 52). Misuri se encontraba en la región occidental de lo que entonces eran los Estados Unidos de América, y quedaba a más de mil seiscientos kilómetros de Kirtland. El Señor le reveló a José que en el condado de Jackson, Misuri, los santos recibirían su herencia y establecerían Sión.

En el verano de 1831, José, los demás misioneros, y poco tiempo después, el grupo entero de santos de Colesville, Nueva York, viajaron al condado de Jackson, Misuri, y comenzaron a establecer un poblado. Mientras el Profeta y otros líderes regresaban a Kirtland, muchos miembros de la Iglesia se establecieron en Misuri.

Entre los años 1831 y 1838, la Iglesia tuvo dos centros de población. José Smith, los miembros del Consejo de los Doce y un gran número de santos vivían en la región de Kirtland, Ohio, mientras que muchos otros miembros de la Iglesia vivían en Misuri, presididos por los líderes del sacerdocio que habían sido nombrados para ello. En ambos lugares ocurrían acontecimientos importantes en forma simultánea, por lo que los oficiales de la Iglesia viajaban de un lugar a otro, según se necesitaba. Primero se

analizarán los acontecimientos ocurridos en Kirtland durante ese período de siete años y después los ocurridos en Misuri en el mismo período.

Los sacrificios de los santos al congregarse en Ohio

Muchos de los santos que fueron a Ohio hicieron grandes sacrificios: algunos fueron desheredados por su familia; otros perdieron amistades. Brigham Young describió lo que él sacrificó para responder al llamado del Profeta de congregarse:

“Cuando llegamos a Kirtland [en septiembre de 1833], si entre aquéllos que se congregaron con los santos había alguno más pobre que yo, era porque no tenía nada... Yo tenía dos hijos a los que tenía que mantener y eso era todo lo que tenía; además era viudo. ‘Hermano Brigham, ¿no tenía zapatos?’ No, ni un solo zapato, con la excepción de un par de botas que alguien me prestó. No tenía ropa para el invierno, con la excepción de un abrigo hecho en casa que ya tenía tres o cuatro años. ‘¿Ni pantalones?’ No. ‘¿Qué hizo? ¿Andaba sin pantalones?’ No, pedí un par prestado hasta que pudiera conseguirme otro par. Había viajado y predicado y regalado cada dólar que tenía. Cuando comencé a predicar tenía algo de propiedad... pero había viajado y predicado hasta que no tuve nada para llevar conmigo, pero José dijo: ‘Vayan’, y yo fui e hice lo mejor que pude”.⁴

Muchos otros santos fieles fueron a Kirtland, donde los miembros que ya estaban ahí los recibieron y gustosamente compartieron con ellos sus escasos bienes. Esas personas tan firmes formaron la base del sorprendente crecimiento y progreso de la Iglesia.

Se reciben revelaciones en la región de Kirtland

Mientras el profeta José Smith vivía en la región de Kirtland, recibió numerosas revelaciones, sesenta y cinco de las cuales se encuentran en Doctrina y Convenios. Esas revelaciones enseñaban la voluntad del Señor con respecto al bienestar, el buscar señales, la conducta moral, los principios de nutrición, el diezmo, la autoridad del sacerdocio, el papel de un Profeta, los tres grados de gloria, la obra misional, la Segunda Venida, la ley de consagración y muchos temas más.

La Traducción de José Smith de la Biblia

En junio de 1830, José Smith comenzó su obra divinamente asignada de hacer correcciones inspiradas a la Versión del Rey Santiago (en inglés) de la Biblia. Esa obra se conoce como la Traducción de José Smith de la Biblia. Entre junio de 1830 y julio de 1833, el Profeta hizo numerosos cambios a este texto de la Biblia, incluso la corrección de lenguaje bíblico, la aclaración de las doctrinas y la restauración de material histórico y doctrinal.

José recibió muchas revelaciones durante el transcurso de esta obra, a menudo en respuesta a preguntas que surgían al meditar en ciertos pasajes de las Escrituras. Una de esas revelaciones ocurrió el 16 de febrero de 1832, después de que José y Sidney Rigdon tradujeron Juan 5:29. Meditaron sobre este pasaje y “el Señor tocó los ojos de [su] entendimiento y fueron abiertos, y la gloria del Señor brilló alrededor” (D. y C. 76:19). Recibieron una de las más grandiosas visiones de todos los tiempos, la cual se encuentra registrada en la sección 76 de Doctrina y Convenios. Vieron al Padre y al Hijo, aprendieron acerca del destino divino de los hijos de Dios y recibieron verdades eternas acerca de los que heredarán los tres reinos de gloria.

La publicación de las revelaciones

En una conferencia especial llevada a cabo en Hiram, Ohio, en noviembre de 1831, los miembros de la Iglesia votaron para que se publicara el Libro de Mandamientos, el cual contenía aproximadamente setenta revelaciones dadas al Profeta. Durante esa conferencia, el Señor le dio a José Smith las revelaciones que habrían de ser el prefacio y el apéndice del Libro de Mandamientos. (Esas revelaciones posteriormente llegaron a ser las secciones 1 y 133 de Doctrina y Convenios.)

La asignación de publicar el libro se le dio a William W. Phelps, quien tenía una imprenta en el condado de Jackson, Misuri. (Para más información acerca del Libro de Mandamientos, véase la página 43.) Posteriormente, las revelaciones contenidas en el Libro de Mandamientos, junto con otras revelaciones, se imprimieron en un tomo intitulado Doctrina y Convenios, publicado en Kirtland en 1835. También se imprimió en Kirtland una segunda edición del Libro de Mormón, con algunas pequeñas correcciones hechas por el Profeta.

Unos cuantos meses después de la organización de la Iglesia, el Señor recalcó la importancia de la música en la Iglesia al mandarle a Emma, la esposa del Profeta, que comenzara a hacer una selección de himnos sagrados (véase D. y C. 25:11). El himnario que compiló se publicó en Kirtland, abriendo el camino para que los santos recibieran la bendición prometida por el Señor: “Porque mi alma se deleita en el canto del corazón; sí, la canción de los justos es una oración para mí, y será contestada con una bendición sobre su cabeza” (D. y C. 25:12).

La Escuela de los Profetas

En diciembre de 1832 y enero de 1833, el profeta José recibió la revelación que llegó a conocerse como la sección 88 de Doctrina y Convenios. Entre otras cosas, esa revelación indicaba que debía formarse una “escuela de los profetas” (D. y C. 88:127) para instruir a los hermanos en cuanto a la doctrina y los principios del Evangelio, los asuntos de la Iglesia y otros temas.

Durante el invierno de 1833, la Escuela de los Profetas se reunió con frecuencia, por lo que José y Emma Smith llegaron a preocuparse en gran manera por el uso habitual del tabaco por parte de los hermanos, especialmente la nube de humo que había en las reuniones y la falta de limpieza que había como consecuencia de mascar tabaco. José Smith le preguntó al Señor concerniente a este tema y recibió la revelación que se conoce como la Palabra de Sabiduría, la que daba los mandamientos del Señor para el cuidado del cuerpo y el espíritu, y prometía que los que la obedecieran recibirían bendiciones espirituales de “sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos” (D. y C. 89:19). La Palabra de Sabiduría también contenía información acerca de la salud que no se conocía en el mundo médico o científico de aquellos tiempos pero que desde entonces ha probado ser de gran beneficio, tal como el consejo de no usar tabaco ni alcohol.

La ley de consagración

En 1831, el Señor comenzó a revelar algunos aspectos de la ley de consagración, un sistema espiritual y temporal que, si se seguía con rectitud, bendeciría la vida de los empobrecidos Santos de los

Últimos Días. Bajo esa ley, se pedía a los miembros de la Iglesia que consagraran o titularan todas sus propiedades al obispo de la Iglesia, quien entonces les otorgaba una heredad o mayordomía. Las familias administraban su mayordomía de la mejor manera posible; si al terminar el año tenían un sobrante, éste se entregaba al obispo para usarse en el cuidado de los necesitados. El Señor llamó a Edward Partridge para servir como el primer obispo de la Iglesia.

La ley de consagración se compone de principios y prácticas que fortalecen espiritualmente a los miembros y traen como resultado una relativa igualdad económica, eliminando así la avaricia y la pobreza. Algunos santos la vivieron bien, para beneficio de ellos y los demás, pero otros miembros no lograron elevarse por encima de sus deseos egoístas, lo que ocasionó que con el tiempo se revocara esta ley de la Iglesia. En 1838, el Señor reveló la ley del diezmo (véase D. y C. 119), la cual continúa en la actualidad como la ley económica de la Iglesia.

El fortalecimiento del sacerdocio

Se revelan los oficios del sacerdocio

Al aumentar el número de miembros de la Iglesia, el Profeta continuó recibiendo revelaciones acerca de los oficios del sacerdocio. Bajo la dirección del Señor, organizó la Primera Presidencia, compuesta de él mismo como presidente y Sidney Rigdon y Frederick G. Williams como consejeros. También organizó el Quórum de los Doce Apóstoles y el Primer Quórum de los Setenta. Llamó y ordenó a obispos y a sus consejeros, a sumos sacerdotes, patriarcas, miembros de sumos consejos, setentas y élderes. Organizó también las primeras estacas de la Iglesia.

Los miembros recién bautizados, con poca experiencia en la Iglesia, a menudo se sentían abrumados por los llamamientos a servir. Por ejemplo, Newel K. Whitney fue llamado como segundo obispo de la Iglesia en diciembre de 1831, para servir en Kirtland, cuando Edward Partridge llegó a ser obispo de los santos de Misuri. Newel no se sentía capaz de llevar a cabo los menesteres del oficio, aun cuando el Profeta le dijo que el Señor lo había llamado por revelación. De manera que el Profeta le dijo: “Vaya y pregúntele al Padre usted mismo”. Newel se arrodilló en humilde súplica y

escuchó una voz del cielo que le dijo: “Tu fortaleza radica en mí”.⁵ Aceptó el llamamiento y prestó servicio como obispo durante dieciocho años.

La capacitación de líderes en el Campo de Sión

La Iglesia tenía gran necesidad de líderes del sacerdocio que hubieran sido probados, recibido experiencia y demostrado su fidelidad, quienes permanecerían leales al Señor y a su Profeta ante cualquier circunstancia. La marcha del Campo de Sión brindó la oportunidad de comprobar su obediencia bajo circunstancias difíciles y de ser capacitados personalmente por el profeta José Smith.

El Campo de Sión se organizó para ayudar a los santos de Misuri, quienes estaban siendo severamente perseguidos a causa de sus creencias religiosas. Muchos habían sido expulsados de sus hogares. (Para información adicional véanse las páginas 42–48). El 24 de febrero de 1834, el Señor le reveló a José Smith que debía organizar un grupo de hombres para marchar desde Kirtland hasta Misuri para ayudar a restaurar a los santos a sus tierras (véase D. y C. 103). El Señor prometió que Su presencia los acompañaría y que “toda victoria y toda gloria” se realizaría mediante su “diligencia, fidelidad y oraciones de fe” (D. y C. 103:36). Esta experiencia preparó a la mayoría de los miembros originales del Quórum de los Doce Apóstoles y el Quórum de los Setenta para sus responsabilidades futuras.

El Campo de Sión se organizó oficialmente en New Portage, Ohio, el 6 de mayo de 1834. En total se componía de 207 hombres, 11 mujeres y 11 niños, a quienes el Profeta dividió en compañías de diez y de cincuenta, instruyendo a cada grupo que eligiera un capitán. Joseph Holbrook, uno de los reclutas, informó que el campo se organizó “de acuerdo con el antiguo orden de Israel”.⁶ Durante 45 días marcharon juntos hacia el condado de Clay, Misuri, una distancia de más de mil seiscientos kilómetros. Viajaron con la mayor rapidez posible y bajo condiciones extremas. Era difícil conseguir suficiente comida y a menudo los hombres tenían que comer porciones limitadas de pan duro, mantequilla rancia, gacha de harina de maíz [puré o masa muy blanda], miel añeja, cerdo crudo, jamón echado a perder, y tocino y queso agusanados. George

A. Smith, quien más tarde llegaría a ser Apóstol, escribió que muchas veces tenía hambre: “Me sentía tan débil, hambriento y soñoliento que mientras iba por el camino soñaba que veía un hermoso arroyo de agua junto a un árbol con una sombra agradable y, junto al arroyo, una deliciosa hogaza de pan y un litro de leche sobre un mantel”.⁷

En el Campo de Sión se recalcaba mucho la espiritualidad y la obediencia a los mandamientos. Los domingos llevaban a cabo reuniones, participaban de la Santa Cena y a menudo el Profeta enseñaba la doctrina del reino. Él dijo: “Dios nos acompañaba, Sus ángeles iban al frente y la fe de nuestra pequeña compañía no flaqueaba. Sabemos que los ángeles eran nuestros compañeros, porque los vimos”.⁸

No obstante, las dificultades del campo comenzaron a causar estragos entre los participantes. Ese proceso de refinamiento reveló quiénes eran los que se quejaban, los cuales no tenían el espíritu de obediencia y a menudo culpaban al Profeta por sus problemas. El 17 de mayo, el Profeta exhortó a los que estaban poseídos por un espíritu rebelde “que se humillaran ante el Señor y se unieran, para que no cayera sobre ellos un castigo de Dios”.⁹

El 18 de junio, el campo había llegado al condado de Clay, Misuri; sin embargo, Daniel Dunklin, gobernador del estado, no cumpliría su promesa de ayudar al ejército de los santos a restaurar las propiedades de los miembros de la Iglesia que habían sido expulsados de sus hogares. Para algunos de los integrantes del campo, el fracaso de ese objetivo militar fue la prueba final de su fe. Desilusionados y enojados, algunos se rebelaron abiertamente; por lo tanto, el Profeta les advirtió que el Señor les enviaría un castigo devastador. Al poco tiempo, se esparció entre ellos una terrible epidemia de cólera; antes de que terminara enfermó una tercera parte del campo, incluso José Smith, y después murieron catorce de ellos. El 2 de julio, José de nuevo amonestó al campo a humillarse ante el Señor y hacer convenio de guardar Sus mandamientos. Dijo que si lo hacían, la plaga sería detenida desde esa misma hora. El convenio lo manifestaron levantando la mano, y la plaga terminó.

A principios de julio, los miembros del campo recibieron un

relevo honorable del Profeta. El viaje había puesto de relieve quién estaba del lado del Señor y quién era digno de servir en puestos de liderazgo. El Profeta explicó más tarde el resultado de la marcha: “Dios no quiso que ustedes pelearan. Él no podía organizar Su Reino con doce hombres para abrir la puerta del Evangelio a las naciones de la tierra y con setenta hombres bajo Su mando para seguir Sus pasos, a menos que los tomara de entre un grupo de hombres que hubieran ofrecido su vida, y que hubieran hecho un sacrificio tan grande como el de Abraham”.¹⁰

Wilford Woodruff, un integrante del campo que posteriormente llegó a ser el cuarto presidente de la Iglesia, dijo: “Obtuvimos una experiencia que no hubiéramos podido obtener de ninguna otra manera. Tuvimos el privilegio de contemplar el rostro del Profeta, tuvimos el privilegio de viajar mil seiscientos kilómetros a su lado y de ver cómo el Espíritu de Dios obraba en él, así como las revelaciones de Jesucristo que recibió y el cumplimiento de esas revelaciones”.¹¹

En febrero de 1835, cinco meses después de que el campo de Sión se desintegrara, se organizaron el Quórum de los Doce Apóstoles y el Primer Quórum de los Setenta. Setenta y nueve de los ochenta y dos puestos de los dos quórums los ocuparon hombres cuya fidelidad se había comprobado en la marcha del Campo de Sión.

En Kirtland, José Smith continuó capacitando a líderes futuros. Cuatro futuros Presidentes de la Iglesia: Brigham Young, John Taylor, Wilford Woodruff y Lorenzo Snow, fueron bautizados durante los años de Kirtland y posteriormente dirigieron a la Iglesia en sucesión hasta 1901. Además, los tres presidentes que les sucedieron: Joseph F. Smith, Heber J. Grant y George Albert Smith, cuyas presidencias duraron hasta 1951, fueron descendientes directos de firmes pioneros de Kirtland.

Avanza la obra misional

Mientras los santos vivían en Kirtland, se llamó a muchos misioneros a predicar el Evangelio lejos de su hogar, la mayoría de ellos a costa de grandes sacrificios personales. Se enviaron misioneros a varios estados de los Estados Unidos, a partes de

Canadá y a Inglaterra, al otro lado del Atlántico. A través de estos esfuerzos misionales, muchas personas recibieron un testimonio de la veracidad del Evangelio y llegaron a ser miembros valientes que fortalecieron en gran manera a la joven Iglesia.

Algunas de las revelaciones registradas en Kirtland incluían mandamientos a los miembros de predicar el Evangelio al mundo. El Señor declaró: “Y saldréis por el poder de mi Espíritu, de dos en dos, predicando mi evangelio en mi nombre, alzando vuestras voces como si fuera con el son de trompeta, declarando mi palabra cual ángeles de Dios” (D. y C. 42:6). Al año siguiente, el Señor mandó: “Conviene que todo hombre que ha sido amonestado, amoneste a su prójimo” (D. y C. 88:81).

Las misiones de los conversos durante los inicios de la Iglesia en Ohio

Zera Pulsipher, un converso de Ohio, es un ejemplo de aquellos que compartieron con entusiasmo el mensaje de la Restauración. Se unió a la Iglesia en enero de 1832, y escribió en sus registros que al poco tiempo fue “ordenado al oficio de élder y salió a predicar en casa y en el extranjero con mucho éxito”.¹² Él y otro misionero, Elijah Cheney, viajaron al pequeño pueblo de Richland, Nueva York, donde comenzaron a predicar en la escuela local. Uno de los primeros conversos que el élder Pulsipher bautizó en Richland fue Wilford Woodruff, un joven granjero que un día llegaría a ser uno de los misioneros de más éxito en la historia de la Iglesia y el cuarto Presidente de la misma. En el transcurso de un mes, los dos misioneros habían bautizado a varias personas y habían organizado una rama de la Iglesia en Richland.

Misioneros provenientes de todos los niveles de vida, respondieron al llamado de amonestar a su prójimo. Muchos estaban casados y tenían responsabilidades familiares; partían a mediados de la época de la cosecha y en pleno invierno, durante períodos de prosperidad personal y durante épocas de depresión económica. Varios élderes eran casi indigentes cuando comenzaron su misión. El Profeta mismo viajó más de 24.000 kilómetros, yendo a catorce misiones de corta duración entre 1831 y 1838 en muchos estados de los Estados Unidos y también en Canadá.



Estos cuatro misioneros, llamados a llevar el Evangelio a los indios de las Américas bajo circunstancias sumamente difíciles, son ejemplo de los sacrificios que hicieron los misioneros fieles en los inicios de la historia de la Iglesia.

Cuando George A. Smith, primo del Profeta, recibió su llamamiento a los estados del este de los Estados Unidos, era tan pobre que no poseía la ropa ni los libros que necesitaba, ni tenía los medios para comprarlos. Como consecuencia, el profeta José y su hermano Hyrum le regalaron tela gris, y Eliza Brown le confeccionó un abrigo, un chaleco y unos pantalones. Brigham Young le regaló un par de zapatos, su padre le dio una Biblia de bolsillo y el Profeta le dio un ejemplar del Libro de Mormón.

Los élderes Erastus Snow y John E. Page también eran sumamente pobres cuando partieron a la misión en la primavera de 1836. El élder Snow describió su situación al momento de partir a su misión en el occidente de Pensilvania: “Salí de Kirtland a pie y sólo con un pequeño maletín que contenía unos cuantos libros de la Iglesia y un par de calcetines; llevaba cinco centavos en el bolsillo, lo cual representaba todos mis bienes terrenales”. El élder Page le dijo al Profeta que no podía aceptar un llamamiento para salir a predicar porque no tenía nada de ropa; ni siquiera un abrigo. El Profeta respondió quitándose su propio abrigo y se lo dio al élder Page, diciéndole que fuera a cumplir su misión y que el Señor le bendeciría abundantemente.¹³ Al estar en la misión, el élder Page

tuvo la bendición de compartir el Evangelio con cientos de personas que se unieron a la Iglesia.

La misión del Quórum de los Doce Apóstoles

En 1835 los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles fueron llamados a una misión a los estados del este de los Estados Unidos y a Canadá. Fue la única ocasión en la historia de la Iglesia en que los doce miembros del quórum fueron a una misión al mismo tiempo. A su regreso, Heber C. Kimball testificó que todos habían sentido el poder de Dios, habían podido sanar enfermos y echar fuera demonios.

La misión a Inglaterra

Durante los últimos años en que los miembros vivieron en Kirtland, surgió una crisis en la Iglesia. Algunos miembros, incluso algunos líderes, apostataron porque no pudieron soportar las pruebas y persecuciones, y porque comenzaron a criticar al Profeta y a otros líderes de la Iglesia. El Señor le reveló a José Smith que se debía hacer algo nuevo para la salvación de Su Iglesia; ese algo era la introducción a la Iglesia de conversos nuevos de Inglaterra. El domingo 4 de junio de 1837, el Profeta se acercó al élder Heber C. Kimball en el Templo de Kirtland y le dijo: “Hermano Heber, el Espíritu del Señor me ha susurrado: ‘Que mi siervo Heber vaya a Inglaterra para proclamar mi Evangelio y abrir la puerta de la salvación a esa nación’ ”.¹⁴

Cuando se estaba apartando a Heber C. Kimball para su misión, el élder Orson Hyde entró en la habitación, y, al escuchar lo que sucedía, sintió que debía arrepentirse, ya que había sido uno de los que habían criticado al Profeta. Se ofreció para ser misionero y también fue apartado para ir a Inglaterra.

Heber C. Kimball estaba tan ansioso por predicar el Evangelio en tierra extraña que, al acercarse al embarcadero en Liverpool, Inglaterra, saltó del barco al muelle antes de que éste atracara, proclamando que él era el primero en llegar a tierras allende el mar con el mensaje de la Restauración. Para el 23 de julio, los misioneros enseñaban ante congregaciones sumamente numerosas y los primeros bautismos se programaron para el 30 de julio. George D.

Watt ganó una carrera a pie hasta el río Ribble en Preston, lo cual determinó que tendría el honor de ser la primera persona que se bautizaría en Gran Bretaña.

En menos de ocho meses, se habían unido a la Iglesia cientos de conversos y se habían organizado muchas ramas. Al reflexionar sobre esa gran cosecha de almas, Heber recordó que el Profeta y sus consejeros “colocaron sus manos sobre mi cabeza... y dijeron que Dios me haría poderoso en aquella nación para ganar almas para Él; que los ángeles me acompañarían y me apoyarían; que no tropezaría; que sería grandemente bendecido y sería la fuente de salvación para miles”.¹⁵

Debido a que muchos de los primeros misioneros de la Iglesia aceptaron obedientemente los llamamientos misionales a pesar del sacrificio personal, miles de conversos británicos disfrutaron de las bendiciones del Evangelio restaurado. Ellos se congregaron en Sión y fortalecieron grandemente a la Iglesia durante los períodos cruciales que aún estaban por delante.

El Templo de Kirtland

El sacrificio de los santos

El 27 de diciembre de 1832 fue el día en que los santos escucharon por primera vez el mandato del Señor de construir un templo (véase D. y C. 88:119). La construcción del templo llegó a ser la principal prioridad de la Iglesia en Kirtland entre 1833 y 1836, pero esto presentó grandes desafíos para los santos, quienes no tenían ni los obreros ni el dinero necesarios para hacerlo. Según las palabras de Eliza R. Snow: “En esa época... los santos eran pocos y la mayoría eran muy pobres. De no haber sido por la certeza de que Dios había hablado y había mandado que se edificara una casa en Su nombre, para lo cual no sólo reveló la forma, sino que también designó las dimensiones, todos hubieran considerado absurdo el tratar de edificar ese templo bajo las circunstancias que imperaban”.¹⁶

Con fe en que Dios proporcionaría la ayuda y los medios necesarios, el profeta José Smith y los santos comenzaron a hacer los sacrificios requeridos. John Tanner fue una de las personas que el Señor preparó para ayudar a procurar los medios para edificar el templo. John era un converso reciente de Bolton, Nueva York, y en

diciembre de 1834 “recibió la fuerte impresión por medio de un sueño o visión nocturna que se le necesitaba y debía ir inmediatamente al lugar donde estaba establecida la Iglesia en el occidente...

“Al llegar a Kirtland, supo que en el momento en que recibió la impresión de que debía trasladarse inmediatamente hasta donde estaba la Iglesia, el profeta José y algunos de los líderes se habían reunido en oración y le pidieron al Señor que les enviara un hermano o algunos hermanos que tuvieran los medios para ayudarles a pagar la hipoteca de la granja sobre la cual se estaba edificando el templo.

“El día después de su llegada a Kirtland... se le informó que estaba por vencerse la hipoteca de la granja mencionada, por lo que le prestó al Profeta dos mil dólares, aceptando un pagaré del Profeta que certificaba que se le devolvería el dinero más el interés correspondiente. De esta manera, se pudo pagar el préstamo y retener la granja”.¹⁷

El admirable esfuerzo realizado por los santos de Kirtland es un gran ejemplo de sacrificio y de consagración de tiempo, talentos y medios. Durante tres años trabajaron en la construcción de ese edificio; además del esfuerzo y las habilidades de construcción de los hombres, las mujeres contribuyeron hilando y tejiendo ropa para los obreros que estaban trabajando, y posteriormente confeccionaron las cortinas que dividían los salones. La construcción se hizo más difícil por las constantes amenazas del populacho de destruir el templo, y los que trabajaban de día vigilaban el templo de noche. Sin embargo, después de los inmensos sacrificios que hicieron los santos al dar de su tiempo y sus recursos, el templo por fin se terminó en la primavera de 1836.

La dedicación del templo

Al terminar la construcción del templo, el Señor derramó poderosas bendiciones espirituales sobre los santos de Kirtland, incluso visiones y el ministerio de ángeles. José Smith designó este período como “un año de jubileo para nosotros, y un tiempo para regocijarnos”.¹⁸ Daniel Tyler testificó: “Todos tuvimos la impresión de haber recibido el cielo... Nos preguntábamos si el Milenio ya había comenzado”.¹⁹

El punto culminante de ese derramamiento del Espíritu fue la dedicación del templo. Aproximadamente mil personas se reunieron en el templo el 27 de marzo de 1836 en un espíritu de regocijo. Se cantaron himnos dedicatorios, entre ellos “El Espíritu de Dios” (*Himnos*, núm. 2), compuesto para la ocasión por William W. Phelps. Se repartió la Santa Cena, y Sidney Rigdon, José Smith y otros dieron sermones.

José Smith leyó la oración dedicatoria, que ahora es la sección 109 de *Doctrina y Convenios*, la cual le fue dada por revelación. En ella imploraba al Señor que bendijera al pueblo tal como lo había hecho en el día de Pentecostés: “E hínchese tu casa con tu gloria, como con un viento fuerte e impetuoso” (D. y C. 109:37). Muchos escribieron que esa oración se cumplió esa misma noche cuando el Profeta se reunió en el templo con los miembros de los quórums del sacerdocio.

Eliza R. Snow escribió: “Las ceremonias de aquella dedicación se podrán repetir, pero ningún lenguaje terrenal podrá describir las manifestaciones celestiales de aquel día tan memorable. A algunos se les aparecieron ángeles, mientras que todos los presentes percibieron la presencia divina y todo corazón se llenó de ‘gozo y gloria inexpresables’ ”.²⁰ Después de la oración dedicatoria, toda la congregación se puso de pie y, con las manos en alto, gritaron hosannas.

Una semana después, el 3 de abril de 1836, ocurrieron algunos de los acontecimientos más importantes de la historia de los últimos días. Ese día, en el templo, el Salvador mismo se apareció ante José Smith y Oliver Cowdery y dijo: “Porque he aquí, he aceptado esta casa, y mi nombre estará aquí; y me manifestaré a mi pueblo en misericordia en esta casa” (D. y C. 110:7). Después hubo otras visiones grandes y gloriosas en las que se aparecieron Moisés, Elías y Elías el profeta para restaurar las llaves adicionales del sacerdocio. Moisés otorgó las llaves del recogimiento de Israel, Elías entregó a José y Oliver la dispensación del Evangelio de Abraham, y Elías el profeta restauró las llaves de sellamiento (véase D. y C. 110:11–16). Todas estas llaves adicionales eran necesarias para el progreso del reino del Señor en la última dispensación de los tiempos.

Todas las bendiciones del sacerdocio que se administran en el templo no se revelaron ni se administraron durante el período de los santos en Kirtland, sino que fueron reveladas a la Iglesia por medio del profeta José Smith varios años después, cuando se estaba edificando el Templo de Nauvoo.

El éxodo de Kirtland

La construcción del templo trajo muchas bendiciones, pero en 1837 y 1838, los santos fieles también se enfrentaron con problemas ocasionados por la apostasía y la persecución, los cuales apresuraron el final de la estancia de la Iglesia en Kirtland.

Estados Unidos pasaba por una depresión económica y la Iglesia sintió los efectos de la misma. Algunos miembros se entregaron a la especulación desenfrenada, se endeudaron y no sobrevivieron espiritualmente una época oscura de colapso económico, incluso el de la Sociedad de Seguridad de Kirtland. Esta institución bancaria había sido establecida por miembros de la Iglesia en Kirtland y algunos de ellos culparon erróneamente a José Smith por los problemas relacionados con ella.

La persecución organizada y las acciones violentas de las chusmas procedían de los residentes de la comunidad local y también de miembros que habían sido excomulgados o habían apostatado de la Iglesia.

Al aumentar la violencia, los santos y sus líderes ya no estaban a salvo en Kirtland, por lo que el Profeta, cuya vida estaba en grave peligro, huyó de Kirtland, en enero de 1838, hacia Far West, Misuri. Durante 1838, la mayoría de los santos fieles también se vieron obligados a partir. Dejaban atrás el templo edificado a Dios, un monumento de fe, consagración y sacrificio. Con el ejemplo de su vida, también dejaron atrás un legado permanente de obediencia fiel a los líderes ungidos del Señor y de sacrificio personal en la obra del Señor.

El establecimiento de Sión en Misuri

Los primeros años en Misuri

A la vez que los santos se esforzaban por edificar el reino de Dios en Kirtland, Ohio, muchos miembros de la Iglesia padecían grandes dificultades en el condado de Jackson, Misuri.

Cuando se les pidió a los santos de Colesville, Nueva York, que dejaran sus hogares para congregarse en Kirtland, lo hicieron de buena gana (véase la página 19), pero al llegar a Ohio a mediados del mes de mayo de 1831, se dieron cuenta de que la tierra que habían apartado para ellos no estaba disponible. El profeta José Smith oró al Señor sobre la condición de estos santos. Acababa de recibir la revelación que le instruía que él, Sidney Rigdon y veintiocho élderes más debían hacer una misión de proselitismo en Misuri, y el Señor le reveló que los santos de Colesville también debían viajar “a la tierra de Misuri” (D. y C. 54:8). Ellos fueron el primer grupo de santos que se estableció en la tierra que llegaría a conocerse como Sión.

Newel Knight, presidente de la Rama de Colesville, inmediatamente reunió a su gente. Emily Coburn relató: “Ciertamente éramos una banda de peregrinos que habíamos salido a buscar una tierra mejor”.¹ Cuando llegaron a Wellsville, Ohio, abordaron un buque de vapor y viajaron por los ríos Ohio, Misisipi y Misuri hasta llegar al condado de Jackson, Misuri. El capitán del vapor dijo que eran “los emigrantes más pacíficos y callados que jamás había llevado hacia el Oeste; ‘no blasfemaban ni usaban malas palabras, no participaban en juegos de azar ni tomaban alcohol’”.²

Valiéndose de una ruta terrestre, el Profeta y otros líderes de la Iglesia se apresuraron a adelantarse a los santos de Colesville y a hacer los preparativos para ubicarlos en el condado de Jackson. El grupo del Profeta llegó a Independence, Misuri, el 14 de julio de 1831. Después de explorar el territorio y orar para invocar la ayuda

divina, el Profeta dijo: “[El Señor] se manifestó ante mí y nos designó a mí y a otros el lugar exacto donde deseaba comenzar la obra del recogimiento y la edificación de una ciudad santa que se llamaría Sión”.³

Esta revelación especificaba que Misuri era el lugar que el Señor designaba para el recogimiento de los santos, y que “el lugar que ahora se llama Independence es el lugar central; y el sitio para el templo se halla hacia el Oeste, en un solar no lejos del juzgado” (D. y C. 57:3). Los santos debían comprar todo terreno hacia el Oeste de esa ciudad hasta la línea divisoria entre el estado de Misuri y el territorio indio (véase D. y C. 57:1–5).

José Smith y el obispo Partridge adquirieron terrenos para la Rama de Colesville en el municipio de Kaw, a unos diecinueve kilómetros al oeste de Independence. El 2 de agosto de 1831, después de la llegada de los miembros de la rama, se llevó a cabo una ceremonia llena de simbolismo. Doce hombres, que representaban a las doce tribus de Israel, llevaron un tronco de roble recién cortado y lo colocaron atravesado sobre una piedra que había puesto Oliver Cowdery, estableciendo así la fundación simbólica del establecimiento de Sión. Con esos comienzos tan humildes, los santos construyeron un edificio que se usó como centro de reuniones y también como escuela.⁴

Al día siguiente, un grupo de hermanos se reunió en un lugar elevado a menos de un kilómetro al oeste del palacio de justicia de Independence. El profeta José Smith colocó la piedra angular del futuro templo y lo dedicó en el nombre del Señor. El punto central de la tierra de Sión sería la casa del Señor.⁵

El Profeta regresó a Kirtland mientras el obispo Edward Partridge comenzó a entregar parcelas a los santos del condado de Jackson, quienes eran sumamente pobres y no tenían ni siquiera tiendas de campaña para protegerlos de las inclemencias del tiempo mientras construían sus cabañas. Tampoco tenían casi ningún implemento agrícola hasta que se enviaron grupos de hombres a St. Louis, a más de trescientos kilómetros al este, para obtenerlos. Una vez que los santos tuvieron lo necesario, comenzaron a cultivar la tierra. Emily Coburn, muy impresionada por lo que veía, relató: “El ver cuatro o cinco yuntas de bueyes cultivando la tierra fértil, era en verdad algo bastante raro. En rápida sucesión se levantaron cercos y se hicieron

otras mejoras. Las cabañas para las familias se construyeron y se prepararon con la mayor rapidez posible en base al tiempo, al dinero y a la mano de obra".⁶

A pesar de las dificultades de la frontera, los santos de Colesville permanecieron felices y con buen ánimo. Parley P. Pratt, quien se estableció entre ellos, dijo: "Disfrutamos de muchas temporadas felices, de nuestros servicios de adoración y otras reuniones; el Espíritu del Señor se derramó sobre nosotros, aun sobre los pequeños, a tal grado que muchos niños de ocho, diez o doce años de edad hablaron, oraron y profetizaron en nuestras reuniones y en los momentos de adoración familiar. En esta pequeña Iglesia en el desierto, existía un espíritu de paz y unión, de amor y buena voluntad, cuyo recuerdo siempre atesoraré en mi corazón".⁷

Los santos fueron bendecidos con una segunda visita del Profeta y de Sidney Rigdon en abril de 1832. Estos líderes acababan de vivir una experiencia sumamente dolorosa en la granja de John Johnson en Hiram, Ohio, donde habían estado trabajando en la traducción de la Biblia. Durante la noche, una chusma de enemigos de la Iglesia había sacado a José Smith a rastras de su hogar: habían intentado sofocarlo, lo desvistieron y le cubrieron el cuerpo con brea y plumas. A Sidney Rigdon lo tomaron de los pies y lo arrastraron por la tierra congelada y áspera, causándole graves heridas en la cabeza.

Ahora, en contraste con ese ultraje, se encontraban a salvo entre sus amigos. José Smith afirmó que había "recibido una bienvenida como la que sólo se conoce entre los hermanos y las hermanas que están unidos en una misma fe, el mismo bautismo, y apoyados por el mismo Señor. La Rama de Colesville, en particular, se regocijó como los santos de la antigüedad lo hicieron con Pablo. Es bueno regocijarse con el pueblo de Dios".⁸

La persecución en el condado de Jackson

Con el fin de obedecer el mandato del Señor, el obispo Partridge compró cientos de hectáreas de terrenos en el condado de Jackson para los santos que emigraban de Ohio y otros lugares. Inicialmente, los líderes establecieron las Ramas de Independence, Colesville, Whitmer, Big Blue y Prairie para acomodar a estos miembros. Para finales de 1833 se había establecido un total de diez ramas.⁹ Probablemente había más de mil miembros presentes cuando las

ramas combinadas se reunieron en el río Big Blue, en abril de 1833, para celebrar el tercer aniversario de la fundación de la Iglesia. Newel Knight dijo que esa congregación era la primera conmemoración de su tipo en Sión y que los santos exhibieron un espíritu de regocijo. Sin embargo, además observó que “cuando los santos se regocijan, el diablo se enoja, y sus hijos y siervos participan del espíritu de él”.¹⁰

Antes de finalizar el mes de abril, se manifestó el espíritu de persecución. Desde el principio, los ciudadanos locales habían advertido a los miembros de la Iglesia que no estaban muy contentos con la llegada de tantos Santos de los Últimos Días, porque temían que pronto tendrían más poder político que ellos. Los santos procedían primordialmente de los estados del norte y en general se oponían a la esclavitud de la raza negra, que en esa época era legal en el estado de Misuri. Otros asuntos que les preocupaban era la creencia de los santos en el Libro de Mormón como escritura, la afirmación de que el condado de Jackson habría de ser finalmente su Sión, y la aseveración de que eran guiados por un profeta. Además, la acusación de que mantenían contacto con los indios despertó las sospechas de los ciudadanos locales.

Los miembros de la oposición hicieron circular una petición, a veces conocida como la constitución secreta, para obtener las firmas de los que estuvieran dispuestos a eliminar al “azote mormón”. Los sentimientos de animosidad llegaron al punto culminante el 20 de julio de 1833, cuando una chusma de 400 hombres se congregó en el palacio de justicia de Independence para coordinar sus esfuerzos en contra de los miembros. Exigieron por escrito a los líderes de la Iglesia que los santos abandonaran el condado de Jackson; dejaran de imprimir su periódico *The Evening and the Morning Star*; y no permitieran que ningún otro miembro llegara al condado de Jackson. Cuando la chusma se enteró de que los líderes no aceptaron esas demandas ilegales, atacó la oficina del periódico, que también era el hogar del editor, William W. Phelps, robaron la imprenta y destruyeron el edificio.

La destrucción del Libro de Mandamientos

El proyecto más importante que se estaba imprimiendo en la oficina del periódico era el Libro de Mandamientos, la primera

recopilación de las revelaciones recibidas por el profeta José Smith. Cuando la chusma atacó el edificio, tiraron las páginas sueltas del libro a la calle. Al ver lo que ocurría, dos jovencitas Santos de los Últimos Días, Mary Elizabeth Rollins y su hermana Caroline, exponiendo su propia vida, trataron de rescatar todo lo que les fue posible. Mary Elizabeth relató:

“[La chusma] sacó unas hojas grandes de papel y dijeron: ‘Aquí están los mandamientos mormones’. Mi hermana Caroline y yo estábamos junto a la cerca observándolos; cuando hablaron de los mandamientos decidí conseguir algunas de las hojas. Mi hermana me dijo que si yo iba, ella también iría, pero dijo: ‘Nos van a matar’ “. Mientras la chusma estaba ocupada en un extremo de la casa, las dos jovencitas corrieron y recogieron todas las hojas preciosas que pudieron. Los hombres las vieron y les ordenaron que se detuvieran pero, según el informe de Mary Elizabeth: “Corrimos lo más rápido que pudimos. Dos de los atacantes nos persiguieron; cuando vimos un hoyo en la cerca, pasamos y entramos a un maizal muy grande, pusimos las hojas en el suelo y las cubrimos con nuestro cuerpo. El maizal tenía aproximadamente un metro y medio o más de altura, y era muy denso. Ellos nos buscaron por mucho tiempo y llegaron a estar muy cerca de nosotras, pero no nos encontraron”.

Cuando los rufianes se fueron, las jovencitas se dirigieron a un viejo establo de troncos. Allí, según informó Mary Elizabeth, vieron que “la hermana Phelps y sus hijos llevaban hierba entre los brazos para acomodarla en un lado del establo y poner encima sus camas. Ella me preguntó qué era lo que llevaba, y yo le dije; entonces ella tomó los papeles... Los encuadernaron en libros pequeños y me enviaron uno, el cual atesoro grandemente”.¹¹

Embrean y empluman al obispo Partridge

En seguida, los de la chusma se llevaron al obispo Partridge y a Charles Allen a la plaza pública de Independence y les mandaron que repudiaran el Libro de Mormón y abandonaran el condado. El obispo Partridge dijo: “Les dije que los santos habían padecido persecución en todas las épocas del mundo; que yo no había hecho nada que ofendiera a nadie; que si me maltrataban, atropellarían una persona inocente; que yo estaba dispuesto a

padecer por Cristo, pero que no estaba dispuesto a abandonar el condado”.

Con ese rechazo, desvistieron a los hombres y les cubrieron el cuerpo con brea y plumas. El obispo Partridge observó: “Soporté el ultraje con tal resignación y mansedumbre que pareció asombrar a la multitud, la que me permitió retirarme en silencio. Muchos de ellos se veían muy solemnes, y pensé que seguramente había conmovido sus corazones. Y en cuanto a mi persona, me sentía tan lleno del Espíritu y del amor de Dios, que no sentía odio contra mis perseguidores ni nadie más”.¹²

La batalla del río Big Blue

La chusma regresó el 23 de julio, y los líderes de la Iglesia se ofrecieron como rescate si dejaban tranquilos a los Santos, pero la chusma amenazó con dañar a la Iglesia entera y obligó a los hermanos a acceder a que todos los Santos de los Últimos Días abandonaran el condado. Ya que las acciones de la chusma eran ilegales e iban en contra de la Constitución de los Estados Unidos y la del estado de Misuri, los líderes de la Iglesia procuraron la ayuda de Daniel Dunklin, el gobernador del estado. Él les informó en cuanto a sus derechos civiles y les indicó que debían conseguir un abogado. Se contrató a Alexander W. Doniphan y a otros para representar a la Iglesia, acción que enfureció aún más a la chusma.

Al principio, los Santos de los Últimos Días trataron de evitar un conflicto directo; sin embargo, el maltrato físico a los miembros y la destrucción de sus propiedades llevó con el tiempo a una batalla cerca del río Big Blue. En el encuentro murieron dos miembros de la chusma y los santos perdieron a Andrew Barber. Philo Dibble recibió tres balazos en el estómago; Newel Knight lo ungió, con resultados milagrosos. El hermano Dibble relató:

“El hermano Newel Knight vino a verme y se sentó a un lado de la cama... Sentí que el Espíritu descendía sobre mí en la coronilla de la cabeza antes de que las manos de él me tocaran, e inmediatamente supe que sanaría... Me levanté en seguida y arrojé tres litros o más de sangre, con algunos pedazos de tela que habían penetrado en mi cuerpo con las balas. Después me vestí y salí... Desde ese momento, no perdí ni una sola gota de sangre ni jamás

sentí el más mínimo dolor ni molestia como resultado de mis heridas, excepto que estuve un poco débil por la pérdida de sangre".¹³

El gobernador Dunklin intercedió e instruyó al coronel Thomas Pitcher que desarmara a ambos bandos; sin embargo, el coronel simpatizaba con la chusma y les quitó las armas a los santos y se las entregó a la chusma. Los santos indefensos fueron atacados y sus hogares fueron destruidos. Los varones tuvieron que buscar refugio en los bosques o padecer severas palizas. Finalmente, los líderes de la Iglesia pidieron a los santos que juntaran sus pertenencias y huyeran del condado de Jackson.

Un refugio en el condado de Clay

A fines de 1833, la mayoría de los santos cruzó el río Misuri hacia el norte, al condado de Clay, donde encontraron un refugio provisional, según lo describe Parley P. Pratt:

"Ambos lados del balsadero se comenzaron a llenar de hombres, mujeres y niños, de mercancía, carromatos, cajas, provisiones, etc., mientras que la balsa trabajaba incesantemente. Al caer la noche, la base de la arboleda casi había cobrado la apariencia de un campamento. En todas direcciones se veían cientos de personas, algunas en tiendas de campaña y otras al aire libre alrededor de sus fogatas, mientras la lluvia caía en forma torrencial. Los esposos preguntaban por sus esposas y ellas por sus esposos; los padres buscaban a sus hijos y los hijos a los padres. Algunos tuvieron la buena fortuna de escapar con su familia, sus posesiones y algunas provisiones, mientras que otros no sabían dónde se encontraban sus amigos y habían perdido todas sus pertenencias. La escena... habría derretido el corazón de muchas personas sobre la tierra, con excepción de nuestros ciegos opresores, y una comunidad ignorante y ciega".¹⁴

Fue así como se frustró temporariamente la oportunidad de los santos de edificar Sión y un templo a su Dios en el condado de Jackson. Aproximadamente 1.200 miembros de la Iglesia entonces hicieron lo necesario para sobrevivir un invierno inhóspito a la orilla del río, en el condado de Clay. Algunos se albergaron en carromatos o tiendas de campaña o en hoyos que cavaron en las laderas del cerro, mientras que otros ocuparon cabañas abandonadas. Newel

Knight sobrevivió el invierno en un “wigwam”, una vivienda india hecha de palos y pieles de animal.

Uno de los primeros edificios que los santos construyeron en el condado de Clay fue un pequeño centro de reuniones de troncos donde pudieran adorar al Señor. Allí “no se olvidaron de dar gracias al Dios Todopoderoso por haberlos librado de las manos de sus enemigos ni de invocar su protección para el futuro, pidiéndole que ablandara el corazón de las personas a las que habían acudido y que pudieran encontrar entre ellos algo con qué sostenerse”.¹⁵

La persecución del Campo de Sión

Tal como se describió en el capítulo 3 de este manual, el Señor mandó a José Smith reunir un grupo de hombres para marchar desde Kirtland hasta Misuri con el fin de ayudar a los santos que habían sido expulsados de sus tierras en el condado de Jackson. Cuando el Campo de Sión llegó a la región este del condado de Clay, Misuri, a finales de junio de 1834, una chusma de más de 300 personas salió a encontrarlos, decididos a destruirlos. Bajo la dirección del profeta José, los hermanos acamparon en la confluencia de los ríos Little Fishing y Big Fishing.

La chusma comenzó a atacar al grupo con cañones, pero el Señor estaba peleando la batalla de los santos. Pronto se comenzaron a formar nubes en el cielo. El Profeta describió las circunstancias de la siguiente manera: “Comenzó a llover y a granizar... La tormenta fue tremenda; el viento y la lluvia, el granizo y los truenos descendieron con gran ira, y al poco tiempo ablandaron su espantoso coraje y se frustraron todas sus intenciones de ‘matar a José Smith y a su ejército’... Se resguardaron bajo los carromatos, en huecos de árboles, llenaron un pequeño resguardo de madera, hasta que la tormenta pasó y vieron que toda la munición se había mojado”. Después de experimentar el azote de la tormenta toda la noche, “la chusma retrocedió derrotada hasta Independence para unirse al grupo principal, plenamente convencida de que... cuando Jehová emprende la batalla, es preferible estar ausentes... Parecía como si la orden de venganza hubiera procedido del Dios de las batallas para proteger a Sus siervos de la destrucción de sus enemigos”.¹⁶

Cuando se hizo evidente que un ejército de la chusma confrontaba a los santos y que el gobernador Dunklin no cumpliría

su promesa de ayudarles, el Profeta oró para suplicar ayuda. El Señor le dijo que las condiciones no eran propicias para la redención de Sión. Había mucho que los santos debían hacer para poner su vida en orden a fin de edificar Sión. Muchos de ellos aún no habían aprendido a ser obedientes a lo que el Señor requería: "... no se puede edificar Sión sino de acuerdo con los principios de la ley del reino celestial; de otra manera, no la puedo recibir. Y es necesario que mi pueblo sea disciplinado hasta que aprenda la obediencia, si es menester, por las cosas que padece" (D. y C. 105:5–6).

El Señor dijo que el Campo de Sión no debía perseguir su objetivo militar: "... a causa de las transgresiones de mi pueblo, me conviene que mis élderes esperen un corto tiempo la redención de Sión; para que ellos mismos se preparen, y mi pueblo sea instruido con mayor perfección" (D. y C. 105:9–10). Los hermanos del Campo de Sión fueron relevados honorablemente y el Profeta regresó a Kirtland.

La cabecera de la Iglesia en Far West

La mayoría de los santos de Misuri siguió viviendo en el condado de Clay hasta 1836, cuando los ciudadanos de aquel condado les recordaron que habían prometido permanecer solamente hasta que pudieran regresar al condado de Jackson. Como ahora esto parecía imposible, les pidieron que se fueran tal como lo habían prometido. Desde el punto de vista legal, los santos no tenían que obedecer, pero en lugar de crear un conflicto, se mudaron una vez más. Mediante los esfuerzos de Alexander W. Doniphan, un amigo de la Iglesia que estaba en la legislatura del estado, en diciembre de 1836 se crearon dos condados nuevos, Caldwell y Daviess, en lo que antes era el condado de Ray. A los santos se les permitió establecer su propia comunidad de Far West a unos noventa y seis kilómetros al norte del condado de Clay, formando así el asiento del condado de Caldwell. Los oficiales primarios del condado eran Santos de los Últimos Días y muchas personas esperaban que esto pusiera fin a la persecución de los santos.

Después de una difícil jornada desde Kirtland, Ohio, el profeta José Smith llegó a Far West, Misuri, en marzo de 1838 y estableció allí la cabecera de la Iglesia. En mayo fue al norte, al condado de Daviess

y, mientras visitaba el río Grand, proféticamente designó la región como el valle de Adán-on-di-Ahmán, el "lugar... al cual vendrá Adán a visitar a su pueblo" (D. y C. 116:1).¹⁷ Adán-on-di-Ahmán llegó a ser la comunidad primordial de los santos en el condado de Daviess. El 4 de julio de 1838 se dedicaron en Far West las piedras angulares para un templo, y los santos comenzaron a sentir que al fin habían hallado un descanso de sus enemigos.

La batalla del río Crooked

Sin embargo, al poco tiempo comenzó de nuevo la persecución. El 6 de agosto de 1838, en las urnas electorales de Gallatin, condado de Daviess, una chusma de cien personas no permitió que los santos votaran. Esto resultó en un pleito en el que varias personas resultaron heridas. El creciente desorden que fomentaba la chusma en los condados de Caldwell y Daviess impulsaron al gobernador Lilburn W. Boggs a usar la milicia del estado para conservar la paz.

El capitán Samuel W. Bogart, uno de los oficiales de la milicia, que en realidad estaba íntimamente ligado a la chusma, decidió iniciar un conflicto secuestrando a tres Santos de los Últimos Días y deteniéndolos en su campamento en el río Crooked, en la región noroeste del condado de Ray. Se despachó a una compañía de la milicia de los Santos de los Últimos Días para rescatar a estos hombres y el 25 de octubre de 1838 se entabló una fiera batalla. El capitán David W. Patten, uno de los Doce Apóstoles, encabezó la compañía y se encontró entre los heridos de muerte. La esposa del hermano Patten, Phoebe Ann Patten; José y Hyrum Smith; y Heber C. Kimball llegaron procedentes de Far West para estar a su lado antes de su muerte.

De David Patten, Heber dijo lo siguiente: "Los principios del Evangelio que antes eran tan preciados para él le brindaron apoyo y consuelo al momento de su partida, lo cual privó a la muerte de su horror y pesar". El moribundo habló con los que estaban a su lado, y, refiriéndose a algunos santos que habían caído en la apostasía, exclamó: " ¡Cómo quisiera que estuvieran en mi situación! Porque yo siento que he guardado la fe' ". A continuación se dirigió a Phoebe Ann, y le dijo: " ¡Hagas lo que haga, nunca niegues la fe' ". Poco antes de morir, oró: " ¡Padre, te pido en el nombre de Jesucristo

que liberes mi espíritu y lo recibas ante tí ". Y, dirigiéndose a los que le rodeaban, imploró: " 'Hermanos, me han sostenido con su fe, pero permítanme ir, les ruego' ". El hermano Kimball dijo: "De acuerdo con su voluntad, lo entregamos a Dios; en seguida respiró por última vez y descansó en Cristo sin un solo quejido".¹⁸

La compañía del capitán Samuel Bogart había actuado más bien como una chusma que como una milicia del estado. Sin embargo, la muerte de uno de sus soldados en la batalla del río Crooked, junto con otros informes, sirvieron como pretexto para que el gobernador Lilburn W. Boggs formulara su infame "orden de exterminación". Ese decreto, de fecha 27 de octubre de 1838, declaraba en parte: "A los mormones se les debe tratar como enemigos y deben ser exterminados o expulsados del estado si es necesario, para conservar la paz pública; sus atrocidades van más allá de toda descripción".¹⁹ Se nombró a un oficial de la milicia para llevar a cabo la orden del gobernador.

La masacre de Haun's Mill

El 30 de octubre de 1838, tres días después de emitirse la orden de exterminación, unos doscientos hombres lanzaron un ataque sorpresa contra la pequeña comunidad de santos de Haun's Mill en Shoal Creek, condado de Caldwell. Los atacantes, en un acto de traición, pidieron que los hombres que desearan salvarse entraran a la herrería; después tomaron sus posiciones alrededor del edificio y dispararon hasta que pensaron que todos los que estaban dentro habían muerto. Otros fueron asesinados a balazos cuando corrían para escapar. En total, murieron diecisiete hombres y niños, y quince quedaron heridos.

Después de la masacre, Amanda Smith fue a la herrería, donde encontró muertos a su esposo, Warren, y a su hijo, Sardius. Entre los muertos se regocijó al encontrar a otro hijo, el pequeño Alma, aún con vida, aunque herido de gravedad: había perdido la cadera, como resultado de una herida de mosquete. Al ver a la mayoría de los hombres muertos o heridos, Amanda se arrodilló para suplicar la ayuda del Señor:

"¡Ay, Padre Celestial!, imploré, ¿qué debo hacer? Tú ves a mi pobre niño herido y sabes que no tengo experiencia. ¡Ay, Padre

Celestial, ¡indícame lo que debo hacer!” Dijo que “una voz le dio instrucciones” de hacer una solución con ceniza para limpiar la herida. Después preparó una cataplasma con hojas de olmo y con ella llenó el hueco que había dejado la herida. Al día siguiente vació el contenido de un frasco de bálsamo en la herida.

Amanda le preguntó a su hijo: “ ‘Alma, hijo mío... ¿crees que el Señor te hizo la cadera?’

“ ‘Sí, mamá’.

“ ‘Pues bien, el Señor puede hacer algo para que tome el lugar de tu cadera. ¿Crees que Él puede hacerlo, Alma?’

“ ‘¿Tú crees que el Señor puede, mamá?’ , preguntó el niño en su sencillez.

“ ‘Sí, hijo mío’ , le respondí; ‘Él me lo ha mostrado todo en una visión’.

“Entonces lo acosté cómodamente boca abajo y le dije: ‘Quédate así y no te muevas, y el Señor te va a hacer otra cadera’.

“Alma permaneció acostado boca abajo durante cinco semanas hasta que se recuperó totalmente, habiéndole crecido un cartílago flexible que faltaba en el lugar de la coyuntura y la glena”.²⁰

Amanda y otros tuvieron la desagradable tarea de sepultar a sus seres queridos. Sólo quedaban unos cuantos hombres físicamente capaces, entre ellos Joseph Young, hermano de Brigham Young. Como temían el regreso de la chusma, no tuvieron tiempo para cavar tumbas convencionales, así que arrojaron los cuerpos en un pozo seco, formando así un sepulcro en masa. Joseph Young ayudó a llevar el cuerpo del pequeño Sardius hasta el pozo, pero declaró que “no pudo arrojar al niño en esa horrible sepultura”. Él había jugado con el “interesante pequeño” en su viaje a Misuri, y la naturaleza de Joseph “era tan tierna” que no lo pudo hacer. Amanda envolvió a Sardius en una sábana, y al día siguiente ella y otro hijo, Willard, colocaron el cuerpo en el pozo. Después le echaron tierra y paja para cubrir la terrible escena.²¹

En Adán-on-di-Ahmán, el joven Benjamin F. Johnson, de 20 años de edad, se libró de una suerte similar a manos de un misuriano que estaba decidido a matarlo. Benjamin había sido arrestado y mantenido bajo custodia durante ocho días en un clima intensamente frío ante una fogata abierta. Mientras estaba sentado

sobre un tronco, se le acercó un hombre cruel con un rifle y le dijo: "Abandona ahora mismo el mormonismo o te mato". Benjamin se negó terminantemente, con lo cual el rufián deliberadamente le apuntó el rifle y apretó el gatillo, pero el rifle no disparó. Maldiciendo en alta voz, el hombre declaró que había "usado el rifle durante 20 años y nunca antes había tenido problemas para dispararlo". Examinó el cerrojo del fusil, volvió a cargar el arma y de nuevo apuntó y apretó el gatillo, pero una vez más el rifle no disparó.

Siguiendo el mismo procedimiento, intentó una tercera vez, con el mismo resultado. Alguien que observaba le dijo que "arreglara un poco su rifle y entonces podría matar al despreciable joven con seguridad". Así que por cuarta y última vez, este hombre que intentaba asesinar a Benjamin preparó su arma aun poniéndole munición nueva; sin embargo, declaró Benjamin: "Esta vez el arma explotó y mató al rufián allí mismo". Uno de los misurianos comentó: "Es mejor que nadie intente matar a ese hombre".²²

Encarcelamiento del Profeta

Poco después de la masacre de Haun's Mill, el profeta José Smith y otros líderes fueron apresados por la milicia del estado. Se llevó a cabo una corte marcial y el Profeta y sus compañeros fueron condenados a muerte por un pelotón de fusilamiento a la mañana siguiente, en la plaza central de Far West. Sin embargo, el general de la milicia, Alexander W. Doniphan, rehusó llevar a cabo el fusilamiento, denominándolo un "asesinato a sangre fría". Advirtió al general al mando de la milicia que si continuaba en sus esfuerzos por matar a esos hombres, "... yo lo haré responsable del hecho ante un tribunal terrenal, Dios mediante".²³

Primeramente llevaron al Profeta y a sus acompañantes a Independence y después a Richmond, condado de Ray, donde fueron encarcelados, mientras esperaban su juicio. Parley P. Pratt fue uno de los que acompañaban al Profeta. Dijo que una noche los guardias habían estado burlándose de los prisioneros relatando sus hechos de violación, asesinato y robo entre los Santos de los Últimos Días. Sabía que el Profeta estaba despierto a un lado de él y relató que José Smith repentinamente se puso de pie y reprendió a los guardias con gran poder:



Mientras se encontraba prisionero en la cárcel de Liberty, el profeta José Smith le suplicó al Señor por el padecimiento de los santos y recibió dirección y consuelo divinos, registrados actualmente en las secciones 121, 122 y 123 de Doctrina y Convenios.

“ ¡Silencio, demonios del abismo infernal! En el nombre de Jesucristo os censuro y os mando callar. No viviré ni un minuto más escuchando semejante lenguaje. ¡Cesad de hablar de esa manera, o vosotros o yo moriremos EN ESTE MISMO INSTANTE! ”

“Permaneció erguido en silencio en su terrible majestad. Encadenado y sin armas; tranquilo, impávido y con la dignidad de un ángel, se quedó mirando a los guardias acobardados, algunos de los cuales bajaron sus armas y otros las dejaron caer al suelo; temblándoles las rodillas se retiraron a un rincón, y echándose a sus pies le pidieron que los perdonara y permanecieron callados hasta el cambio de guardia”.

Después el hermano Pratt comentó: “... he tratado de imaginarme reyes, cortes reales, tronos y coronas y a emperadores reunidos para decidir los destinos de reinos; pero dignidad y

majestad no he visto sino una sola vez, en cadenas, a medianoche, en el calabozo de una pequeña aldea de Misuri".²⁴

Cuando terminó el juicio preliminar de averiguación, José y Hyrum Smith, Sidney Rigdon, Lyman Wight, Caleb Baldwin y Alexander McRae fueron enviados a la cárcel de Liberty en el condado de Clay, llegando allí el 1º de diciembre de 1838. El Profeta describió su situación con las siguientes palabras: "Se nos mantiene bajo fuerte guardia de día y de noche, en una prisión de paredes y puertas dobles, impedidos de ejercer nuestra libertad de conciencia; tenemos poco alimento... Se nos ha obligado a dormir en el piso con paja, y sin suficientes mantas para calentarnos... Los jueces nos han dicho de cuando en cuando que sabían que éramos inocentes y que se nos debía liberar, pero que no se atreven aplicar la ley, por temor a la chusma".²⁵

El éxodo hacia Illinois

Mientras su Profeta se hallaba en prisión, más de ocho mil santos cruzaron la frontera este de Misuri y entraron al estado de Illinois para escapar de la orden de exterminación. Se les obligó a partir durante la temporada más fría del invierno y, aunque Brigham Young, Presidente del Quórum de los Doce, los dirigió y les ayudó en toda forma posible, sus sufrimientos fueron muy grandes. La familia de John Hammer fue una de las muchas que buscaron refugio. John relató las difíciles condiciones:

"Bien recuerdo los sufrimientos y las crueldades de aquellos días... Nuestra familia tenía una carreta y un caballo ciego que tuvo que transportar todas nuestras pertenencias al estado de Illinois. Un hermano que tenía dos caballos nos cambió la carreta por una más ligera que podía tirarse con un solo caballo, lo cual convino a ambas partes. En esa pequeña carreta colocamos nuestra ropa, la ropa de cama, un poco de harina de maíz y las escasas provisiones que pudimos juntar y salimos al frío para viajar a pie, durmiendo y comiendo al lado del camino con el pabellón del cielo como techo. Pero las severas heladas de aquellas noches invernales y los penetrantes vientos eran menos bárbaros y despreciables que los demonios en forma humana ante cuya furia huíamos... Los miembros de nuestra familia, así como muchos otros, iban casi

descalzos y algunos tuvieron que envolverse los pies con trapos para que no se les congelaran y para protegerlos de las asperezas del terreno congelado. Esto, que era lo mejor que teníamos, era una protección que dejaba bastante que desear, y a menudo la sangre de nuestros pies manchaba la tierra helada. Mi madre y mi hermana eran las únicas de nuestra familia que tenían zapatos; y éstos se gastaron y eran casi inservibles cuando llegamos a las orillas hospitalarias de Illinois”.²⁶

El Profeta tuvo que esperar impotente en la prisión mientras su pueblo era expulsado del estado. La angustia de su alma se hace evidente en su súplica al Señor, registrada en la sección 121 de Doctrina y Convenios:

“Oh Dios, ¿en dónde estás? ¿y dónde está el pabellón que cubre tu morada oculta?

“¿Hasta cuándo se detendrá tu mano, y tu ojo, sí, tu ojo puro, contemplará desde los cielos eternos los agravios de tu pueblo y de tus siervos, y penetrarán sus lamentos en tus oídos?” (D. y C. 121:1–2).

El Señor le contestó con estas palabras reconfortantes: “Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento;

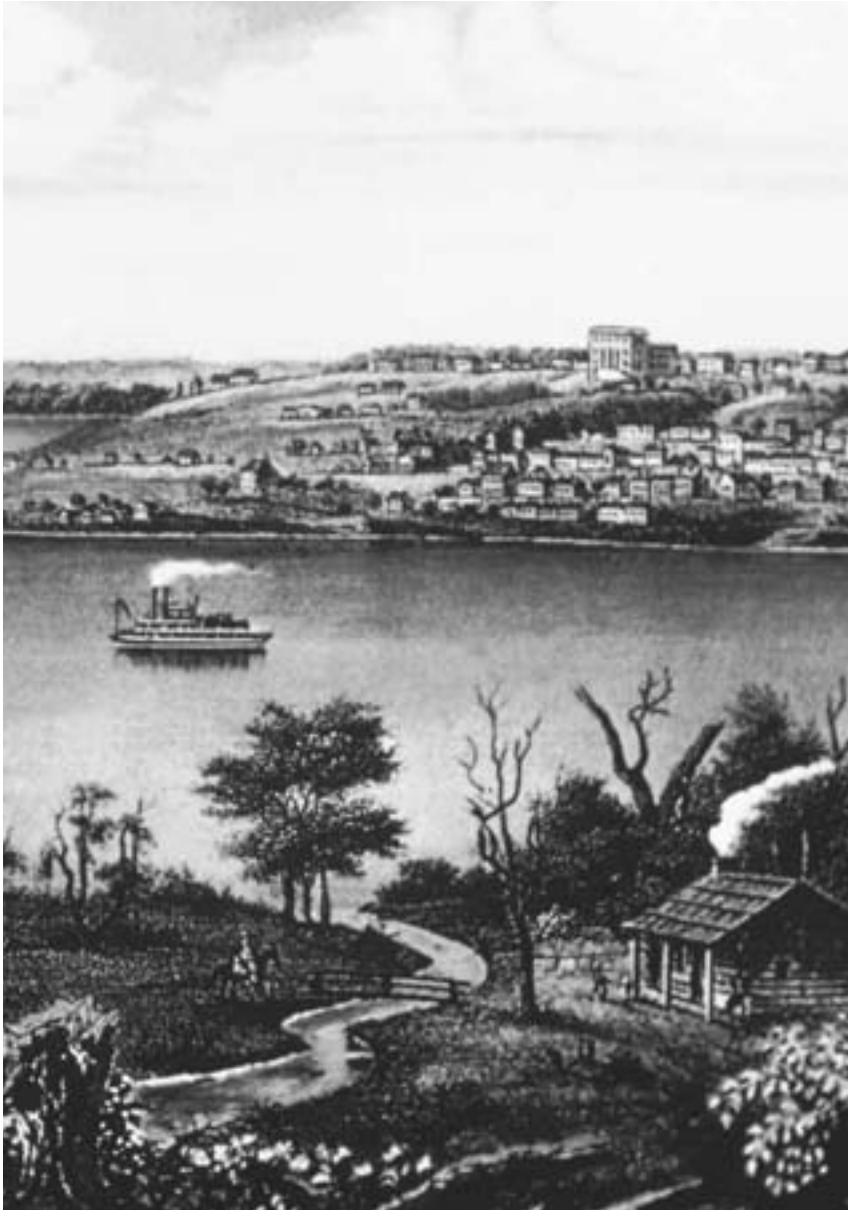
“y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará; triunfarás sobre todos tus enemigos.

“Tus amigos te sostienen, y te saludarán de nuevo con corazones fervientes y manos amistosas” (D. y C. 121:7–9).

Las palabras del Señor se cumplieron casi al pie de la letra en abril de 1839. Después de padecer seis meses de encarcelamiento ilegal, los prisioneros fueron trasladados primeramente a Gallatin, condado de Daviess, Misuri, y después a Columbia, condado de Boone. Sin embargo, el alguacil William Morgan recibió instrucciones de “nunca llevarlos al condado de Boone”. Una o varias personas en puestos de poder habían determinado que a los prisioneros se les permitiría escapar, quizás para evitar la vergüenza pública de llevarles a juicio cuando no había evidencia en su contra. A los prisioneros se les dio la oportunidad de comprar dos caballos y eludir a sus guardias. Hyrum Smith dijo: “Partimos hacia el estado de Illinois y después de nueve o diez días llegamos a salvo a Quincy,

condado de Adams, donde encontramos a nuestras familias en estado de pobreza, pero con buena salud".²⁷ En verdad fueron recibidos con "corazones fervientes y manos amistosas".

En cuanto a su reunión con el Profeta, Wilford Woodruff dijo: "Una vez más tuve el feliz privilegio de tomar de la mano al hermano José... Él nos saludó con gran gozo... Fue franco, abierto y familiar, como de costumbre, y nos regocijamos en extremo. Ningún hombre puede comprender el gozo de tal reunión, excepto uno que haya padecido tribulación por la causa del Evangelio".²⁸ Milagrosamente, el Señor había preservado a Su Profeta y al cuerpo de la Iglesia. Una vez más, el Israel contemporáneo se había empezado a congregarse en una nueva tierra, con nuevas oportunidades y convenios ante ellos.



Los santos edificaron la hermosa ciudad de Nauvoo a orillas del río Misisipí. El Templo de Nauvoo dominaba la ciudad.

Sacrificios y bendiciones en Nauvoo

Los Santos de los Últimos Días que se trasladaron a Illinois recibieron una calurosa bienvenida por parte de los generosos ciudadanos del poblado de Quincy. Después de que el profeta José Smith regresó de su encarcelamiento en la cárcel de Liberty, los santos se trasladaron a unos 56 kilómetros al norte sobre la ribera del río Misisipí. Allí drenaron los grandes pantanos de la zona y comenzaron a edificar la ciudad de Nauvoo junto a un recodo del río. En poco tiempo la ciudad zumbaba con actividad y comercio al congregarse allí los santos de todas partes de los Estados Unidos, Canadá e Inglaterra. En menos de cuatro años, Nauvoo se convirtió en una de las ciudades más grandes de Illinois.

Los miembros de la Iglesia vivían relativamente en paz, con la tranquilidad de que un profeta vivía y trabajaba entre ellos. Cientos de misioneros llamados por el profeta partieron de Nauvoo para proclamar el Evangelio. Se construyó un templo, se recibió la investidura del templo; se crearon barrios por primera vez, se establecieron estacas, se organizó la Sociedad de Socorro, se publicó el Libro de Abraham y se recibieron importantes revelaciones. Durante más de seis años, los santos manifestaron un extraordinario nivel de unidad, fe y felicidad mientras su ciudad se convertía en un faro de laboriosidad y de verdad.

Los sacrificios de los misioneros de Nauvoo

Al comenzar a construir sus casas y a sembrar, muchos de los santos enfermaron de paludismo, enfermedad infecciosa que causaba fiebre y escalofríos. Entre los enfermos se encontraban la mayoría de los Doce y el mismo José Smith. El 22 de julio de 1839, el Profeta se levantó de su lecho con el poder de Dios que descansaba sobre él. Valiéndose del poder del sacerdocio, se sanó a sí mismo y a

los enfermos de su propia casa y después, en virtud de ese poder, mandó que se sanaran los que acampaban en tiendas de campaña a la entrada de su casa. Muchas personas fueron sanadas. El Profeta fue de tienda en tienda y de casa en casa bendiciendo a todos. Fue uno de los días grandiosos de fe y sanidad en la historia de la Iglesia.

Durante ese período, el Profeta llamó a los integrantes del Quórum de los Doce Apóstoles para predicar el Evangelio en Inglaterra. El élder Orson Hyde, miembro del Quórum de los Doce, fue enviado a Jerusalén a dedicar la tierra de Palestina para el recogimiento del pueblo judío y de los otros hijos de Abraham. Se enviaron misioneros a predicar por todo Estados Unidos y el este de Canadá, y Addison Pratt y otros misioneros recibieron el llamamiento de ir a las islas del Pacífico.

Estos hermanos hicieron grandes sacrificios al dejar sus hogares y sus familias para responder al llamado de servir al Señor. Muchos miembros de los Doce enfermaron de paludismo mientras se preparaban para partir hacia Inglaterra. Wilford Woodruff, quien estaba sumamente enfermo, dejó a su esposa, Phoebe, con muy pocos víveres y apenas con lo suficiente para subsistir. George A. Smith, el apóstol más joven, estaba tan enfermo que tuvieron que llevarlo hasta el carronato, y un hombre que lo vio le preguntó al conductor si había estado robando cuerpos del cementerio. Los únicos que no padecían la enfermedad al partir de Nauvoo fueron Parley P. Pratt, quien se llevó a su esposa e hijos, su hermano Orson Pratt y John Taylor, aunque posteriormente el élder Taylor enfermó de gravedad y casi perdió la vida en el transcurso del viaje a la ciudad de Nueva York.

Brigham Young estaba tan enfermo que no podía caminar ni siquiera una corta distancia sin que alguien le ayudara, y su compañero, Heber C. Kimball, se encontraba en las mismas condiciones. Sus esposas y familias también habían caído enfermas. Cuando los Apóstoles alcanzaron la cima de un cerro a corta distancia de sus hogares, ambos acostados en el carronato, sintieron que no podrían soportar el tener que dejar a sus familias en condiciones tan desastrosas. Ante la sugerencia de Heber, se esforzaron por ponerse de pie, agitaron el sombrero sobre la cabeza y gritaron tres veces: "Hurra, hurra por Israel". Sus esposas, Mary

Ann y Vilate, recibieron la fuerza suficiente para ponerse de pie, recargarse contra el marco de la puerta y gritar: “Adiós; que Dios los bendiga”. Los dos hombres volvieron a acostarse en las camas del carromato con un espíritu de gozo y satisfacción, al ver que sus esposas estaban de pie, en lugar de permanecer enfermas en cama.

Las familias que quedaban detrás demostraron su fe cuando se sacrificaron para apoyar a los que habían aceptado llamamientos misionales. Cuando Addison Pratt fue llamado a una misión a las Islas Sandwich, su esposa, Louisa Barnes Pratt, explicó: “Tenía que vestir y educar a mis cuatro hijos, y me quedé sin dinero... Al principio mi corazón flaqueó, pero tomé la determinación de confiar en el Señor y enfrenar con valor los infortunios de la vida y regocijarme porque a mi esposo se le había encontrado digno de predicar el Evangelio”.

Louisa y sus hijos fueron al muelle para despedir a su esposo y padre. Después de llegar a su casa, ella informó que “la tristeza se apoderó de nuestra mente. Al poco rato, comenzaron a retumbar los truenos; los vecinos de enfrente tenían un techo que goteaba, frágil e inseguro; pronto llegaron para resguardarse de la tormenta. Nos sentimos tan agradecidos al verles llegar; nos hablaron, nos consolaron, cantamos himnos, y el hermano oró con nosotros y se quedaron hasta que hubo pasado la tormenta”.¹

Poco después de la partida de Addison a la misión, su hija menor contrajo viruela. La enfermedad era tan contagiosa que cualquier poseedor del sacerdocio que fuera a ayudarle corría el riesgo de contraer la enfermedad, así que la hermana Pratt oró con fe y “reprendió la fiebre”. En el cuerpo de su hija aparecieron once ampollitas, pero la enfermedad nunca se desarrolló y en pocos días la fiebre desapareció. Louisa escribió: “Alguien que conocía muy bien cómo era la enfermedad vio a mi hija; me dijo que sí había sido un ataque de viruela; que yo la había conquistado con mi fe”.²

Aquellos misioneros que partieron de Nauvoo con tantos sacrificios trajeron a miles de conversos a la Iglesia, muchos de los cuales también dieron muestras de gran fe y valor. Mary Ann Weston vivía en Inglaterra con la familia de William Jenkins, mientras aprendía a ser costurera; el hermano Jenkins se había convertido al Evangelio. Un día Wilford Woodruff fue a la casa de la familia Jenkins para saludarles; sólo Mary Ann estaba en casa, por lo

que el hermano Woodruff se sentó junto a la chimenea y cantó un himno, cuyas palabras decían: “¿Negaré la inspiración que siento del Espíritu de Dios por temor al hombre?” Mary Ann lo miró mientras cantaba y después relató que “se veía tan pacífico y feliz que pensé que tenía que ser un buen hombre, y que el Evangelio que predicaba debía ser el verdadero”.³

Debido a la asociación que Mary Ann tuvo con los miembros de la Iglesia, se convirtió y se bautizó poco tiempo después, siendo el único miembro de su familia que respondería al mensaje del Evangelio restaurado. Se casó con un miembro de la Iglesia que murió cuatro meses después, debido, en parte, a una paliza que había recibido de manos de una chusma que deseaba interrumpir una reunión de la Iglesia. Habiendo quedado sola, abordó un barco lleno de Santos de los Últimos Días que se dirigían a Nauvoo y dejó atrás su hogar, sus amigos y sus incrédulos padres. Nunca más volvió a ver a su familia.

Con el tiempo, su valor y dedicación bendijeron la vida de muchas personas. Se casó con Peter Maughan, un viudo que se estableció en Cache Valley en la parte norte del estado de Utah. Allí ella crió a una familia numerosa y fiel que honró tanto su nombre como a la Iglesia.

Los libros canónicos

Durante el período de la Iglesia en Nauvoo, se publicaron algunos de los escritos que más tarde llegaron a conocerse como La Perla de Gran Precio. Este libro contiene selecciones del Libro de Moisés, el Libro de Abraham, un extracto del testimonio de Mateo, selecciones de la Historia de José Smith y los Artículos de Fe. Estos documentos fueron escritos o traducidos por José Smith, bajo la dirección del Señor.

Ahora los santos tenían las Escrituras que llegarían a conformar los libros canónicos de la Iglesia: la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y La Perla de Gran Precio. Estos libros tienen un valor incalculable para los hijos de Dios porque enseñan las verdades fundamentales del Evangelio y llevan al investigador sincero al conocimiento de Dios el Padre y de Su Hijo, Jesucristo. Conforme a la dirección del Señor y a través de Sus Profetas, se han agregado revelaciones adicionales a las Escrituras contemporáneas.

El Templo de Nauvoo

Tan sólo quince meses después de la fundación de Nauvoo, la Primera Presidencia, siendo obediente a la revelación, anunció que había llegado el momento de establecer “una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de orden, una casa para adorar a nuestro Dios, donde puedan efectuarse las ordenanzas de acuerdo con Su divina voluntad”.⁴ Aunque eran pobres y difícilmente podían atender las necesidades de sus propias familias, los Santos de los Últimos Días respondieron al llamado de sus líderes y comenzaron a donar tiempo y medios para la construcción del templo. Para tal fin, más de mil hombres donaron uno de cada diez días de mano de obra. Louisa Decker, una jovencita, se asombró al ver que su mamá vendió su vajilla de porcelana y un acolchado fino para contribuir con dinero para el templo.⁵ Otros miembros donaron caballos, carrromatos, vacas, puercos (cerdos) y grano para ayudar en la construcción del templo. A las mujeres de Nauvoo se les pidió que contribuyeran con monedas de uno y diez centavos para el fondo del templo.

Caroline Butler no tenía este tipo de monedas, pero sentía un gran deseo de dar algo. Un día, mientras se encaminaba a la ciudad en una carreta, vio dos bisontes muertos. De pronto supo cuál sería su regalo para el templo. Ella y sus hijos arrancaron las largas crines de los animales y se las llevaron a casa. Las lavaron, las peinaron y las prepararon de tal modo que hilaron una especie de hilaza o lana. Después tejieron ocho pares de guantes gruesos que les regalaron a los que trabajaban cortando piedra para el templo en medio del crudo frío del invierno.⁶

Mary Fielding Smith, esposa de Hyrum Smith, escribió una carta a las mujeres Santos de los Últimos Días de Inglaterra, quienes en el transcurso de un año juntaron 50.000 monedas de un centavo, las que juntas pesaban más de 200 kg., y se enviaron por barco a Nauvoo. Los granjeros donaron bueyes y carrromatos; otros vendieron parte de sus tierras y donaron el dinero al comité de construcción. Se dieron muchos relojes y pistolas. Los santos de Norway, Illinois, enviaron cien ovejas a Nauvoo, poniéndolas a la disposición del comité del templo.

Al recordar esta época, Brigham Young dijo: “Trabajamos arduamente en el Templo de Nauvoo, tiempo durante el cual fue

difícil conseguir pan y otras provisiones para alimentar a los obreros". Sin embargo, el presidente Young aconsejó a los encargados de los fondos del templo que dieran toda la harina que tenían, confiando en que el Señor proveería más. Al poco tiempo, Joseph Toronto, converso reciente a la Iglesia procedente de Sicilia, llegó a Nauvoo con \$2.500 dólares en oro, los cuales puso a los pies de las autoridades.⁷ Estos ahorros de toda la vida del hermano Toronto se usaron para abastecerse de harina y comprar otras provisiones que se necesitaban con urgencia.

Poco después de la llegada de los santos a Nauvoo, el Señor reveló a través del profeta José Smith que debían llevarse a cabo bautismos por los antepasados muertos que no hubieran escuchado el Evangelio (véase D. y C. 124:29–39). Muchos santos sintieron gran consuelo cuando recibieron la promesa de que los muertos podrían recibir las mismas bendiciones que los que aceptaran el Evangelio aquí en la tierra.

El Profeta también recibió una revelación importante concerniente a las enseñanzas, los convenios y las bendiciones que ahora se conocen como la investidura del templo. Esta ordenanza sagrada permitiría a los santos "obtener la plenitud de aquellas bendiciones" que les prepararían para "venir y morar en la presencia de Elohim en los mundos eternos".⁸ Después de recibir la investidura, los esposos podrían sellarse, mediante el poder del sacerdocio, por esta vida y por toda la eternidad. José Smith comprendía que estaría poco tiempo en la tierra, así que mientras el templo aún estaba bajo construcción, comenzó a impartir la investidura a un grupo selecto de fieles seguidores en un cuarto del segundo piso de su almacén.

Incluso después del asesinato del profeta José Smith, cuando los santos comprendieron que en breve tendrían que dejar Nauvoo, se fortaleció su cometido de finalizar el templo. Se dedicó el ático del templo aún sin terminar como la parte de la estructura donde podía impartirse la investidura. Los santos estaban tan ansiosos por recibir esta ordenanza sagrada que Brigham Young, Heber C. Kimball y otros miembros de los Doce Apóstoles permanecieron en el templo de día y de noche, durmiendo no más de cuatro horas. Mercy Fielding Thompson estaba encargada de lavar y planchar la ropa del templo, así como de supervisar la cocina. También ella vivía en

el templo, y a veces trabajaba la noche entera a fin de tener todo listo para el día siguiente. Había otros miembros que eran igualmente devotos.

¿Por qué los santos trabajaron tan arduamente para terminar un edificio que en breve tendrían que abandonar? Casi seis mil Santos de los Últimos Días recibieron sus investiduras antes de partir de Nauvoo. Al volver los ojos hacia la migración al Oeste, su fe aumentó y se sintieron seguros con el conocimiento de que sus familias estaban selladas eternamente. Con rostros bañados de lágrimas, listos para seguir avanzando después de sepultar a un hijo o a un cónyuge en la inmensa pradera americana, los santos siguieron adelante con determinación debido, en gran medida, a las promesas contenidas en las ordenanzas que habían recibido en el templo.

La Sociedad de Socorro

Mientras se construía el Templo de Nauvoo, Sarah Granger Kimball, esposa de Hiram Kimball, uno de los ciudadanos más adinerados de la ciudad, contrató a una costurera de nombre Margaret A. Cooke. Con el deseo de adelantar la obra del Señor, Sarah donó tela con objeto de confeccionar camisas para los hombres que trabajaban en el templo y Margaret aceptó coserlas. Poco después, algunas de las vecinas de Sarah también sintieron el deseo de participar en la costura de las camisas, por lo que se reunieron en la sala de la familia Kimball y decidieron organizarse formalmente. Se le pidió a Eliza R. Snow que escribiera una constitución así como los reglamentos de la nueva sociedad.

Eliza le presentó el documento terminado al profeta José Smith, quien declaró que era la mejor constitución que había visto. Aún así, el Profeta tenía la impresión de que debía ampliar la visión de la mujer con respecto a lo que ésta podía lograr. Por lo tanto, pidió que las mujeres asistieran a otra reunión, en la que él organizó La Sociedad de Socorro de Mujeres de Nauvoo. Emma Smith, esposa del Profeta, fue la primera presidenta de la sociedad.

El Profeta les dijo a las hermanas que recibirían “instrucción mediante el orden que Dios ha establecido a través de los que han sido nombrados para dirigir —y ahora doy vuelta a la llave para ustedes en el nombre de Dios, y esta Sociedad se regocijará y recibirá

conocimiento e inteligencia desde este momento en adelante— este es el comienzo de mejores días para esta Sociedad”.⁹

Poco después de la creación de la sociedad, un comité de la misma visitó a todos los pobres de Nauvoo para evaluar sus necesidades y solicitó donativos para ayudarles. Los niños necesitados recibieron su educación gracias a los donativos en efectivo, y el producto de la venta de alimentos y ropa de cama. También se donaron lino, lana, hilaza, tejas, jabón, velas, productos de quincallería, alhajas, canastos, acolchados, mantas, cebollas, manzanas, harina, pan, galletas y carne para ayudar a los necesitados.

Además de ayudar a los pobres, las hermanas de la Sociedad de Socorro llevaban a cabo reuniones de adoración. Eliza R. Snow informó que en una reunión “casi todas las presentes se levantaron y hablaron, y el Espíritu del Señor, como riachuelo purificador, alentó todo corazón”.¹⁰ Estas hermanas oraron unas por otras, fortalecieron mutuamente su fe y consagraron sus vidas y recursos para ayudar a promover la causa de Sión.

El martirio

Aunque los años de Nauvoo fueron de gran felicidad para los santos, al poco tiempo comenzó de nuevo la persecución, culminando con el asesinato de José y Hyrum Smith. Fue una época de oscuridad y pesar que nunca se olvidaría. Después de saber del martirio, Louisa Barnes Pratt escribió sus propios sentimientos al respecto: “Era una noche tranquila, y había luna llena. Parecía ser una noche de muerte, iy todo conspiró para hacerla solemne! Se escucharon las voces de los líderes que llamaban a los varones a congregarse, y escuchándolas a lo lejos, caían sobre el corazón como campana fúnebre. Las mujeres se reunían en grupos, llorando y orando, algunas deseando que los asesinos recibieran un terrible castigo, otras reconociendo la mano de Dios en el suceso”.¹¹

Al igual que Louisa Barnes Pratt, muchos Santos de los Últimos Días recordaron los acontecimientos del 27 de junio de 1844 como una época de lágrimas y corazones quebrantados. El martirio fue el acontecimiento más trágico de los comienzos de la Iglesia, y, sin embargo, no era totalmente inesperado.

Por lo menos en diecinueve ocasiones diferentes, comenzando en 1829, José Smith les dijo a los santos que probablemente no dejaría

esta vida pacíficamente¹². Aunque sentía que sus enemigos algún día le quitarían la vida, no sabía cuándo sucedería. Al terminar la primavera de 1844, los enemigos de dentro y fuera de la Iglesia trabajaron arduamente para destruir al Profeta. Thomas Sharp, editor de un periódico cercano y líder en el partido político antimormón del condado de Hancock, públicamente pidió el asesinato del Profeta. Grupos de ciudadanos, apóstatas y líderes cívicos conspiraron para destruir al Profeta y así lograr la destrucción de la Iglesia.

Thomas Ford, gobernador de Illinois, le escribió a José Smith, insistiendo en que los miembros del Ayuntamiento de Nauvoo debían someterse a juicio ante un jurado que no era mormón bajo el cargo de causar disturbios civiles. Dijo que era la única manera de apaciguar al pueblo. Les prometió completa protección, aunque el Profeta dudaba seriamente que tuviera el poder para cumplir su juramento. Cuando parecía que no había ninguna otra alternativa, el Profeta, su hermano Hyrum, John Taylor y otros hombres se sometieron al arresto, plenamente conscientes de que no eran culpables de ningún crimen.

Al prepararse para partir de Nauvoo hacia Carthage, asiento judicial del condado que quedaba a unos treinta kilómetros de distancia, el Profeta sabía que veía por última vez a su familia y amistades. Él profetizó: “Voy como cordero al matadero; pero me siento tan sereno como una mañana veraniega”.¹³

Mientras el Profeta emprendía su camino, B. Rogers, quien había trabajado en la granja de José desde hacía más de tres años, y otros dos jóvenes cruzaron a pie los campos y se sentaron en un cerco esperando que pasara su amigo y líder. José detuvo el caballo a un lado de ellos y les dijo a los miembros de la milicia que estaban con él: “Caballeros, ésta es mi granja y éstos son mis jóvenes. Yo los estimo y ellos me estiman”. Después de estrechar la mano de cada uno de los jóvenes, montó su caballo y cabalgó hacia su encuentro con la muerte.¹⁴

Dan Jones, converso galés, se reunió con el Profeta en la cárcel de Carthage. El 26 de junio de 1844, la última noche de su vida, José escuchó el disparo de un rifle, se levantó de la cama y se acostó en el suelo cerca del hermano Jones. El Profeta le susurró al oído: “¿Tiene miedo de morir?” El hermano Jones respondió: “Siendo parte de esta



La escena del martirio en la cárcel de Carthage. Hyrum Smith, en el centro del piso, murió instantáneamente; John Taylor, en la esquina izquierda inferior, quedó herido de gravedad; José Smith fue baleado y asesinado cuando corría hacia la ventana; y Willard Richards, junto a la chimenea, permaneció ileso.

causa, no pienso que la muerte pueda albergar ningún terror”. “Antes de morir aún verá Gales y cumplirá la misión que tiene señalada”, profetizó José.¹⁵ Miles de fieles Santos de los Últimos Días disfrutaban actualmente de las bendiciones de la Iglesia como resultado de la misión honorable y productiva que posteriormente sirvió Dan Jones en Gales.

El 27 de junio de 1844, poco después de las cinco de la tarde, una chusma de aproximadamente doscientos hombres con el rostro pintado tomaron por asalto la cárcel de Carthage, dispararon y mataron a José y a su hermano Hyrum e hirieron de gravedad a John Taylor. Willard Richards fue el único que salió ileso. Después de escuchar el grito de “Allí vienen los mormones” la chusma y la mayoría de los residentes de Carthage huyeron. Willard Richards atendió al herido John Taylor, ambos llorando la muerte de sus líderes. El cuerpo de Hyrum estaba dentro de la cárcel, mientras que José, quien había caído por la ventana, yacía afuera junto al pozo.

Uno de los primeros Santos de los Últimos Días en llegar a la escena fue Samuel, hermano de los dos mártires. Él y otros ayudaron a Willard Richards a preparar los cuerpos para la larga y amarga jornada de regreso a Nauvoo.

Mientras tanto, en Warsaw, Illinois, la familia de James Cowley, que era miembro de la Iglesia, se preparaba para cenar. Matthias, de catorce años de edad, escuchó que sucedía algo fuera de lo normal en el pueblo y fue a unirse al grupo que se juntaba para hablar de la noticia. El principal que comunicaba la noticia vio al joven Cowley y le ordenó regresar a casa al lado de su madre. Los jóvenes que no eran miembros de la Iglesia lo siguieron, tirándole basura antes de que pudiera escapar corriendo a través del patio de un vecino.

Pensando que la situación se había calmado, Matthias fue hacia el río para sacar un cubo de agua. Al verlo los miembros de la chusma le pagaron a un sastre que estaba borracho para que lo arrojara al río. Cuando Matthias se detuvo para meter el balde en el río, el sastre lo tomó por el cuello y le dijo: “Mormoncito... te voy a ahogar”. Matthias relató: “Le pregunté por qué quería ahogarme, y si alguna vez yo le había hecho algún daño. Él dijo que no, que no me iba a ahogar porque yo era un buen chico y que podía irme a casa”. Esa noche los miembros de la chusma intentaron sin éxito incendiar la casa de la familia Cowley tres veces, pero mediante la fe y las oraciones, la familia fue protegida.¹⁶ Matthias Cowley creció y permaneció fiel en la Iglesia; su hijo Matthias y su nieto Matthew fueron llamados para servir en el Quórum de los Doce Apóstoles.

Thomas Ford, gobernador de Illinois, escribió lo siguiente acerca del martirio: “El asesinato de los hermanos Smith, en lugar de acabar con... los mormones y dispersarlos, como muchos pensaron que sucedería, solamente sirvió para unirlos más y darles nueva confianza en su fe”.¹⁷ El gobernador también escribió: “Quizás algún hombre dotado como Pablo, algún orador espléndido que con su elocuencia atraiga multitudes por miles... pueda tener éxito en darle nueva vida [a la Iglesia Mormona] y hacer sonar el nombre del mártir José... con suficiente fuerza para que resuene en las almas de los hombres”. Ford vivió con el temor de que esto sucediera y que su propio nombre, como el de Pilato y Herodes, llegara a conocerse como infame en toda la historia.¹⁸ Su temor se hizo realidad.

El presidente John Taylor se recuperó de sus heridas y posteriormente escribió un tributo a los líderes asesinados, el cual ahora se conoce como la sección 135 de Doctrina y Convenios. Él dijo: “José Smith, el Profeta y Vidente del Señor, ha hecho más por la salvación del hombre en este mundo, que cualquier otro que ha vivido en él, exceptuando sólo a Jesús... Vivió grande y murió grande a los ojos de Dios y de su pueblo; y como la mayoría de los ungidos del Señor en tiempos antiguos, ha sellado su misión y obras con su propia sangre; y lo mismo ha hecho su hermano Hyrum. ¡En vida no fueron divididos, y en su muerte no fueron separados!... Vivieron por la gloria; murieron por la gloria; y la gloria es su recompensa eterna” (D. y C. 135:3, 6).

La sucesión en la presidencia

Cuando el profeta José Smith y su hermano Hyrum Smith fueron asesinados en la cárcel de Carthage, muchos de los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles y otros líderes de la Iglesia eran misioneros, por lo que no se encontraban en Nauvoo, y varios días pasaron antes de que estos hombres se enteraran de las muertes. Cuando Brigham Young escuchó la noticia, supo que las llaves del liderazgo del sacerdocio aún estaban en la Iglesia porque esas llaves se habían dado al Quórum de los Doce; sin embargo, no todos los miembros comprendían quién debía reemplazar a José Smith como profeta, vidente y revelador del Señor.

El 3 de agosto de 1844, llegó Sidney Rigdon, Primer Consejero de la Primera Presidencia, procedente de Pittsburgh, Pensilvania. Hacía un año había comenzado a seguir un curso contrario al consejo del profeta José Smith y se había apartado de la Iglesia. Rehusó reunirse con los tres miembros de los Doce que ya se encontraban en Nauvoo y, en su lugar, decidió dirigirse a un grupo grande de santos que se habían congregado para llevar a cabo el servicio de adoración dominical. Les habló de una visión que había recibido en la que supo que nadie podía reemplazar a José Smith; les dijo que debía nombrarse a un guardián de la Iglesia y que ese guardián debía ser Sidney Rigdon. Fueron pocos los santos que lo apoyaron.

Brigham Young, Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, no regresó a Nauvoo sino hasta el 6 de agosto de 1844. Declaró que sólo deseaba saber “lo que Dios dice” acerca de quién debía dirigir la

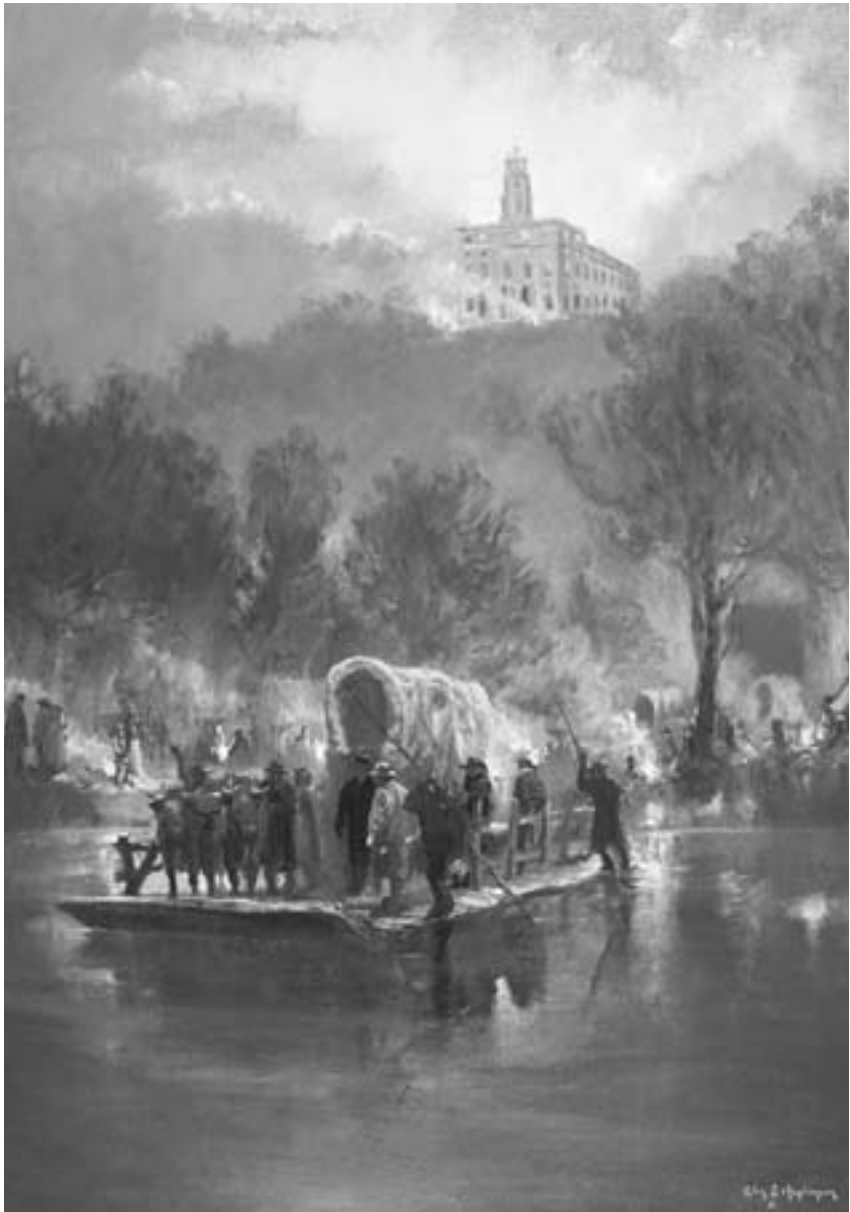
Iglesia.¹⁹ Los Doce convocaron una reunión para el jueves 8 de agosto de 1844. Sidney Rigdon habló en la sesión matutina durante más de una hora, obteniendo pocos seguidores.

Entonces Brigham Young habló brevemente, consolando el corazón de los santos. George Q. Cannon relató que al estar hablando el hermano Young, “era como si fuera la voz del mismo José”, y “a los ojos del pueblo parecía como si fuera la misma persona de José que estaba de pie ante ellos”.²⁰ William C. Staines testificó que Brigham Young habló con una voz similar a la del profeta José Smith. “Pensé que era él”, dijo el hermano Staines, “y también lo pensaron miles de personas que lo escucharon”.²¹ Wilford Woodruff también relató aquel momento maravilloso: “Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, nadie habría podido convencerme de que no era José Smith, y cualquiera que conozca a estos dos hombres puede testificarlo”.²² Esa manifestación milagrosa, vista por muchos, ayudó a los santos a comprender que el Señor había escogido a Brigham Young para suceder a José Smith como líder de la Iglesia.

En la sesión de la tarde, Brigham Young habló de nuevo, y testificó que el profeta José Smith había ordenado a los Apóstoles, quienes poseían las llaves del reino de Dios en todo el mundo. Profetizó que aquellos que no siguieran a los Doce no prosperarían y que únicamente los Apóstoles serían victoriosos en edificar el reino de Dios.

Después de su discurso, el presidente Young le pidió a Sidney Rigdon que hablara, pero él decidió no hacerlo. Después de los comentarios de William W. Phelps y Parley P. Pratt, Brigham Young volvió a tomar la palabra. Habló de terminar el Templo de Nauvoo, de recibir la investidura antes de salir al desierto y de la importancia de las Escrituras. Habló de su amor por José Smith y su afecto por la familia del Profeta. Entonces los santos votaron unánimemente a favor de sostener a los Doce Apóstoles como líderes de la Iglesia.

Aunque hubo varias personas más que afirmaron tener derecho a la Presidencia de la Iglesia, en su mayor parte la crisis de la sucesión para los Santos de los Últimos Días había terminado. Brigham Young, el apóstol de mayor antigüedad y Presidente del Quórum de los Doce, era el hombre a quien Dios había escogido para dirigir a su pueblo, y éste se había unido para sostenerlo.



*La violencia de las chusmas obligó a los santos
a dejar su amada ciudad de Nauvoo.*

Con fe en cada paso

Los preparativos para salir de Nauvoo

Desde aproximadamente 1834, los líderes de la Iglesia habían hablado de trasladar a los santos hacia el Oeste, a las Montañas Rocosas, donde podrían vivir en paz. Al pasar los años, hablaron con algunos exploradores acerca de lugares específicos y estudiaron mapas para encontrar el lugar adecuado donde pudieran establecerse. Para fines de 1845, contaban con la información más actualizada que había acerca del Oeste.

Al intensificarse las persecuciones en Nauvoo, se hizo evidente que los santos tendrían que partir, y para noviembre de 1845, la ciudad se hallaba muy ocupada con los preparativos. Se llamaron capitanes de cien, de cincuenta y de diez para guiar a los santos en su éxodo. Cada grupo de cien estableció uno o más talleres para fabricar y reparar carromatos. Los carreteros, carpinteros y ebanistas trabajaban hasta muy avanzada la noche para preparar la madera y construir carromatos. Se enviaron miembros al Este para comprar hierro y los herreros construyeron los materiales necesarios para el viaje, así como el equipo agrícola necesario para colonizar una nueva Sión. Las familias recolectaron alimentos y artículos del hogar y almacenaron fruta seca, arroz, harina y medicamentos. En tan breve período, trabajando juntos para el bien común, los santos lograron más de lo que hubieran creído posible.

Las pruebas de un viaje invernal

Originalmente se había planeado evacuar la ciudad de Nauvoo en abril de 1846, pero en vista de las amenazas de que la milicia del estado tenía intenciones de impedir que los santos se trasladaran al Oeste, los Doce Apóstoles y otros líderes civiles se reunieron apresuradamente en consejo el 2 de febrero de 1846. Acordaron que

era imperativo comenzar inmediatamente el viaje hacia el Oeste; y el éxodo comenzó el 4 de febrero. Bajo la dirección de Brigham Young, el primer grupo de santos comenzó anhelosamente su jornada; no obstante, ese anhelo enfrentaba una gran prueba: tendrían que recorrer muchos kilómetros antes de poder establecer campamentos permanentes que les permitieran descansar del prolongado clima invernal y de una primavera excepcionalmente lluviosa.

Con el fin de estar a salvo de sus perseguidores, miles de santos tuvieron que cruzar primero el ancho río Misisipí para ingresar al territorio de Iowa. Los peligros del viaje comenzaron inmediatamente cuando uno de los bueyes pateó un barco que llevaba pasajeros, haciéndole un hoyo y hundiéndolo. Un testigo vio a los desafortunados pasajeros que se aferraban a sus colchones de plumas, palos, “leños o cualquier otra cosa a la que pudieran agarrarse y eran lanzados y arrojados sobre el agua a merced de las olas frías y despiadadas... Algunos se subieron a la parte de arriba del carromato, que no se había sumergido totalmente, y estuvieron más cómodos mientras que las vacas y los bueyes que habían estado a bordo nadaron hasta la orilla de la que habían partido”.¹ Finalmente se pudo rescatar a todas las personas en otros botes y llevarlas a la otra orilla.

Dos semanas después de haber cruzado el río por primera vez, éste se congeló durante una temporada. Aunque el hielo era muy resbaloso, era lo suficientemente grueso para soportar el peso de los carromatos y los bueyes, por lo que fue más fácil cruzar. Pero el clima frío causó mucho sufrimiento, ya que los santos tenían que caminar entre la nieve. En el campamento que se estableció en Sugar Creek, al otro lado del río, el constante soplo del viento amontonó unos veinte centímetros de nieve. Más tarde, al derretirse, convirtió el suelo en un lodazal. Los elementos se combinaron para producir un ambiente deplorable alrededor, arriba y abajo para los dos mil santos acurrucados en tiendas de campaña, carromatos y resguardos construidos a la carrera, mientras esperaban el mando de continuar la jornada.

Esta primera etapa en Iowa fue la parte más difícil de la jornada. Hosea Stout relató que él “se preparó para la noche erigiendo una tienda de campaña provisional hecha de ropa de cama. En esa época

mi esposa casi no podía ponerse de pie y mi pequeño hijo estaba enfermo de fiebre y ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor".² Muchos otros santos también sufrieron en extremo.

¡Oh, está todo bien!

La fe, el valor y la determinación de estos santos les permitió sobreponerse al frío, al hambre y a la muerte de sus seres queridos. William Clayton fue llamado a integrar uno de los primeros grupos que debía abandonar Nauvoo y tuvo que dejar atrás a su esposa, Diantha, que se encontraba en el octavo mes del embarazo de su primer hijo, con los padres de ella. El caminar pesadamente por los caminos lodosos y acampar en frías tiendas, le hacían sentir como si los nervios se le fueran a destrozar, al preocuparse por el bienestar de Diantha. Dos meses más tarde, aún no sabía si ella se había aliviado, pero por fin recibió las maravillosas noticias de que había nacido "un hermoso y robusto varón". Casi tan pronto como escuchó la noticia, William se sentó y compuso un himno que no sólo tuvo significado especial para él, sino que llegaría a ser un himno de inspiración y gratitud para los miembros de la Iglesia por muchas generaciones. Las estrofas tan famosas expresan su fe y la de miles de santos que cantaron en medio de la adversidad: "¡Oh, está todo bien!"³ Ellos, al igual que los miembros que les han seguido, encontraron el gozo y la paz que derivan del sacrificio y la obediencia en el Reino de Dios.

Winter Quarters

Les tomó a los santos ciento treinta y un días viajar los casi quinientos kilómetros desde Nauvoo hasta los poblados del occidente de Iowa, donde pasarían el invierno de 1846–1847 y se prepararían para el viaje a las Montañas Rocosas. Esa experiencia les enseñó mucho sobre viajes, hecho que les ayudaría a cruzar más rápidamente los mil seiscientos kilómetros de las grandes praderas americanas, lo cual hicieron al año siguiente en aproximadamente ciento once días.

Los santos se establecieron en varios lugares a lo largo de ambas orillas del río Misuri. El poblado más grande, Winter Quarters (el invernadero), quedaba del lado occidental, en el estado de Nebraska. En poco tiempo, se convirtió en el hogar de aproximadamente tres

mil quinientos miembros de la Iglesia, quienes vivían en cabañas y en cuevas hechas a mano, y cubiertas de ramas y tierra. Otros dos mil quinientos santos también vivían en Kanesville y en sus alrededores, del lado del río Misuri que quedaba en el estado de Iowa. La vida en esos poblados era casi tan difícil como lo había sido en el camino. En el verano padecieron de malaria, y al llegar el invierno y no contar con alimentos frescos, padecieron de epidemias de cólera, escorbuto, ceguera nocturna y diarrea severa. Cientos de personas murieron.

Sin embargo, la vida seguía adelante. Las mujeres se dedicaban a limpiar, planchar, lavar, acolchar, escribir cartas, preparar sus escasas provisiones para las comidas y cuidar a sus familias, según recuerda Mary Richards, cuyo esposo, Samuel, era misionero en Escocia. Ella alegremente grabó los sucesos de los santos en Winter Quarters, que incluían actividades tales como charlas de teología, bailes, reuniones de la Iglesia, fiestas y reuniones que despertaban el interés por la religión, del tipo que se llevaban a cabo en las zonas poco pobladas.

Los hombres trabajaban juntos y se reunían a menudo para hablar de los planes para el viaje y del futuro sitio para el establecimiento de los santos. Con regularidad cooperaban para arrear al ganado que pacía en la pradera, en las afueras del campamento. Trabajaban en el campo, vigilaban el perímetro del poblado, construían y operaban un molino de trigo, y preparaban los carromatos para el viaje, a menudo padeciendo extremo cansancio y enfermedad. Parte de su trabajo era una labor desinteresada de amor, puesto que preparaban los campos y sembraban lo que cosecharían los santos que les seguirían a ellos.

John, hijo de Brigham Young, llamó a Winter Quarters el Valley Forge del mormonismo [lugar que tuvo un papel fundamental en la Guerra de la Revolución]. Él vivía cerca del cementerio y fue testigo de las “pequeñas caravanas fúnebres que tan a menudo pasaban por nuestra puerta”. Habló de cuán pobre y habitual parecía la dieta de su familia: pan de maíz, tocino salado y un poco de leche. Dijo que la pasta de harina y el tocino llegaron a causarle tantas náuseas que era como si tuviera que tomar medicamentos y se le dificultaba tragar.⁴ Únicamente la fe y la dedicación de los santos los sacaron adelante en esos tiempos tan difíciles.

El Batallón Mormón

Mientras los santos estaban en Iowa, los reclutadores del ejército de los Estados Unidos solicitaron a los líderes de la Iglesia que proporcionaran un contingente de hombres para que sirviera en la guerra con México, que había comenzado en mayo de 1846. Los hombres, que llegaron a conocerse como el Batallón Mormón, habían de marchar a través de la parte sur de la nación hasta California; se les pagaría un sueldo y recibirían ropa y raciones. Brigham Young instó a los hombres a participar para reunir los fondos para congregar a los pobres de Nauvoo y ayudar a las familias de los soldados. El cooperar con el gobierno en esa campaña también manifestaría la lealtad de los miembros de la Iglesia hacia su país y les daría razones justificables para acampar temporalmente en tierras públicas y de los indios. Finalmente, 541 hombres aceptaron el consejo de los líderes y se unieron al batallón. Les acompañaron 33 mujeres y 42 niños.

Para los integrantes del batallón, el problema de ir a la guerra se complicaba por el dolor que significaba dejar a sus esposas e hijos solos, en un tiempo tan difícil. William Hyde relató:

“Me es imposible describir lo que sentí al sólo pensar en dejar a mi familia en momentos tan críticos. Estaban lejos de su tierra natal, situados en una pradera solitaria con tan sólo un carromato como techo, el sol despiadado azotándolos, y a la espera de los fríos vientos invernales en el mismo lugar solitario y triste.

“Mi familia consistía en mi esposa y dos hijos pequeños, quienes se quedaron en compañía de mis padres, que eran ancianos, y un hermano. La mayoría de los integrantes del Batallón dejaron a sus familias... Sólo Dios sabía cuándo nos volveríamos a reunir con ellos; no obstante, no sentimos el deseo de quejarnos”.⁵

El batallón marchó dos mil trescientos kilómetros al sudoeste hacia California, y padeció la falta de alimentos, de agua, de descanso, de atención médica y del paso acelerado de la marcha. Los soldados sirvieron como tropas de ocupación en San Diego, San Luis Rey y Los Ángeles. Al finalizar el año de su enlistamiento, fueron relevados y se les permitió reunirse con sus familias. Sus esfuerzos y su lealtad al gobierno de los Estados Unidos les ganó el respeto de sus dirigentes.

Después de su relevo, muchos miembros del batallón permanecieron en California una temporada para trabajar; algunos de ellos se trasladaron al norte hacia el río American, donde encontraron empleo en el aserradero de John Sutter, cuando en ese lugar se descubrió oro en 1848, acontecimiento que precipitó la famosa fiebre del oro de California. Pero los hermanos Santos de los Últimos Días no se quedaron en California para aprovechar esa oportunidad de enriquecerse; su corazón estaba con sus hermanos y hermanas que luchaban por cruzar las llanuras americanas hacia las Montañas Rocosas. Uno de ellos, James S. Brown, explicó:

“Desde entonces no he vuelto a ver ese pedazo de tierra rica, ni lo lamento en lo más mínimo, porque siempre he tenido un objetivo más elevado que el oro... Algunos podrán pensar que fuimos ciegos ante nuestros propios intereses, pero después de más de cuarenta años no nos hemos arrepentido, aunque vimos florecer muchas fortunas y tuvimos muchos incentivos para quedarnos. Las personas nos decían: ‘Aquí hay oro en las piedras, oro en los cerros, oro en los riachuelos, oro por todas partes... y en poco tiempo pueden hacer una fortuna independiente’. Podríamos haber hecho todo eso; sin embargo, el deber nos llamaba y nuestro honor estaba a prueba. Habíamos hecho convenio unos con otros; había un principio de por medio. Para nosotros, primero estaban Dios y Su reino. Teníamos amigos y parientes en el desierto, sí, en una tierra desértica y nueva, y ¿quién sabía en qué condiciones estaban? Nosotros no lo sabíamos, así que seguimos el deber antes que el placer y la fortuna, y con ese deseo emprendimos nuestro viaje”.⁶ Estos hermanos sabían claramente que el reino de Dios valía mucho más que las cosas materiales de este mundo y, en base a ese conocimiento, decidieron el curso a seguir.

Los santos de Brooklyn

Mientras la mayoría de los santos viajaba desde Nauvoo a las Montañas Rocosas por tierra, un grupo de santos del Este de los Estados Unidos viajó por mar. El 4 de febrero de 1846, setenta hombres, sesenta y ocho mujeres y cien niños abordaron el barco *Brooklyn* y navegaron desde el puerto de Nueva York, en una travesía de más de veintisiete mil kilómetros, hasta la costa de

California. Durante el viaje nacieron dos niños, a los que se dio por nombre Atlántico y Pacífico, y murieron doce personas.

El viaje de seis meses fue sumamente difícil. En el calor de los trópicos, los pasajeros tenían muy poco espacio y sólo contaban con malos alimentos y agua en mal estado. Después de dar la vuelta al Cabo de Hornos, se detuvieron en la isla Juan Fernández para descansar cinco días. Caroline Augusta Perkins relató que “el ver y pisar tierra firme de nuevo fue un alivio tan grande, a diferencia de la vida en el barco, que lo comprendimos y disfrutamos con gratitud”. Se bañaron y lavaron su ropa en el agua fresca, recolectaron fruta y papas, atraparon peces y anguilas y caminaron por la isla, explorando “una cueva como la que describió Robinson Crusoe”.⁷

El 31 de julio de 1846, después de un viaje caracterizado por tormentas severas, alimentos escasos y largos días de navegación, llegaron a San Francisco. Algunos se quedaron y establecieron una colonia llamada New Hope, mientras que otros viajaron al Este, al otro lado de las montañas, para reunirse con los santos en la gran meseta.

El recogimiento continúa

De todas partes de los Estados Unidos y de muchas naciones, con diversos tipos de transporte, a caballo o a pie, los fieles conversos dejaron sus hogares y países de origen para congregarse con los santos y comenzar el largo viaje hacia las Montañas Rocosas.

En enero de 1847, el presidente Brigham Young comunicó la revelación llamada “La palabra y la voluntad del Señor en cuanto al Campamento de Israel” (D. y C. 136:1), la cual llegó a ser la constitución que gobernó la jornada de los pioneros hacia el Oeste. Se organizaron grupos para que velaran por las viudas y los huérfanos. Las relaciones con otras personas debían estar libres del mal, la codicia y la contención. La gente debía estar feliz y mostrar su gratitud a través de la música, la oración y el baile. Por medio del presidente Young, el Señor dijo a los santos: “Id y haced lo que os he dicho, y no temáis a vuestros enemigos” (D. y C. 136:17).

Cuando la primera compañía pionera se preparaba para salir de Winter Quarters, Parley P. Pratt regresó de su misión a Inglaterra e informó que John Taylor venía tras de él con un regalo de los santos

ingleses. Al día siguiente, el hermano Taylor llegó con los diezmos que enviaban estos miembros para ayudar a los viajeros, como evidencia de su amor y fe. También trajo instrumentos científicos que probaron ser sumamente valiosos para trazar el trayecto de los pioneros y ayudarlos a aprender acerca de sus alrededores. El 15 de abril de 1847, partió la primera compañía, guiada por Brigham Young. En el transcurso de las siguientes dos décadas, aproximadamente 62.000 santos les seguirían a través de las llanuras, en carromatos y carros de mano, para congregarse en Sión.

A estos viajeros les esperaban vistas maravillosas, así como grandes dificultades en su jornada. Joseph Moenor recordó haber pasado condiciones muy difíciles para llegar al Valle del Lago Salado, pero vio cosas que nunca antes había visto: grandes manadas de bisontes y altos cedros en los cerros.⁸ Otros recordaron haber visto extensos campos llenos de girasoles en flor.

Los santos también tuvieron experiencias que promovieron la fe y aligeraron las demandas físicas. Después de un largo día de viaje y de una comida cocida sobre fogatas, los hombres y las mujeres se reunían en grupos para hablar de las actividades del día. Hablaban de los principios del Evangelio, cantaban canciones, bailaban y oraban juntos.

La muerte visitaba con frecuencia a los santos conforme avanzaban lentamente hacia el Oeste. El 23 de junio de 1850, la familia Crandall se componía de quince personas; al finalizar la semana, siete habían muerto debido a la temida plaga de cólera. En unos cuantos días más, murieron cinco personas más de esa familia. Después, el 30 de junio, murió durante el alumbramiento la hermana Crandall, junto con su bebé.

Aunque los santos sufrieron mucho en su viaje al Valle del Lago Salado, prevaleció un espíritu de unidad, cooperación y optimismo. Unidos por su fe y dedicación al Señor, encontraron gozo en medio de sus tribulaciones.

“Éste es el lugar”

El 21 de julio de 1847, Orson Pratt y Erastus Snow, que iban con la primera compañía de pioneros, precedieron a los emigrantes y entraron al Valle del Lago Salado. Vieron un pasto tan alto que casi

se podían perder en él, lo cual era evidencia de que tendrían buenas tierras para el cultivo, así como vieron varios riachuelos que cruzaban el valle. Tres días después, el presidente Brigham Young, quien estaba enfermo de fiebre de las montañas, fue llevado en su carromato hasta la boca del cañón que daba al valle. Al contemplar la escena, el presidente Young pronunció la bendición profética de su jornada: “Es suficiente. Éste es el lugar”.

Cuando los santos que seguían el carruaje del presidente Brigham Young emergieron de entre las montañas, ellos también observaron con asombro su tierra prometida. Este valle, con el lago salado brillando bajo la luz del sol poniente, había sido el motivo de visiones y profecías, la tierra que ellos y miles más que les seguirían habían soñado. Ésta era su tierra de refugio, donde llegarían a ser un pueblo poderoso en medio de las Montañas Rocosas.

Varios años después, Jean Rio Griffiths Baker, una conversa de Inglaterra, escribió sus sentimientos al contemplar por primera vez la ciudad de Salt Lake. “La ciudad... está organizada en cuadras o manzanas, cada una de cuatro hectáreas y dividida en ocho terrenos, con una casa en cada terreno. Me detuve a mirar, y casi no puedo analizar mis sentimientos, pero creo que los que más dominaban eran el gozo y la gratitud por la protección que habíamos recibido yo y los míos durante nuestro largo y peligroso viaje”.⁹

Los pioneros de los carros de mano

En la década de 1850, los líderes de la Iglesia decidieron formar compañías de carros de mano con el fin de reducir los gastos y de esa manera se pudiera extender ayuda financiera al mayor número posible de emigrantes. Los santos que viajaron de esta manera colocaban tan sólo cuarenta y cinco kilos de harina y una cantidad limitada de provisiones y pertenencias en un carro, y después tiraban de él a través de las llanuras. Entre 1856 y 1860, viajaron a Utah diez compañías de carros de mano: ocho de ellas llegaron con éxito al Valle del Lago Salado, pero dos de ellas, las compañías de Martin y Willie, quedaron atrapadas en un invierno prematuro y muchos de los santos perecieron.

Nellie Pucell, pionera de una de esas desafortunadas compañías, cumplió diez años de edad mientras cruzaba las llanuras, y durante

el viaje murieron sus padres. Cuando el grupo se acercaba a las montañas, el clima era sumamente frío, las provisiones se les habían acabado y los santos estaban demasiado débiles por el hambre para seguir adelante. Nellie y su hermana mayor se desmayaron. Cuando casi se habían dado por vencidas, llegó el líder de la compañía; colocó a Nellie en un carro y le dijo a Maggie que caminará a un lado, aferrándose del carro para sostenerse. Maggie fue afortunada porque al estar obligada a moverse, se salvó de que se le congelaran partes del cuerpo.

Al llegar a la ciudad de Salt Lake, al quitarle a Nellie los zapatos y los calcetines que había usado a través de las praderas, se le desprendió la piel debido a que se le habían congelado los pies. A esta pequeña tan valiente se le tuvieron que amputar dolorosamente los pies, y durante el resto de su vida caminó sobre las rodillas. Más tarde, se casó y tuvo seis hijos, atendió su propia casa y crió una hermosa posteridad.¹⁰ La determinación que demostró, a pesar de su situación, y la bondad de los que la cuidaron son ejemplos de la fe y el espíritu de sacrificio de aquellos primeros miembros de la Iglesia. Su ejemplo es un legado de fe para todos los santos que les siguen.

Un hombre que cruzó las llanuras con la compañía de carros de mano de Martin vivió en Utah muchos años. Un día estaba entre un grupo de personas que comenzaron a criticar severamente a los líderes de la Iglesia por permitir que los santos cruzaran las llanuras con las pocas provisiones y la escasa protección que ofrecía una compañía de carros de mano. El anciano escuchó hasta que ya no pudo aguantar más; después se puso de pie y dijo con profunda emoción:

“Mi esposa y yo estuvimos en esa compañía... Sufrimos más de lo que se pueden imaginar, y muchos murieron a causa del frío y del hambre, pero, ¿han escuchado alguna vez a un sobreviviente de esa compañía pronunciar una sola palabra de crítica? ... [Nosotros] salimos adelante con el conocimiento absoluto de que Dios vive; en nuestras adversidades llegamos a conocer a Dios.

“Tiraba de mi carro de mano cuando estaba tan débil y agotado debido a la enfermedad y la falta de alimentos que casi no podía poner un pie enfrente del otro. Miraba hacia adelante y veía un trecho de arena o una cuesta en la colina y me decía: puedo ir hasta



Los santos del Valle del Lago Salado arriesgaron su vida para ir al rescate de los miembros de la Compañía de carros de mano de Martin, desamparados en las llanuras a causa de un invierno prematuro.

ahí y luego darme por vencido, porque ya no puedo seguir tirando esta carga... Seguí la arena y cuando llegué a ella, el carro empezó a empujarme a mí. Muchas veces miré a mi alrededor para ver quién estaba empujando el carro, pero no vi a nadie. Sabía entonces que los ángeles de Dios estaban allí.

“¿Lamentaba haber decidido venir con carros de mano? No, ni en aquel entonces ni en cualquier otro momento de mi vida después. *El precio que pagamos para conocer a Dios fue un privilegio pagarlo, y estoy agradecido de que tuve la oportunidad de venir en la compañía de carros de mano de Martin*”.¹¹

Los primeros miembros de la Iglesia valerosamente aceptaron el Evangelio y viajaron muy lejos para vivir en lugares lejanos a la civilización de entonces. En su honor, Ida R. Alldredge (1892–1943) escribió:

Fundadores de naciones,
abren caminos de fe;
su labor, generaciones
seguirán hasta vencer.
Firmes nacen los cimientos;
las fronteras sin temor,
hacen frente en cada intento,
pioneros de valor.

Su ejemplo nos enseña cómo vivir con más fe y valor en nuestro propio país.

El servicio era el lema;
les guiaba el amor;
así, como llama plena
irradiaba su valor.
Cargas mutuas aliviaban
elevando el corazón,
a su prójimo animaban,
pioneros de valor.

Un pendón a las naciones

Después de llevar con éxito a la primera compañía de santos a través de las llanuras hasta Utah, el presidente Brigham Young volvió su atención al establecimiento del Reino de Dios en el desierto. Mediante su visión y liderazgo, lo que una vez fue un desierto vacío se convirtió en una próspera civilización y en un refugio para los santos. Su decidida dirección ayudó a los santos a imaginar las posibilidades de su nuevo hogar y les guió hacia adelante en su deseo de edificar el Reino de Dios.

Dos días después de la llegada de la primera compañía, Brigham Young y varios miembros de los Doce escalaron un risco redondo al lado de la montaña, el cual el presidente Young había visto en una visión antes de partir de Nauvoo. Examinaron la vasta expansión del valle y profetizaron que todas las naciones del mundo serían bienvenidas en ese lugar y que ahí los santos disfrutarían de prosperidad y paz. Nombraron al cerro Ensign Peak (Cima del Pendón) en base al pasaje de las Escrituras en que Isaías prometió: “Y levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel” (Isaías 11:12).¹

El primer acto público del presidente Young, el 28 de julio de 1847, fue seleccionar un sitio central para el templo y poner a trabajar a los hombres en la planeación de su diseño y construcción. Colocó el bastón en el lugar escogido, y dijo: “Aquí edificaremos un templo a nuestro Dios”. Esa declaración debe haber consolado a los santos, que hacía poco se habían visto obligados a descontinuar la adoración en los templos, cuando partieron de Nauvoo.

En agosto, los líderes de la Iglesia y la mayoría de los integrantes de la primera compañía de pioneros regresaron a Winter Quarters para preparar a sus familias y trasladarlas al valle durante el siguiente año. Poco después de su llegada, Brigham Young y el

Quórum de los Doce tuvieron la impresión de que había llegado el momento de reorganizar la Primera Presidencia. En calidad de Presidente del Quórum de los Doce, Brigham Young fue sostenido como Presidente de la Iglesia. Él escogió a Heber C. Kimball y a Willard Richards como consejeros, y los santos sostuvieron a sus líderes unánimemente.

El primer año en el valle

Antes de que terminara el verano de 1847, dos compañías más de santos llegaron al Valle del Lago Salado, por lo que con los dos mil miembros se organizó la Estaca de Salt Lake. La siembra se hizo tarde y la cosecha fue escasa, y para cuando llegó la primavera, muchos estaban sufriendo por la falta de alimentos. John R. Young, quien en esa época era un niño, escribió:

“Para cuando comenzó a crecer el pasto, la hambruna ya era severa. No habíamos comido pan por varios meses. Nuestra dieta consistía de carne de res, leche, la raíz de una hierba (quenopodiasea) que le gustaba a los puercos, raíces de lirios y cardos. Yo era el pastor, así que cuando salía a cuidar a los animales, comía cardos hasta que tenía el estómago tan lleno como el de una vaca. Finalmente el hambre fue tanta que mi padre bajó del árbol una vieja piel de buey que los pájaros habían picado y la convertimos en una sopa deliciosa”.² Los colonizadores cooperaban generosamente y compartían unos con otros, y así pudieron sobrevivir esa época tan difícil.

Para el mes de junio de 1848, los colonos habían sembrado entre 1.200 y 1.600 hectáreas y el valle comenzó a verse verde y productivo. Pero para consternación de los santos, sobre las cosechas descendieron enormes nubes de grillos negros. Los colonizadores hicieron todo lo posible: cavaron zanjas e hicieron correr el agua por los sembrados sobre los grillos, espantaron a los insectos con palos y escobas y trataron de quemarlos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Los grillos continuaron llegando en cantidades aparentemente interminables. El patriarca John Smith, Presidente de la Estaca de Salt Lake, pidió que se celebrara un día de ayuno y oración. Pronto aparecieron en el cielo grandes bandadas de gaviotas que descendieron sobre los grillos. Susan Noble Grant dijo lo siguiente: “Para nuestro asombro, las gaviotas parecían estar sumamente



Mediante su fe y su trabajo diligente, los santos comenzaron a fundar una ciudad en el Valle del Lago Salado. Este grabado muestra el valle en 1853.

hambrientas mientras se atragantaban con los grillos que saltaban y revoloteaban por todas partes”.³ Los santos observaron con gozo y asombro; este suceso les había salvado la vida.

Los santos trabajaron con energía y fe, a pesar de sus difíciles circunstancias, logrando un gran progreso en poco tiempo. Un viajero que pasó por la ciudad de Salt Lake en camino a California, en septiembre de 1849, les rindió el siguiente tributo: “Ésta es la gente más ordenada, sincera, trabajadora y cortés que he conocido, y es increíble lo mucho que han llevado a cabo en el desierto, en tan poco tiempo. En esta ciudad, que cuenta con cuatro o cinco mil habitantes, no he conocido a un solo ciudadano holgazán, ni a ninguna persona ociosa. La posibilidad de levantar una buena cosecha es excelente y en todo lo que se ve, se percibe un espíritu y una energía que no se pueden igualar en ninguna ciudad que yo conozca, no importa su tamaño”.⁴

Exploraciones

A fines del verano de 1848, el presidente Brigham Young viajó de nuevo desde Winter Quarters hasta el Valle del Lago Salado. A su

llegada, comprendió que los santos necesitaban estar enterados de los recursos con que contaban en su nuevo ambiente. Aprendieron mucho de los indios que vivían en la región, pero el presidente Young también envió miembros a explorar el territorio y descubrir las propiedades medicinales de las plantas y los recursos naturales disponibles.

Envío a otros grupos exploradores para encontrar lugares que pudieran colonizar. En sus viajes, esos miembros descubrieron depósitos minerales, abundante madera, fuentes de agua y prados, así como lugares adecuados para colonizar. Con el fin de protegerse de la especulación con las tierras, el Profeta advirtió a los santos que no debían dividir sus propiedades para venderlas a otros. La tierra era su mayordomía, la cual debía administrarse con sabiduría y diligencia, y no para obtener ganancia económica.

En el otoño de 1849, bajo la dirección del presidente Young, se estableció el Fondo Perpetuo de Emigración, que tenía como fin ayudar a los pobres que no contaban con los medios para viajar y unirse al cuerpo principal de la Iglesia. Muchos santos contribuyeron a ese fondo con grandes sacrificios; por lo tanto, miles de miembros pudieron viajar al Valle del Lago Salado. Tan pronto como les era posible, los que recibían ayuda devolvían lo que habían recibido, y de ese modo ayudar a otros. Mediante ese esfuerzo cooperativo, los santos bendijeron las vidas de los necesitados.

Los misioneros responden al llamado

Al estar el trabajo y la vida cotidiana en plena actividad, el presidente Brigham Young dirigió su atención a los asuntos de la Iglesia. En la conferencia general del 6 de octubre de 1849, asignó a varios miembros de los Doce y a varios misioneros recién llamados para servir en misiones extranjeras. Ellos aceptaron estos llamados a pesar de que tendrían que dejar atrás a sus familias, sus nuevos hogares y muchas tareas aún sin terminar. Erastus Snow y varios élderes abrieron la obra misional en Escandinavia, mientras que Lorenzo Snow y Joseph Toronto viajaron a Italia. Addison y Louisa Barnes Pratt regresaron a las Islas de la Sociedad, donde él había sido misionero anteriormente. John Taylor fue llamado a Francia y Alemania. Al viajar hacia el Este, los misioneros

pasaron a los santos que se dirigían a la nueva Sión, en las Montañas Rocosas.

En sus campos de labor, los misioneros presenciaron milagros y bautizaron a mucha gente en la Iglesia. Cuando predicaba en Italia, Lorenzo Snow, quien más tarde llegó a ser Presidente de la Iglesia, vio a un pequeño de tres años de edad al borde de la muerte. Reconoció la oportunidad de sanar al niño y de ese modo abrir el corazón de los habitantes de la zona. Esa noche oró larga y sinceramente implorando la dirección de Dios. Al día siguiente, él y su compañero oraron y ayunaron por el niño; esa tarde lo ungieron y ofrecieron una oración en silencio para implorar la ayuda divina en sus labores. El niño durmió tranquilo toda la noche y fue sanado milagrosamente. En todos los valles de Piamonte, en Italia, se esparció la noticia de la curación, y se abrieron las puertas a los misioneros, llevándose a cabo los primeros bautismos en esa región.⁵

En una conferencia especial que se llevó a cabo en agosto de 1852 en la ciudad de Salt Lake, se llamó a ciento seis élderes a salir a cumplir misiones en diversos países de todo el mundo. Esos misioneros, al igual que otros que fueron llamados después, predicaron el Evangelio en América del Sur, China, India, España, Australia, Hawai y el Pacífico Sur. Al principio los misioneros tuvieron poco éxito en la mayoría de esas regiones; no obstante, sembraron semillas que dieron como resultado la conversión de muchas personas durante los esfuerzos misionales que se llevaron a cabo posteriormente.

El élder Edward Stevenson fue llamado a la Misión de Gibraltar, España, lo cual significaba regresar al lugar de su nacimiento, donde denodadamente proclamó el Evangelio restaurado a sus paisanos. Allí fue arrestado por sus prédicas y pasó un tiempo en la cárcel hasta que las autoridades se dieron cuenta de que estaba enseñando a los guardias, casi logrando convertir a uno de ellos. Después de ser liberado, bautizó a dos personas, y para enero de 1854, se había organizado una rama de diez miembros. A pesar de que para julio seis miembros habían partido para servir en el ejército británico en Asia, la rama ya contaba con dieciocho miembros, entre ellos un setenta, un élder, un presbítero y un maestro, lo que le dio a la rama el liderazgo que necesitaba para continuar creciendo.⁶

Los gobiernos locales de la Polinesia francesa expulsaron a los misioneros en 1852; pero los santos convertidos mantuvieron viva a la Iglesia hasta que se volvieron a reanudar los esfuerzos proselitistas en 1892. Los élderes Tihoni y Maihea fueron especialmente valientes: soportaron el encarcelamiento y otras pruebas en lugar de negar su fe. Los dos trataron de mantener a los santos activos y fieles en el Evangelio.⁷

Para aquellos que se unieron a la Iglesia fuera de los Estados Unidos, ése era el momento de congregarse en Sión, lo cual significaba viajar por barco hasta los Estados Unidos. Elizabeth y Charles Wood zarparon en 1860 de África del Sur, donde habían trabajado varios años para ahorrar el dinero necesario para su viaje. Elizabeth limpiaba la casa de un hombre adinerado, mientras que su esposo fabricaba ladrillos para obtener los fondos necesarios. Veinticuatro horas después de dar a luz, a Elizabeth la tuvieron que cargar abordo del barco en una cama y ponerla en el camarote del capitán para que estuviera más cómoda. Durante el viaje estuvo muy enferma y en dos ocasiones casi perdió la vida, pero vivió y se estableció en Fillmore, Utah.

Los misioneros se ganaron el aprecio de los santos en los países donde sirvieron.

Al finalizar su misión en Hawai, en 1857, Joseph F. Smith enfermó con una fiebre muy alta que le impidió trabajar durante tres meses. Tuvo la bendición de estar bajo el cuidado de Ma Mahuhii, una fiel hermana de Hawai. Ella lo cuidó como si fuera su propio hijo, por lo que entre ellos se desarrolló un fuerte lazo de amor. Años después, cuando Joseph F. Smith era Presidente de la Iglesia, visitó Honolulu y poco después de su llegada vio que alguien ayudaba a una anciana ciega a entrar con unos cuantos plátanos (bananas) en la mano como ofrenda. Él la oyó decir: "Iosepa, Iosepa" (Joseph, Joseph). Él inmediatamente corrió a su lado, la abrazó y la besó muchas veces, acariciándole la cabeza y diciendo: "Mamá, Mamá, mi querida y viejita Mamá".⁸

El llamado de colonizar

Muchas comunidades de Utah, el sur de Idaho y posteriormente partes de Arizona, Wyoming, Nevada y California fueron fundadas



Con el fin de responder al llamado del presidente Brigham Young, muchos santos dejaron sus hogares establecidos para colonizar nuevas comunidades.

por personas y familias que fueron llamadas en conferencias generales. El presidente Brigham Young dirigió el establecimiento de esas comunidades, en las que miles de nuevos colonos pudieran vivir y labrar la tierra.

Durante el transcurso de la vida de Brigham Young, se colonizó todo el Valle del Lago Salado y muchas regiones circunvecinas. Para cuando él falleció en 1877, se habían establecido más de 350 colonias, y para 1900 había casi quinientas. Brigham Henry Roberts, una de las primeras autoridades de la Iglesia, hizo notar que el éxito de la colonización mormona derivó de “la lealtad de la gente hacia a sus líderes, y su desinteresado y devoto sacrificio personal” en llevar a cabo los llamamientos que recibían del presidente Young.⁹ Los colonizadores sacrificaron comodidades materiales, la asociación con amistades y a veces su propia vida para seguir a un profeta del Señor.

En las reuniones de la conferencia general, el presidente Young leía los nombres de los hermanos y sus familias que eran llamados a trasladarse a regiones fronterizas. Esos colonizadores consideraban que se les llamaba a una misión y sabían que permanecerían en sus lugares asignados hasta que se les relevara. Ellos mismos costeaban el traslado a sus nuevos hogares y llevaban sus propias provisiones; su éxito dependía de lo bien que utilizaran los recursos que tuvieran a la disposición. Inspeccionaban y rozaban los campos, construían molinos para el grano, cavaban zanjas de irrigación para llevar agua a sus tierras, colocaban cercos para el ganado y construían caminos. Sembraban campos y huertas, construían iglesias y escuelas, y trataban de mantener buenas relaciones con los indios. Se ayudaban unos a otros durante enfermedades, partos, fallecimientos y bodas.

En 1862, Charles Lowell Walker recibió el llamado de establecerse en el sur de Utah. Asistió a una reunión que se llevó a cabo para los que habían sido llamados y relató lo siguiente: “Allí aprendí un principio que no olvidaré por algún tiempo. Me demostró que la obediencia era un gran principio en el cielo y en la tierra. Durante los últimos siete años he trabajado en el frío y el calor, el hambre y circunstancias adversas; por fin tengo una casa y un terreno con árboles frutales hermosos que apenas comienzan a dar fruto y son muy bonitos. Pues tengo que dejarlo todo para ir a hacer la voluntad

de mi Padre Celestial, quien gobierna todo para el bien de los que le aman y le temen. Ruego que Dios me dé la fuerza para lograr lo que se requiera de mí de una manera aceptable ante Él".¹⁰

Charles C. Rich, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, también recibió el llamado de colonizar. Brigham Young los llamó a él y a varios hermanos más a llevar a sus familias y colonizar el valle de Bear Lake, a unos doscientos cuarenta kilómetros al norte de la ciudad de Salt Lake. El valle tenía una altitud muy elevada; en el invierno hacía mucho frío y había nieve muy profunda. El hermano Rich acababa de regresar, después de haber cumplido una misión en Europa y no estaba muy ansioso de mudar a su familia y empezar de nuevo bajo circunstancias difíciles; pero aceptó el llamamiento y en junio de 1864 llegó al valle de Bear Lake. El siguiente invierno fue severo en extremo y, al llegar la primavera, algunos de los otros hermanos habían decidido partir. El hermano Rich comprendió que la vida en ese clima tan frío no sería fácil, pero dijo:

"Hemos tenido muchas dificultades, lo admito... y las hemos compartido. Si desean irse a otro lugar, tienen el derecho de hacerlo y yo no se lo puedo impedir... Pero yo debo permanecer aquí, aunque me quede solo. El presidente Young me llamó para venir aquí, y aquí me quedaré hasta que me releve y me dé permiso de irme". El hermano Rich y su familia se quedaron, y él llegó a ser el líder de una progresiva comunidad durante varias décadas.¹¹ Al igual que muchos miles de hombres, él estuvo dispuesto a obedecer a sus líderes para ayudar a edificar el reino del Señor.

Las relaciones con los indios

Al trasladarse más y más hacia la frontera, los colonizadores tenían a menudo tratos con los indios. El presidente Brigham Young, a diferencia de otros colonizadores del Oeste, enseñó a los santos a alimentar a sus hermanos y hermanas nativos y tratar de convertirlos a la Iglesia. Se predicó el Evangelio a los indios en Fort Lemhi, en la región del río Salmon, Territorio de Idaho, y en el poblado de Elk Mountain, cerca del río Colorado, Territorio de Utah. El presidente Young también organizó Sociedades de Socorro cuyas miembros cosían ropa para sus hermanos y hermanas indios y recababan dinero para ayudar a alimentarlos.

Cuando Elizabeth Kane, esposa de Thomas L. Kane, que no era miembro de la Iglesia, pero era un gran amigo de los santos, viajó a través de Utah, se quedó en la casa de una mujer mormona que se veía sumamente agotada. A Elizabeth no le impresionó demasiado esta mujer, hasta que vio cómo trataba a los indios. Cuando la mujer llamó a cenar a sus huéspedes, también les dijo algo a los indios que estaban esperando. Elizabeth preguntó lo que la mujer les había dicho, y uno de los hijos de la familia le dijo: “Estos forasteros llegaron primero, y solamente he preparado lo suficiente para ellos; pero la cena de ustedes se está cocinando ahora; les llamaré en cuanto esté lista”. Elizabeth no podía creer lo que había escuchado y preguntó si realmente iba a darles de comer a los indios. El hijo le contestó: “Mi mamá les servirá a ellos, tal como le servirá a usted, y les dará un lugar en su mesa”. Y así ocurrió, les sirvió y les atendió mientras comían.¹²

La organización de las funciones del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares

En sus últimos años, el presidente Young aclaró y estableció algunas responsabilidades importantes del sacerdocio, e instruyó a los Doce para que efectuaran conferencias en todas las estacas. Como consecuencia, se crearon siete estacas y ciento cuarenta barrios nuevos en Utah. Se definieron claramente los deberes de las presidencias de estaca, los sumos consejos, los obispados y las presidencias de quórumes, y, se llamó a cientos de hombres para ocupar esos puestos. Aconsejó a los miembros de la Iglesia a poner su vida en orden, a pagar su diezmo, sus ofrendas de ayuno y otros donativos.

En 1867, el profeta nombró a George Q. Cannon superintendente general de la Escuela Dominical, y en pocos años, la Escuela Dominical llegó a ser una parte permanente de la organización de la Iglesia. En 1869, el presidente Young comenzó a darles a sus hijas instrucciones formales en cuanto a la manera de vivir modestamente, y extendió ese consejo a todas las mujeres jóvenes en 1870, cuando formó la Asociación de Moderación (*moderación* significaba reducir excesos). Ese fue el comienzo de la organización de las Mujeres Jóvenes. En julio de 1877, viajó a Ogden, Utah, para organizar la primera Sociedad de Socorro de estaca.

La muerte y el legado del presidente Brigham Young

En calidad de líder, el presidente Brigham Young era práctico y enérgico. Viajaba por los poblados de la Iglesia para impartir instrucción y ánimo a los santos. Por medio de su dirección y ejemplo, enseñó a los miembros a cumplir con sus llamamientos en la Iglesia.

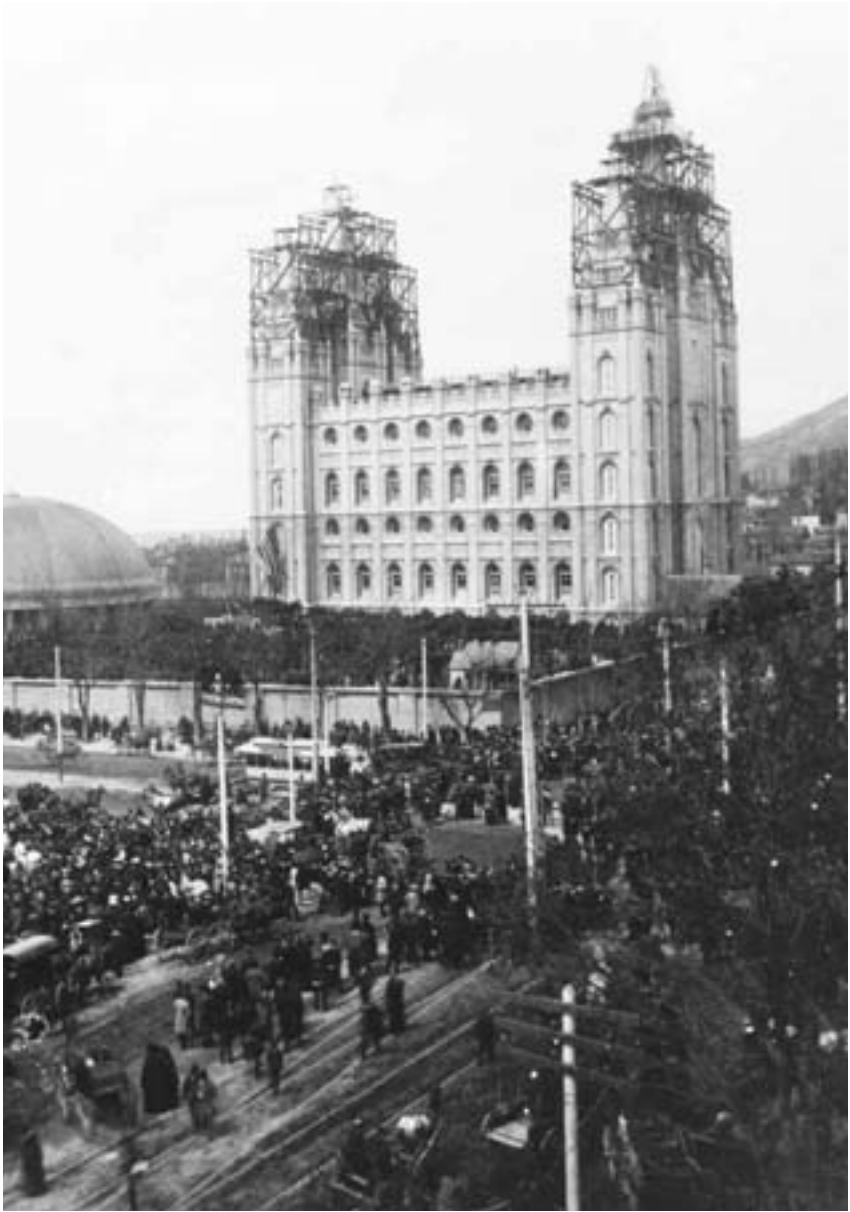
Al evaluar su propia vida, el presidente Young escribió lo siguiente en respuesta al editor de un periódico de Nueva York:

“Los resultados de mis obras durante los últimos veintiséis años, brevemente resumidos, son los siguientes: La población de este territorio por los Santos de los Últimos Días, con aproximadamente 100.000 almas; la fundación de más de 200 ciudades, pueblos y aldeas habitadas por nuestros miembros... el establecimiento de escuelas, fábricas, molinos y otras instituciones, con el objeto de mejorar y beneficiar a nuestras comunidades...

“Mi vida entera está consagrada al servicio de Dios Todopoderoso”.¹³

En septiembre de 1876, el presidente Young dio un poderoso testimonio del Salvador: “Testifico que Jesús es el Cristo, el Salvador y Redentor del mundo. He obedecido sus palabras y me he ganado Su promesa. La sabiduría de este mundo no puede dar ni tampoco quitar el conocimiento que tengo de Él”.¹⁴

En agosto de 1877, el presidente Young enfermó de gravedad, y a pesar de los cuidados médicos, murió en menos de una semana. Tenía 76 años de edad y había dirigido la Iglesia durante treinta y tres años. En la actualidad le recordamos como el profeta dinámico que guió al Israel de los tiempos modernos a su tierra prometida. En sus sermones habló de todos los aspectos de la vida diaria, poniendo en claro que la religión forma parte del diario vivir. Su comprensión de la frontera y su guía sensible inspiraron a su pueblo para lograr tareas que parecían imposibles, ya que con las bendiciones del cielo crearon un reino en el desierto.



El 6 de abril de 1892 miles de santos se congregaron para presenciar la colocación de la piedra del coronamiento del Templo de Salt Lake.

Un período de pruebas y aflicciones

El presidente John Taylor

Después de la muerte del presidente Brigham Young, el Quórum de los Doce Apóstoles, presidido por John Taylor, dirigió a los Santos de los Últimos Días durante tres años. El 10 de octubre de 1880, John Taylor fue sostenido como Presidente de la Iglesia. El presidente Taylor era un dotado autor y escritor que publicó un libro sobre la Expiación y editó algunas de las publicaciones más importantes de la Iglesia, entre ellas *Times and Seasons* y *Mormon*. En muchas ocasiones demostró su valor y su gran devoción al Evangelio restaurado, incluso al unirse voluntariamente a sus hermanos en la cárcel de Carthage, en donde fue herido de cuatro balazos. Su lema personal: “El Reino de Dios o nada”, era evidencia de su lealtad a Dios y a la Iglesia.

La obra misional

El presidente Taylor estaba dedicado a hacer todo lo que estuviera a su alcance para asegurarse de que el Evangelio se proclamara hasta los confines de la tierra. En la conferencia general de octubre de 1879, llamó a Moses Thatcher, el Apóstol más nuevo de la Iglesia, para que comenzara la obra de proselitismo en la Ciudad de México, México. El 13 de noviembre de 1879, el élder Thatcher y dos misioneros más organizaron la primera rama de la Iglesia en la Ciudad de México, con el doctor Plotino C. Rhodacanaty como presidente de rama. Él se había convertido después de leer un folleto en español sobre el Libro de Mormón y de escribirle al presidente Taylor para pedirle más información acerca de la Iglesia.

Contando con un núcleo de doce miembros y tres misioneros, el Evangelio restaurado comenzó a esparcirse lentamente entre el pueblo mexicano. El 6 de abril de 1881, el élder Thatcher, Feramorz

Young y el hermano Ventura Páez escalaron el Popocatepetl hasta una altitud de unos 4.700 metros y llevaron a cabo un breve servicio dedicatorio. Arrodillados ante el Señor, el élder Thatcher dedicó la tierra de México y su gente para que escucharan la voz del Salvador, su verdadero pastor.

El élder Thatcher regresó a la ciudad de Salt Lake y recomendó que se llamaran misioneros adicionales para servir en México. Al poco tiempo laboraban como misioneros en la Ciudad de México varios jóvenes, entre ellos Anthony W. Ivins, un futuro miembro de la Primera Presidencia. En 1886, la Iglesia publicó una edición del Libro de Mormón en español para impulsar la labor de la Iglesia en la Misión Mexicana. La historia de Melitón Trejo, quien ayudó a traducir el Libro de Mormón y otras publicaciones de la Iglesia al español, demuestra la forma en que el Señor dirige su obra.

Melitón Trejo nació en España y se crió sin haber escogido ninguna religión en particular. Prestaba servicio militar en las Filipinas, cuando escuchó un comentario acerca de los mormones de las Montañas Rocosas y sintió el fuerte deseo de ir a visitarlos. Más tarde, enfermó de gravedad y en un sueño se le dijo que debía visitar Utah. Al recuperar la salud, viajó a la ciudad de Salt Lake, conoció a Brigham Young e investigó el Evangelio. Se convenció de que había encontrado la verdad y decidió hacerse miembro de la Iglesia. Sirvió en una misión en México, con lo que se preparó, tanto espiritual como intelectualmente, para desempeñar un papel fundamental a fin de que la gente de habla hispana pudiera leer el Libro de Mormón en su propio idioma.

El presidente Taylor también llamó misioneros para que llevaran el Evangelio a los indios que vivían en el Oeste de los Estados Unidos. Amos Wright tuvo gran éxito entre la tribu Shoshone que residía en la Reserva India de Win River, Wyoming. Después de haber servido tan sólo unos cuantos meses, Wright había bautizado a más de trescientos indios, entre ellos al Jefe Washakie. Los misioneros Santos de los Últimos Días también llevaron el Evangelio a los indios Navajo, Pueblo y Zuni, que vivían en Arizona y Nuevo México. Wilford Woodruff pasó un año haciendo proselitismo entre los indios, incluso los Hopi, Apache y Zuni. Ammon M. Tenney ayudó a bautizar a más de cien indios Zuni.

Los misioneros también continuaron enseñando el Evangelio en Inglaterra y Europa. En 1883, Thomas Biesinger, originario de Alemania que vivía en Lehi, Utah, recibió el llamamiento para prestar servicio en la Misión Europea. Él y Paul Hammer fueron enviados a Praga, Checoslovaquia, que en ese entonces formaba parte del imperio austrohúngaro. De acuerdo con la ley, a los misioneros se les prohibía hacer proselitismo, por lo que iniciaban conversaciones casuales con las personas que conocían. Dichas conversaciones a menudo trataban el tema de la religión. Después de trabajar de esta manera durante un mes, el élder Biesinger fue arrestado y encarcelado dos meses. Cuando obtuvo su libertad, tuvo la bendición de bautizar a Antonín Just, cuya acusación había llevado al arresto del élder Biesinger. El hermano Just llegó a ser el primer Santo de los Últimos Días que residía en Checoslovaquia.¹

También se predicó el Evangelio en la Polinesia. En 1862, se envió a Samoa a dos hermanos hawaianos: los élderes Kimo Pelio y Samuela Manoa, quienes bautizaron a aproximadamente cincuenta personas. El élder Manoa continuó viviendo en Samoa con sus conversos durante los siguientes veinticinco años. En 1887, el hermano Joseph H. Dean, de Salt Lake City, Utah, recibió el llamamiento de servir una misión en Samoa. El élder Manoa, junto con su fiel esposa, abrieron las puertas de su hogar al élder Dean y a su esposa Florence, los primeros Santos de los Últimos Días de fuera de Samoa que habían visto en más de dos décadas. Al poco tiempo, el élder Dean bautizó a catorce personas y, un mes más tarde, dio su primer sermón en el idioma samoano.² Así comenzó de nuevo la obra misional en la isla.

A partir de 1866, a fin de evitar la propagación de la lepra, los oficiales de Hawai llevaron a los que padecían esa enfermedad a la península de Klaupapa en la isla de Molokai. En 1873, Jonathan y Kitty Napela, miembros de la Iglesia, fueron enviados a esa isla porque Kitty había contraído la enfermedad y Jonathan, quien se había sellado a ella en la Casa de Investiduras de Salt Lake, no deseaba dejarla allí sola. Posteriormente, Jonathan también contrajo la enfermedad, y cuando un buen amigo fue a visitarlo nueve años después, casi no lo pudo reconocer. Por algún tiempo presidió a los santos de la península, quienes para el año 1900 sumaban más de

doscientos. Los líderes de la Iglesia no se olvidaron de los fieles miembros que padecían esa debilitante enfermedad, y con frecuencia visitaban la rama para atender a sus necesidades espirituales.³

La conferencia del jubileo

El 6 de abril de 1880, los miembros de la Iglesia celebraron el cincuenta aniversario de la organización de la Iglesia. Lo llamaron el Año del Jubileo, porque así habían llamado los antiguos israelitas a la celebración que tenían cada cincuenta años. El presidente Taylor perdonó muchas de las deudas que los miembros necesitados tenían con la Iglesia, la cual también donó trescientas vacas y dos mil ovejas para que se distribuyeran entre los “pobres que lo merecieran”.⁴ Las hermanas de la Sociedad de Socorro de la Iglesia donaron 1.230 metros cúbicos de trigo a los necesitados. El presidente Taylor también instó a los miembros de la Iglesia a perdonar deudas individuales, especialmente entre los afligidos. “¡Es una época de jubileo!” declaró.⁵ Entre los Santos de los Últimos Días se sintió un fuerte espíritu de gozo y perdón.

El último día de la conferencia general del Jubileo de abril de 1880 fue muy conmovedor. Once de los Doce Apóstoles expresaron su testimonio en la última sesión. Orson Pratt, uno de los miembros originales del Quórum de los Doce Apóstoles habló de la época en que toda la Iglesia se había reunido en el hogar de Peter Whitmer, padre, en Fayette, Nueva York. Recordó las tribulaciones, las reuniones, las persecuciones y las aflicciones de los Santos de los Últimos Días y expresó su gratitud porque aún “formaba parte de este pueblo”. Entonces expresó su testimonio “concerniente a la gran obra que el Señor nuestro Dios ha estado llevando a cabo durante los últimos cincuenta años”.⁶ El élder Pratt tenía tan sólo unos meses más de vida y sintió gozo por haber perseverado hasta el fin como fiel Santo de los Últimos Días.

Dos años antes de la celebración del Jubileo, el presidente John Taylor había autorizado la formación de una organización para impartir instrucción religiosa a los niños. La Primaria original tuvo sus inicios en Farmington, Utah, a unos veinticuatro kilómetros al norte de la ciudad de Salt Lake, y para mediados de la década de

1880, se había organizado una Primaria en casi todos los poblados Santos de los Últimos Días. Esa organización ha crecido e incluye a millones de niños de todo el mundo, quienes son bendecidos por recibir instrucción en cuanto al Evangelio, la música y la relación que, semana tras semana, gozan con los demás.

Continúa la persecución

Al estar trabajando en la traducción de la Biblia a principios de la década de 1830, el profeta José Smith se sintió confuso por el hecho de que Abraham, Jacob, David y otros líderes del Antiguo Testamento tenían más de una esposa. El Profeta oró para comprenderlo y se le hizo saber que en ciertas ocasiones, para fines específicos y, de acuerdo con leyes divinas, el matrimonio plural era aprobado y dirigido por Dios. José Smith también aprendió que, con la aprobación divina, pronto se escogería a algunos Santos de los Últimos Días, mediante la autoridad del sacerdocio, para casarse con más de una esposa. Varios miembros de la Iglesia practicaban el matrimonio plural en Nauvoo, pero esta doctrina y práctica no se anunció públicamente sino hasta la conferencia general de agosto de 1852 en la ciudad de Salt Lake. En esa conferencia, el élder Orson Pratt, bajo la dirección del presidente Brigham Young, anunció que la práctica de tener más de una esposa era parte de la restauración de todas las cosas por parte del Señor (véase Hechos 3:19–21).

Muchos de los líderes políticos y religiosos de los Estados Unidos se enfadaron mucho cuando se enteraron que los Santos de los Últimos Días que vivían en Utah fomentaban un sistema de matrimonio que ellos consideraban inmoral y anticristiano. Se lanzó una gran cruzada política en contra de la Iglesia y de sus miembros. El Congreso de los Estados Unidos aprobó una resolución que limitaba la libertad de los Santos de los Últimos Días y dañaba económicamente a la Iglesia. Al final, esta legislación causó que los oficiales arrestaran y encarcelaran a todo aquel que tuviera más de una esposa y le negaran el derecho de votar, el derecho de privacidad en su propio hogar, y otras libertades civiles. Cientos de fieles Santos de los Últimos Días, así como varias mujeres, cumplieron sentencias en varias prisiones ubicadas en los estados de Utah, Idaho, Arizona, Nebraska, Michigan y Dakota del Sur.

También se intensificó la persecución en contra de muchos que aceptaron el llamamiento de predicar el Evangelio, en especial en el sur de los Estados Unidos. Por ejemplo, en julio de 1878, el élder Joseph Standing fue brutalmente asesinado mientras predicaba cerca de Rome, Georgia. Su compañero, el futuro Apóstol Ruderger Clawson, apenas escapó de la muerte. A los santos de la ciudad de Salt Lake les afectó mucho la noticia del asesinato del élder Standing, y miles de personas asistieron a su funeral en el Tabernáculo de Salt Lake.

Los élderes John Gibbs, William Berry, William Jones y Henry Thompson viajaron a través de gran parte del estado de Tennessee para tratar de cambiar la percepción que el público tenía acerca de la Iglesia. Un domingo por la mañana, en agosto de 1884, descansaron en el hogar de James Condor, cerca de Cane Creek, Tennessee. Mientras el élder Gibbs estudiaba las Escrituras para buscar un texto para su sermón, una chusma salió del bosque y comenzó a disparar. Los élderes Gibbs y Berry fueron muertos. El élder Gibbs, maestro de escuela, dejó una esposa y tres hijos para llorar su muerte. La hermana Gibbs fue viuda durante cuarenta y tres años y se hizo partera para mantener a sus hijos. Murió fiel en el Evangelio, anticipando una gozosa reunión con su esposo. Brigham Henry Roberts, que era el presidente en funciones de la misión al tiempo de los asesinatos, arriesgó su vida al ir disfrazado a exhumar los cuerpos de los élderes Gibbs y Berry. Finalmente, devolvió los cuerpos al estado de Utah, en donde muchos barrios llevaron a cabo servicios fúnebres en honor de los dos élderes.

Los misioneros de otros lugares fueron golpeados hasta que la sangre les corría por la espalda, y muchos se llevaron a la tumba las cicatrices que les quedaron como resultado de las palizas. En esa época no era fácil ser miembro de la Iglesia.

Muchos líderes tuvieron que esconderse para evitar ser arrestados por oficiales federales que buscaban a todos los hombres que tuvieran más de una esposa. Las familias temían el allanamiento de morada a altas horas de la noche por parte de dichos oficiales. El presidente George Q. Cannon, Lorenzo Snow, Ruderger Clawson, Brigham Henry Roberts, George Reynolds y muchos más fueron enviados a la prisión, en donde pasaban el tiempo escribiendo libros,

enseñando cursos escolares y escribiendo cartas a sus familias. Al presidente John Taylor se le obligó vivir en el exilio en Kaysville, Utah, a unos treinta y dos kilómetros al norte de la ciudad de Salt Lake, en donde murió el 25 de julio de 1887. Fue un hombre lleno de fe y valor que dedicó su vida a su testimonio de Jesucristo y al establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra.

El presidente Wilford Woodruff

Wilford Woodruff fue uno de los misioneros de la Iglesia que tuvo más éxito, y se le reconoció por su don profético y su lealtad a la Iglesia. Llevaba diarios meticulosos, los cuales brindan cuantiosa información acerca de los primeros días de la historia de la Iglesia. Él era el Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles cuando murió John Taylor, y casi dos años después fue sostenido como Presidente de la Iglesia.

Durante su administración, se intensificó la cruzada política en contra de los Santos de los Últimos Días, pero la Iglesia siguió prosperando. En tres pueblos del estado de Utah había templos en operación: en St. George, Logan y Manti, y el Templo de Salt Lake estaba por completarse. Estas casas del Señor permitieron que miles de santos fueran investidos y llevaran a cabo las ordenanzas por sus familiares muertos. Durante toda su vida, el presidente Woodruff tuvo un gran interés por la obra del templo y la historia familiar. En repetidas ocasiones amonestó a los santos a llevar a cabo las ordenanzas del templo en favor de sus antepasados.

El siguiente incidente recalca la importancia de la obra que los santos llevaban a cabo por los muertos. En mayo de 1884, el obispo Henry Ballard, del Barrio Dos de Logan, se encontraba firmando recomendaciones para el templo en su hogar. Su hija, de nueve años de edad, que charlaba con sus amigas en la acera cercana a su hogar, vio que se acercaban dos ancianos que la llamaron, le entregaron un periódico y le pidieron que se lo entregara a su papá.

La niña hizo lo que se le pidió. El obispo Ballard vio que el periódico, el *Newbury Weekly News*, publicado en Inglaterra, contenía los nombres de más de sesenta conocidos de él y de su padre, junto con información genealógica. Ese periódico, con fecha 15 de mayo de 1884, le había sido entregado tan solo tres días después de

haberse publicado. En una época previa al transporte aéreo, cuando el correo tardaba varias semanas para llegar desde Inglaterra hasta los Estados Unidos, eso representaba un milagro.

Al día siguiente, el obispo Ballard llevó el periódico al templo y le relató a Marriner W. Merrill, Presidente del Templo, cómo lo había recibido. El presidente Merrill declaró: “Hermano Ballard, alguien del otro lado está ansioso por que usted haga su obra; sabían que lo haría si este periódico llegaba a sus manos”.⁷ El periódico se conserva en la Biblioteca Histórica de la Iglesia en Salt Lake City, Utah.

A pesar de la persecución, los líderes de la Iglesia siguieron promoviendo la colonización de zonas no habitadas en el Oeste del continente. A partir de 1885, muchas familias Santos de los Últimos Días se establecieron en Sonora y Chihuahua, México, fundando poblaciones como Colonia Juárez y Colonia Díaz. Otras regiones del norte de México también recibieron miembros inmigrantes de la Iglesia.

Los miembros de la Iglesia también buscaron lugares para colonizar en Canadá. Charles O. Card, quien sirvió como Presidente de la Estaca de Cache Valley, fundó una comunidad de Santos de los Últimos Días en el sur de Alberta, Canadá, en 1886. Para el invierno de 1888, más de cien Santos de los Últimos Días vivían en el Canadá occidental, y muchos más llegaron durante la década de 1890, proporcionando la mano de obra necesaria para construir un sistema de irrigación y un ferrocarril. Muchos líderes de la Iglesia maduraron en Alberta.

El Manifiesto

Al finalizar la década de 1880, el gobierno de los Estados Unidos aprobó legislación adicional que privaba a los que practicaban el matrimonio plural del derecho de votar y de servir en jurados, y que restringía severamente las propiedades que la Iglesia podía tener. Las familias Santos de los Últimos Días sufrieron porque muchos más padres de familia tuvieron que esconderse. El presidente Woodruff imploró la ayuda del Señor. En la noche del 23 de septiembre de 1890, el Profeta, actuando bajo inspiración, escribió el Manifiesto, un documento que ponía fin al matrimonio plural para los miembros de la Iglesia. El Señor le mostró al presidente Woodruff, en una visión,

que a menos que cesara la práctica del matrimonio plural, el gobierno de los Estados Unidos tomaría posesión de los templos y acabaría así la obra por los vivos y los muertos.

El 24 de septiembre de 1890, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles aprobaron el Manifiesto y los santos dieron su aprobación en la conferencia general de octubre de 1890. En la actualidad, dicho documento forma parte de Doctrina y Convenios, y se conoce como la Declaración Oficial 1.

Después de la acción que adoptó la Iglesia, los oficiales federales extendieron indultos a los varones Santos de los Últimos Días que habían sido arrestados por violar las leyes contra la poligamia y así cesó mucha de la persecución. Sin embargo, tal como lo explicó el presidente Wilford Woodruff: “Yo habría permitido que todos los templos se escaparan de nuestras manos; yo mismo habría dejado que me encarcelaran y habría permitido que encarcelaran a todos los demás hombres si el Dios del cielo no me hubiera mandado hacer lo que hice; y cuando llegó la hora en que se me mandó que hiciera eso, todo era muy claro para mí. Fui ante el Señor y anoté lo que Él me dijo que escribiera” (“Selecciones de tres discursos del presidente Wilford Woodruff referentes al Manifiesto”, que se encuentra al concluir la Declaración Oficial—1, en Doctrina y Convenios). Fue Dios, y no el Congreso de los Estados Unidos, el que suspendió oficialmente la práctica del matrimonio plural.

La Sociedad Genealógica

Mucho antes de que los Santos de los Últimos Días fundaran una sociedad genealógica, los miembros de la Iglesia recopilaban registros que documentaban la vida de sus antepasados fallecidos. Wilford Woodruff, Orson Pratt y Heber J. Grant se cuentan entre aquellos que obtuvieron los nombres de miles de antepasados por quienes llevaron a cabo las ordenanzas del templo. En 1894, la Primera Presidencia indicó que se debía organizar una sociedad genealógica con el élder Franklin D. Richards como primer director. Se estableció una biblioteca, y los representantes de la sociedad fueron por todo el mundo en busca de nombres de personas por quienes pudieran efectuarse las ordenanzas del templo. Esa sociedad llevó a la creación del Departamento de Historia Familiar de la Iglesia.

Durante la conferencia general de abril de 1894, el presidente Woodruff anunció que había recibido una revelación acerca de la obra genealógica. Declaró que Dios deseaba que los Santos de los Últimos Días trazaran su línea genealógica hasta donde fuera posible, y que se sellaran a sus padres y a sus madres. “Sellen los hijos a los padres y enlacen esta cadena lo más que puedan... Ésta es la voluntad del Señor a su pueblo”, dijo, “y creo que cuando mediten en ello se darán cuenta de que es verdad”.⁸ A los Santos de los Últimos Días aún se les exhorta a buscar los registros de sus antepasados fallecidos y llevar a cabo las ordenanzas del templo en favor de ellos.

Desde 1885 hasta 1900, muchos miembros de la Iglesia efectuaron misiones genealógicas. Se les invitaba a ir a la ciudad de Salt Lake a recibir una bendición de una Autoridad General para su misión. También se les daba una tarjeta que los identificaba como misioneros y una carta de nombramiento. Visitaban a parientes, copiaban nombres de lápidas, y estudiaban registros parroquiales y Biblias familiares, regresando a sus hogares con información valiosa que permitía que se llevara a cabo la obra del templo. Muchos misioneros relataron experiencias espirituales que les dieron la firme certeza de que el Señor estaba con ellos y a menudo les dirigía hacia una fuente o un pariente que les brindaría ayuda.⁹

La dedicación del Templo de Salt Lake

El presidente Wilford Woodruff dedicó gran parte de su vida a la obra del templo. Fue el primer Presidente del Templo de St. George, y dedicó el Templo de Manti. Ahora, cuarenta años después de haberse colocado la piedra angular del Templo de Salt Lake, el presidente Woodruff esperaba con gran anhelo la dedicación de ese templo histórico. Los servicios dedicatorios se llevaron a cabo desde el 6 de abril hasta el 18 de mayo de 1893, y asistieron aproximadamente 75.000 personas.¹⁰

Después del servicio dedicatorio inicial del 6 de abril, el presidente Woodruff escribió en su diario: “El espíritu y el poder de Dios descansaron sobre nosotros. El espíritu de profecía y revelación estaba con nosotros, el corazón de la gente se conmovió y se nos revelaron muchas cosas”.¹¹ Algunos de los Santos de los Últimos Días

vieron ángeles, mientras que otros vieron a Presidentes anteriores de la Iglesia y a otros líderes ya fallecidos.¹²

Cuando el presidente Woodruff cumplió noventa años de edad, miles de niños de la Escuela Dominical llenaron el Tabernáculo de la Manzana del Templo para rendirle honor. Él se sintió profundamente conmovido y, con gran emoción, relató a su joven audiencia que cuando tenía diez años de edad había asistido a una Escuela Dominical de una iglesia protestante y había leído acerca de los Profetas y Apóstoles. Al regresar a la casa, oró para suplicar que pudiera vivir lo suficiente para ver Apóstoles y Profetas de nuevo sobre la tierra. Ahora estaba en la presencia de hombres que eran tanto Apóstoles como Profetas; su oración había sido contestada con creces.¹³

Un año más tarde, el 2 de septiembre de 1898, el presidente Woodruff murió mientras visitaba la ciudad de San Francisco.

El presidente Lorenzo Snow y el diezmo

Después de la muerte del presidente Woodruff, Lorenzo Snow, Presidente del Quórum de los Doce, llegó a ser el Presidente de la Iglesia. Era un líder sabio y amoroso que había sido preparado muy bien para sus responsabilidades. Había conocido y recibido las enseñanzas de todos los Profetas de los últimos días hasta ese momento. En noviembre de 1900, les dijo a los santos que estaban congregados en el Tabernáculo, que con frecuencia había visitado al profeta José Smith y a su familia, había comido con ellos y sostenido entrevistas privadas con él. Sabía que José era un Profeta de Dios porque el Señor le había mostrado esa verdad “de manera muy clara y cabal”.¹⁴

Durante la administración del presidente Snow, la Iglesia enfrentó serias dificultades económicas ocasionadas por la legislación del gobierno federal en contra del matrimonio plural. El presidente Snow meditó y oró para saber cómo librar a la Iglesia de esas deudas extenuantes. Después de la conferencia general de abril de 1899, sintió la inspiración de visitar St. George, Utah. Mientras tomaba la palabra ante una congregación, se detuvo unos momentos; cuando continuó, declaró que había recibido una revelación. El pueblo de la Iglesia había desatendido la ley del

diezmo, y el Señor le había comunicado que si los miembros de la Iglesia pagaban un diezmo completo con mayor fidelidad, derramaría grandes bendiciones sobre ellos.

El Profeta predicó en cuanto a la importancia del diezmo a las congregaciones de todo el estado de Utah. Los santos obedecieron su consejo, y ese año pagaron el doble de diezmos que lo que habían pagado el año anterior. Para 1907, la Iglesia tuvo suficientes fondos para pagar a todos sus acreedores y quedar libre de deudas.

En 1898, en una recepción para la mesa directiva de la Asociación de Mejoramiento Mutuo para las Jóvenes, el presidente George Q. Cannon anunció que la Primera Presidencia había tomado la decisión de llamar a “algunas de nuestras mujeres sabias y prudentes al campo misional”.¹⁵ Antes de ese tiempo, algunas hermanas habían acompañado a sus esposos a la misión, pero ésta era la primera vez que la Iglesia oficialmente llamaba y apartaba a las hermanas como embajadoras misionales del Señor Jesucristo. Aunque las hermanas no tienen el deber de servir en una misión, en décadas pasadas miles han ejercido este privilegio y han servido al Señor valientemente como misioneras regulares.

El presidente Lorenzo Snow guió a la Iglesia hacia el siglo veinte. Al amanecer el nuevo siglo, la Iglesia contaba con 43 estacas, 20 misiones y 967 barrios y ramas. Había 283.765 miembros, la mayoría de los cuales residían en la región de las Montañas Rocosas de los Estados Unidos. Había cuatro templos en funcionamiento, y las revistas: el *Juvenile Instructor*, el *Improvement Era*, y el *Young Women's Journal*, publicaban artículos acerca de la Iglesia para la lectura de sus miembros. Se rumoraba que quizás fuera a abrirse por lo menos una nueva misión, y los Santos de los Últimos Días apenas se podían imaginar lo que traerían los próximos cien años. Sin embargo, tenían la certeza de que las profecías relacionadas con el destino de la Iglesia se llegarían a cumplir.

La Iglesia se expande

Desde 1901 hasta 1970, cuatro Profetas presidieron la Iglesia en expansión: Joseph F. Smith, Heber J. Grant, George Albert Smith y David O. McKay. Estos Presidentes presenciaron la transición del transporte a caballo y por carreta hasta los viajes en cohetes al espacio exterior. Los santos se vieron ante el reto de dos guerras mundiales y una depresión global. Durante ese período de tiempo se construyeron nueve templos. En 1901, había aproximadamente 300.000 miembros y 50 estacas, y para 1970, la Iglesia contaba con más de 2.800.000 miembros, congregados en 500 estacas en todo el mundo.

El presidente Joseph F. Smith

Joseph F. Smith nació en 1838 durante el apogeo de las persecuciones de Misuri en una pequeña cabaña cerca del sitio del templo en Far West. Al tiempo del nacimiento de Joseph, su padre, Hyrum Smith, se encontraba preso en Richmond, Misuri, y su madre, Mary Fielding Smith, había quedado sola para cuidar a sus hijos.

El joven Joseph se trasladó con su familia de Misuri a Nauvoo, Illinois, donde ocurrió un acontecimiento que recordaría el resto de su vida: el asesinato de su padre y su tío en la cárcel de Carthage. Joseph nunca olvidó la ocasión en que vio a su padre por última vez cuando iba camino a Carthage a caballo: levantó a su hijo, lo besó, y lo volvió a bajar. Tampoco podría olvidar el terror de escuchar a un vecino que por la noche llamó por la ventana para decirle a su madre que Hyrum había sido asesinado. Nunca se borró de su memoria la escena de su padre y su tío yaciendo en sus ataúdes en la Casa Mansión en Nauvoo.

El joven Joseph se hizo hombre casi de un día para otro. Cuando Mary Fielding Smith y su familia se unieron al éxodo de Nauvoo, el

pequeño Joseph, de 7 años de edad, conducía uno de los carromatos. Joseph tenía trece años cuando su madre murió, dejándolo huérfano, y antes de cumplir los dieciséis, partió en una misión a las Islas Sandwich (que después se conocerían como las islas hawaianas). A los tres meses de llegar a Honolulu, hablaba con fluidez el idioma nativo, un don espiritual que le habían conferido los élderes Parley P. Pratt y Orson Hyde, de los Doce, quienes lo apartaron. Cuando cumplió los veintiún años, partió en otra misión, ésta vez por tres años, a las Islas Británicas.

Joseph contaba tan sólo con veintiocho años de edad cuando el presidente Brigham Young sintió la impresión de que debía ordenarlo Apóstol. En años subsiguientes, fue Consejero de cuatros Presidentes de la Iglesia. Al morir Lorenzo Snow en octubre de 1901, Joseph F. Smith llegó a ser el sexto Presidente de la Iglesia. Se destacaba por su destreza para exponer y defender las verdades del Evangelio. Sus sermones y escritos se compilaron en un tomo intitulado *Doctrina del Evangelio*, que ha llegado a ser uno de los textos doctrinales importantes de la Iglesia.

En las primeras décadas del siglo veinte, la Iglesia avanzó en varias formas importantes. Con el continuo énfasis en los diezmos y con el cumplimiento de los santos, la Iglesia pudo pagar todas sus deudas. A ello le siguió un período de prosperidad, que le permitió a la Iglesia construir templos, centros de reuniones y centros de visitantes y comprar lugares históricos de la Iglesia. La Iglesia también construyó el Edificio de Administración en Salt Lake City que hasta la fecha se usa para las oficinas centrales.

El presidente Smith reconoció la necesidad de tener templos en todo el mundo. En una conferencia efectuada en 1906, en Berna, Suiza, extendió la mano y declaró: "Llegará el día en el que esta tierra estará llena de templos a los que podrán ir y redimir a sus muertos".¹ Casi medio siglo después, se dedicó el primer templo de los últimos días en Europa, el Templo de Suiza, en un suburbio de la ciudad donde el presidente Smith hizo su profecía. En 1913, el presidente Smith dedicó el terreno para la construcción de un templo en Cardston, Alberta, Canadá, y en 1915 para un templo en Hawai.

A principios de la década de 1900, los líderes de la Iglesia exhortaron a los santos a permanecer en sus países de origen, en

lugar de congregarse en Utah. En 1911, Joseph F. Smith y sus Consejeros de la Primera Presidencia emitieron esta declaración: “Deseamos que nuestra gente permanezca en sus países de origen y formen congregaciones de carácter permanente para ayudar en la obra de proselitismo”.²

Seis semanas antes de que el presidente Smith falleciera, recibió una importante revelación acerca de la redención de los muertos. Vio en visión el ministerio del Salvador en el mundo de los espíritus y aprendió que los santos fieles tienen la oportunidad de continuar enseñando el Evangelio en el mundo de los espíritus. Esta revelación se agregó a La Perla de Gran Precio en 1976, y en 1979 se transfirió a Doctrina y Convenios, como la sección 138.

El presidente Heber J. Grant

Poco antes de morir en noviembre de 1918, el presidente Joseph F. Smith tomó de la mano al Presidente de los Doce, Heber J. Grant, y le dijo: “Que el Señor te bendiga, hijo mío, que el Señor te bendiga. Tienes una gran responsabilidad. Recuerda siempre que ésta es la obra del Señor y no la del hombre. El Señor es más grande que cualquier hombre. Él sabe quién desea que dirija su Iglesia y nunca se equivoca”.³ Heber J. Grant llegó a ser el séptimo Presidente de la Iglesia a los sesenta y dos años de edad, habiendo sido Apóstol desde 1882.

Desde su juventud y durante toda su vida, Heber demostró una determinación poco común para lograr sus metas. Como hijo único criado por una madre viuda, estuvo un tanto aislado de las actividades de otros niños de su edad. Cuando quiso formar parte del equipo de béisbol, se burlaron de él por su torpeza y falta de destreza y no lo aceptaron como miembro del equipo. En lugar de desanimarse, pasó muchas horas de práctica constante tirando la pelota, y con el tiempo formó parte de otro equipo que ganó varios campeonatos locales.

De niño, deseaba llegar a ser tenedor de libros cuando se enteró de que esa profesión pagaba más que el trabajo de lustrar zapatos. En aquellos días, se necesitaba tener muy buena caligrafía para ser tenedor de libros; él escribía tan mal que dos de sus amigos le dijeron que su letra parecían pisadas de gallina. De nuevo no se



La Iglesia estableció granjas de bienestar para proveer alimentos para los necesitados. Los miembros de la Iglesia donaban su trabajo, como se ilustra en esta fotografía de santos que trabajan en una granja de betabeles en 1933.

desanimó, sino que dedicó muchas horas a la práctica de la caligrafía. Se llegó a destacar por la hermosa letra que tenía; con el tiempo llegó a enseñar caligrafía en la universidad y a menudo le pedían que escribiera documentos importantes. Fue un gran ejemplo para muchas personas que vieron su determinación de hacer lo mejor para servir al Señor y a sus semejantes.

El presidente Grant fue un hombre de negocios sabio y próspero, cuyos talentos le ayudaron a dirigir la Iglesia a través de una depresión económica mundial, así como de los problemas personales que resultaron debido a ella. Creía firmemente en ser autosuficiente y en depender del Señor y de su propio trabajo arduo, y no en el gobierno. Bendijo a muchas personas necesitadas con el dinero que él ganaba.

En la década de 1930, los santos, al igual que muchas otras personas en el mundo, sufrían por causa del desempleo y la pobreza

ocasionados por la Gran Depresión. En 1936, como resultado de una revelación del Señor, el presidente Grant estableció el programa de Bienestar de la Iglesia para asistir a los necesitados y ayudar a que todos los miembros fuesen autosuficientes. La Primera Presidencia dijo en cuanto a este programa: “Nuestro objetivo primordial era establecer, hasta donde fuera posible, un sistema bajo el cual se eliminara la maldición de la ociosidad, se abolieran los males de la limosna, y se establecieran de nuevo entre nuestra gente la independencia, el trabajo, la frugalidad y el autorrespeto. La mira de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas. El trabajo debe considerarse como el principio gobernante en la vida de los miembros de la Iglesia”.⁴

El presidente J. Reuben Clark, hijo, quien fue Consejero de la Primera Presidencia durante 28 años, recalcó lo siguiente: “El verdadero objetivo del plan de bienestar, a largo plazo, es edificar el carácter de los miembros de la Iglesia, tanto de los que dan como de los que reciben, rescatar lo más noble de su interior y hacer que florezca y dé fruto la riqueza latente de su espíritu”.⁵

En 1936 se estableció un Comité General de Bienestar para supervisar los esfuerzos de bienestar en la Iglesia. Harold B. Lee, Presidente de la Estaca Pioneer, fue nombrado director administrativo del comité. Posteriormente, se establecieron las tiendas Deseret Industries para ayudar a los desempleados y a los discapacitados, y se establecieron granjas y proyectos de producción para ayudar a los necesitados. El programa de bienestar continúa bendiciendo a miles de personas en la actualidad, tanto a miembros necesitados como a otras personas que se encuentran en circunstancias indigentes en todo el mundo.⁶

Mientras la obra misional continuaba a un paso acrecentado, el presidente Grant jugó un papel clave en una conversión sumamente inusual. Vincenzo di Francesca, un ministro religioso italiano, caminaba por una calle de la ciudad de Nueva York hacia su iglesia cuando vio un libro sin cubierta en un barril lleno de ceniza. Levantó el libro, dio vuelta a las páginas, y vio por primera vez nombres como Nefi, Mosíah, Alma y Moroni. Sintió la impresión de que debía leer el libro aunque no conocía su título ni su origen, y que debía orar en cuanto a su veracidad. Al hacerlo, dijo que “un

sentimiento de alegría, como de encontrar algo precioso y extraordinario, le dio consuelo a mi alma y me dejó con un gozo que el lenguaje humano no puede describir". Comenzó a enseñar los principios contenidos en el libro a los miembros de su iglesia. Los líderes de la misma lo disciplinaron por hacerlo e incluso le dijeron que debía quemar el libro, pero se negó a hacerlo.

Posteriormente regresó a Italia en donde, en 1930, supo que el libro había sido publicado por La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Escribió una carta a la sede de la Iglesia en Utah, la cual le fue entregada al presidente Grant. Él le envió un ejemplar del Libro de Mormón en italiano y le refirió su nombre al presidente de la Misión Europea. Las dificultades de esa época de guerra impidieron que Vincenzo pudiera bautizarse por muchos años, pero por fin llegó a ser miembro de la Iglesia el 18 de enero de 1951, la primera persona bautizada de la isla de Sicilia. Cinco años después fue investido en el Templo de Suiza.⁷

El 6 de mayo de 1922, el presidente Grant dedicó la primera estación de radio de la Iglesia. Dos años después, la estación comenzó a transmitir las sesiones de la conferencia general, lo cual facilitaba que muchos miembros más escucharan los mensajes de las Autoridades Generales. Poco después, en julio de 1929, el Coro del Tabernáculo transmitió el primer programa de *Music and the Spoken Word* [Música y Palabras de Inspiración], transmisión semanal de música inspirada y un mensaje. Este programa ha continuado transmitiéndose semana tras semana hasta el día de hoy.

El presidente Grant murió el 14 de mayo de 1945. Los 27 años de servicio que él prestó como Presidente de la Iglesia, los excedieron solamente los años de servicio de Brigham Young.

Presidente George Albert Smith

George Albert Smith sucedió a Heber J. Grant como Presidente de la Iglesia. El presidente Smith, cuya vida fue un ejemplo del gozo que se encuentra al vivir el Evangelio, testificó: "Toda felicidad y todo gozo que ha sido digno de ese nombre, ha sido el de guardar los mandamientos de Dios y seguir Su consejo y exhortación".⁸

El obedecer los mandamientos de Dios y seguir el consejo de los líderes de la Iglesia ha sido el modelo de rectitud en la familia del

presidente Smith a través de muchas generaciones. Recibió el nombre de su abuelo paterno, George A. Smith, quien era primo del profeta José y Consejero del presidente Brigham Young. El padre de George Albert, John Henry Smith, fue miembro de la Primera Presidencia bajo Joseph F. Smith. A los 33 años de edad, George Albert Smith fue llamado al Quórum de los Doce. Desde 1903 hasta 1910, John Henry y George Albert sirvieron juntos en el Quórum de los Doce, la única ocasión en esta dispensación en que un padre y su hijo hayan servido juntos en ese quórum.

Los cuarenta y dos años que George Albert Smith sirvió en el Quórum de los Doce estuvieron repletos de servicio noble, a pesar de períodos de mala salud. El sol le dañó los ojos al deslindar terrenos para el ferrocarril en el sur de Utah, y la cirugía no pudo corregirle la ceguera casi total que padecía. Las presiones y las exigencias de tiempo debilitaron su frágil cuerpo, y en 1909 se desplomó a causa de la fatiga. La orden que el doctor le había dado de reposo absoluto mermó su autoconfianza, creó sentimientos de inutilidad y agravó la tensión.

Durante esa época tan difícil, George tuvo un sueño en el que vio un hermoso bosque cerca de un gran lago. Después de caminar cierta distancia por el bosque, reconoció a su amado abuelo, George A. Smith, quien caminaba hacia él. George se apresuró para encontrarse con él, pero al acercarse el abuelo, éste se detuvo y dijo: “Me gustaría saber qué has hecho con mi nombre”. Por la mente de George Albert Smith pasó un panorama de su vida, y con humildad respondió: “Nunca he hecho con tu nombre cosa alguna de la cual tengas que avergonzarte” (“La buena reputación”, *Liahona*, febrero de 1976, pág. 31). Ese sueño renovó el espíritu y la fuerza física de George y al poco tiempo pudo regresar a trabajar. Más tarde, a menudo describía la experiencia como un momento crucial en su vida.⁹

Durante la administración del presidente George Albert Smith, que duró desde 1945 hasta 1951, el número de miembros de la Iglesia alcanzó un millón; se dedicó el Templo de Idaho Falls, Idaho; y se volvió a dar impulso a la obra misional después de la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo, se organizaron los esfuerzos por aliviar la necesidad de los santos europeos que estaban en condiciones indigentes como

resultado de la guerra. Se instó a los miembros de la Iglesia de los Estados Unidos a donar ropa y otras comodidades. El presidente Smith se reunió con Harry S. Truman, Presidente de los Estados Unidos, para recibir la aprobación necesaria para enviar a Europa los alimentos, la ropa de vestir y de cama que se había reunido. El presidente Smith describió la reunión de la siguiente manera:

El presidente Truman dijo: “¿Para qué quieren enviarlo allá? El dinero de ellos no vale nada”.

“Yo le dije: ‘No queremos su dinero’. Él me miró y preguntó: ‘¿Quiere decir que se lo van a donar?’

“Le respondí: ‘Claro, se los daríamos. Son nuestros hermanos y hermanas y están necesitados. Dios nos ha bendecido con un excedente, y nos daría mucho gusto enviarlo si podemos contar con la cooperación del gobierno’.

“Él contestó: ‘Ustedes van por el camino correcto’, y agregó: ‘y nos dará mucho gusto ayudarles en cualquier forma posible’”.¹⁰

Mientras se clasificaban y empacaban los donativos en Utah para enviarlos allende el mar, el presidente Smith llegó para observar los preparativos. Se le saltaron las lágrimas al ver la gran cantidad de mercancía con la que con tanta generosidad se había contribuido. Después de unos minutos se quitó su nuevo sobretodo y dijo: “Por favor, envíen esto también”. Aunque varias personas que estaban a su alrededor le dijeron que necesitaría el sobretodo en aquel frío día invernal, él insistió en que se enviara.¹¹

El élder Ezra Taft Benson, del Quórum de los Doce, recibió la asignación de volver a abrir las misiones de Europa, de supervisar la distribución de las provisiones y velar por las necesidades espirituales de los santos. Una de las primeras visitas del élder Benson fue a una conferencia de santos en Karlsruhe, ciudad alemana sobre el río Rin. De esa experiencia, el élder Benson relató:

“Por fin encontramos el camino al lugar de reunión, un edificio parcialmente dañado por la guerra, que estaba en el interior de una manzana. Los santos habían estado en sesión unas dos horas, esperándonos, con la esperanza de que llegáramos porque les habían dicho que tal vez habría una conferencia. Entonces, por primera vez en mi vida, vi a casi toda la congregación con lágrimas en los ojos cuando subimos a la plataforma, y se dieron cuenta de que al fin,



El presidente Cornelius Zappey y los misioneros de la Misión de los Países Bajos cargando las papas que enviarían a los santos de Alemania, 1947.

después de seis o siete largos años, los representantes de Sión, como ellos nos llamaban, finalmente habían regresado... Al mirar sus caras pálidas y delgadas, muchos de los santos vestidos con harapos, algunos de ellos descalzos, pude ver en sus ojos la luz de la fe al dar testimonio de la divinidad de esta gran obra de los últimos días y expresaron su gratitud por las bendiciones del Señor".¹²

Entre sus muchas responsabilidades, el élder Benson supervisó la distribución por toda Europa de 127 vagones de ferrocarril llenos de alimentos, ropa de vestir y de cama, y medicamentos. Años después, cuando el presidente Thomas S. Monson dedicaba un nuevo centro de reuniones en Zwickau, Alemania, un hermano de edad avanzada se le acercó con lágrimas en los ojos y envió sus saludos al presidente Ezra Taft Benson. Dijo: "Hágale saber que me salvó la vida y la de muchos de mis hermanos y hermanas de mi tierra natal, por la comida y la ropa que nos trajo de parte de los miembros de la Iglesia que residen en los Estados Unidos".¹³

Los santos holandeses tuvieron la oportunidad de dar un servicio verdaderamente cristiano a los santos hambrientos de Alemania. Los

miembros holandeses habían sufrido mucho durante la guerra y después habían recibido ayuda de bienestar de los miembros de la Iglesia en los Estados Unidos. En la primavera de 1947, se les pidió que comenzaran sus propios proyectos de bienestar, lo cual hicieron con gran entusiasmo. Principalmente sembraron papas (patatas) y esperaban tener una gran cosecha.

Durante esa misma época, el presidente Walter Stover, de la Misión de Alemania Oriental llegó a Holanda y, con lágrimas en los ojos, habló del hambre y la desolación de los miembros de la Iglesia en Alemania. El presidente Cornelius Zappey, Presidente de la Misión Holandesa, preguntó a sus miembros si darían su cosecha de papas (patatas) a los alemanes, quienes habían sido sus enemigos durante la guerra. Los miembros accedieron y comenzaron a ver madurar las plantas con renovado interés. La cosecha fue mucho más grande de lo que se esperaba, y los santos holandeses pudieron enviar setenta y cinco toneladas de papas a sus hermanos y hermanas de Alemania. Un año después, les enviaron noventa toneladas de papas y nueve toneladas de arenque.¹⁴

El derramamiento de amor cristiano que mostraron estos santos era típico del presidente George Albert Smith, quien irradiaba el amor de Cristo a un grado extraordinario. Él dijo: “Puedo decirles, hermanos y hermanas, que las personas más felices de este mundo son las que aman a sus semejantes como a sí mismas y que, por medio de su comportamiento en la vida, manifiestan su agradecimiento por las bendiciones de Dios”.¹⁵

El presidente David O. McKay

David O. McKay fue Consejero del presidente George Albert Smith en la Primera Presidencia. En la primavera de 1951, cuando parecía que la salud del presidente Smith había mejorado un poco, el presidente McKay y su esposa Emma Rae decidieron salir de la ciudad de Salt Lake hacia California para tomar las vacaciones que habían tenido que posponer. Se detuvieron en St. George, Utah, a pasar la noche. Al despertar a la mañana siguiente, el presidente McKay tuvo la clara impresión de que debía regresar a la sede de la Iglesia. Unos pocos días después de su regreso, el presidente Smith padeció una embolia que al final le produjo la muerte el 4 de abril de



*El presidente David O. McKay de niño con su familia.
David está sentado en el regazo de su papá.*

1951. Fue entonces que David O. McKay se convirtió en el noveno Presidente de la Iglesia.

Al presidente McKay se le había preparado muy bien para dirigir a la Iglesia. Siendo un niño de ocho años de edad, asumió las responsabilidades del hombre de la casa cuando su padre fue llamado a una misión a las Islas Británicas. Dos de sus hermanas mayores habían fallecido recientemente, su madre esperaba otro bebé, y su padre pensaba que las responsabilidades de la granja eran demasiado pesadas para dejárselas a la mamá de David. Bajo esas circunstancias, el hermano McKay le dijo a su esposa: “Claro que es imposible que vaya”. La hermana McKay lo miró y le dijo: “Claro que debes aceptar; no debes preocuparte por mí. David O. y yo nos encargaremos muy bien de la granja”.¹⁶ La fe y la dedicación de sus padres inculcaron en el pequeño David el deseo de servir al Señor toda la vida. Fue llamado al Consejo de los Doce en 1906 a los 32 años de edad, y sirvió en ese Consejo y en la Primera Presidencia (siendo Consejero de los Presidentes Heber J. Grant y George Albert Smith) durante 45 años antes de llegar a ser Presidente de la Iglesia.

El presidente McKay inició un extenso itinerario de viaje que lo llevó a visitar a los miembros de una Iglesia que ahora era mundial.

Visitó a los santos de Gran Bretaña y de Europa, de África del Sur, de Latinoamérica, del Pacífico Sur y otros lugares. Durante su estancia en Europa, hizo los preparativos preliminares para la construcción de templos en Londres y Suiza. Antes de finalizar su presidencia, había visitado casi todo el mundo, bendiciendo e inspirando a los miembros de la Iglesia.

El presidente McKay dio renovado énfasis a la obra misional, instando a todo miembro a aceptar el compromiso de llevar por lo menos a un nuevo miembro a la Iglesia cada año. Llegó a ser bien conocido por su repetida admonición: "Todo miembro un misionero".

En 1952, en un esfuerzo por incrementar la eficacia de los misioneros regulares, se envió el primer plan oficial de proselitismo a los misioneros en todo el mundo. Se intitulaba *Programa sistemático para la enseñanza del Evangelio*. Incluía siete charlas misionales que recalcaban la enseñanza mediante el Espíritu, y enseñaban claramente la naturaleza de la Trinidad, el plan de salvación, la apostasía y la Restauración, y la importancia del Libro de Mormón. El número de conversos a la Iglesia aumentó considerablemente por todo el mundo. En 1961, los líderes de la Iglesia convocaron el primer seminario para todos los presidentes de misión, a quienes se les enseñó a motivar a las familias para hermanar a sus amigos y vecinos y, después, que esas personas recibieran las enseñanzas de los misioneros en sus hogares. En 1961 se estableció un programa de capacitación de idiomas para misioneros recién llamados y posteriormente se construyó un centro de capacitación misional.

Durante la administración del presidente McKay, los miembros de la Iglesia que servían en las fuerzas armadas sembraron las semillas del Evangelio en Asia. Un joven soldado raso de American Fork, Utah, que servía en Corea del Sur, se dio cuenta de que cuando los soldados americanos se encontraban con civiles coreanos, los coreanos tenían que salirse de la senda y permitir que pasaran los soldados. El joven miembro de la Iglesia, en contraste con sus compañeros, se hacía a un lado para permitir que los coreanos usaran los senderos. También se esforzó por aprender sus nombres y les saludaba alegremente al pasar. Un día entró al comedor con cinco de sus amigos; la fila para que les sirvieran los alimentos era muy larga, así que esperó en una mesa por un rato. De pronto llegó un

empleado coreano con una charola de comida. Señalando el único galón que llevaba en el uniforme, el soldado le dijo: “No puede servirme a mí; soy tan sólo un soldado raso”. El coreano le respondió: “Yo servirle. Usted ser cristiano número uno”.¹⁷

Para 1967, los misioneros y los soldados habían sido tan eficaces en enseñar el Evangelio en Corea que el Libro de Mormón se tradujo al coreano y al poco tiempo hubo barrios y estacas en ese país.

Los misioneros también tuvieron gran éxito en Japón. Después de la Segunda Guerra Mundial, los miembros de la Iglesia de Japón no tuvieron contacto frecuente con los representantes de la Iglesia durante varios años, pero los soldados Santos de los Últimos Días apostados en Japón después de la guerra ayudaron a la Iglesia a fortalecerse. En 1945, Tatsui Sato admiraba a los soldados Santos de los Últimos Días que no tomaban té, y les hizo preguntas que llevaron a su bautismo y al de varios miembros de su familia al año siguiente. Elliot Richards bautizó a Tatsui, y Boyd K. Packer, un soldado que posteriormente llegaría a ser miembro del Quórum de los Doce, bautizó a la hermana Sato. El hogar de la familia Sato fue el lugar donde muchos japoneses escucharon por primera vez el mensaje del Evangelio restaurado. Al poco tiempo, los misioneros Santos de los Últimos Días que habían peleado contra los japoneses en la Segunda Guerra Mundial comenzaban la predicación en las ciudades japonesas.

Aunque la presencia de la Iglesia en las Filipinas también se remonta a los esfuerzos misionales de los soldados norteamericanos y otros después de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento más grande comenzó allí en 1961. Una joven filipina que no era miembro de la Iglesia escuchó acerca del Libro de Mormón y conoció a varios Santos de los Últimos Días. Como resultado, sintió que debía acudir a los oficiales gubernamentales, a quienes conocía, para pedir que se concediera el permiso necesario para que los misioneros Santos de los Últimos Días fueran a predicar a las Filipinas. La aprobación se otorgó y unos meses después, el élder Gordon B. Hinckley, del Quórum de los Doce, volvió a dedicar el país para la obra misional.

Como resultado del fenomenal crecimiento de la Iglesia durante la década de 1950, el presidente McKay anunció el programa de correlación del sacerdocio. Se le asignó a un comité, presidido por el

élder Harold B. Lee, del Quórum de los Doce, para que con oración realizara un estudio a fondo de todos los programas de la Iglesia para ver hasta qué punto lograban los objetivos más importantes de la Iglesia. En 1961, con la aprobación de la Primera Presidencia, el élder Lee anunció que se desarrollarían normas para gobernar el planeamiento, la elaboración e implantación de todos los materiales de enseñanza de la Iglesia. Muchos de estos materiales habían sido previamente elaborados por las organizaciones auxiliares de la Iglesia, pero esta nueva dirección evitaría la duplicación innecesaria de programas y materiales de curso para que el Evangelio pudiera enseñarse con más eficacia a los miembros de todas las edades y de todos los idiomas en una Iglesia mundial.

La Iglesia hizo también otros cambios a fin de correlacionar más eficazmente todos los programas y las actividades, entre ellos los programas de bienestar, misional e historia familiar, para llevar a cabo la misión de la Iglesia de una manera mejor. La orientación familiar, que había sido parte de la Iglesia desde los tiempos de José Smith, se recalcó en la década de 1960 como un medio para atender las necesidades espirituales y temporales de todos los miembros de la Iglesia. Se establecieron bibliotecas en los centros de reuniones para realzar la enseñanza y también se implementó un programa de desarrollo del maestro. En 1971, la Iglesia comenzó a publicar tres revistas en el idioma inglés bajo la supervisión de las Autoridades Generales: *Friend*, para los niños, *New Era*, para los jóvenes y *Ensign*, para los adultos. Casi al mismo tiempo, la Iglesia unificó las revistas que hasta entonces se habían publicado independientemente en otros idiomas en las diversas misiones del mundo. Ahora se traduce una sola revista en muchos idiomas, y se envía a los miembros de la Iglesia de todo el mundo.

El presidente David O. McKay había recalcado durante mucho tiempo la importancia del hogar y de la vida familiar como la fuente de la felicidad y la mejor defensa contra las pruebas y tentaciones de la vida moderna. A menudo hablaba del amor que sentía por su familia y del apoyo infalible que recibía de su esposa Emma Rae. Durante la administración del presidente McKay se recalcó con renovado vigor la práctica de llevar a cabo la noche de hogar para la familia semanalmente, y así proveer el medio para que los padres

se acercaran más a sus hijos y les enseñaran los principios del Evangelio.

La Sociedad de Socorro apoyó al profeta al recalcar la importancia de fortalecer los hogares y las familias. Desde sus inicios en Nauvoo, la Sociedad de Socorro ha crecido hasta contar con cientos de miles de mujeres de todo el mundo que reciben bendiciones personales y familiares mediante la enseñanza y las asociaciones que reciben por medio de ella. Desde 1945 hasta 1974, la Presidenta General de la Sociedad de Socorro fue la hermana Belle S. Spafford, una líder capaz que también recibió reconocimiento nacional cuando prestó servicio como Presidenta del Consejo Nacional de Mujeres de los Estados Unidos desde 1968 hasta 1970.

El presidente McKay murió en enero de 1970 a la edad de noventa y seis años. Había presidido la Iglesia durante casi veinte años, tiempo durante el cual el número de miembros había aumentado casi el triple y se realizaron grandes esfuerzos para llevar el Evangelio a todo el mundo.



Los Santos de los Últimos Días de todo el mundo se regocijan en las bendiciones del Evangelio.

La Iglesia mundial

El presidente Joseph Fielding Smith

Al morir el presidente David O. McKay, llegó a ser Presidente de la Iglesia Joseph Fielding Smith, de casi 93 años de edad; era hijo del presidente anterior, Joseph F. Smith.

Cuando era niño, Joseph Fielding Smith quiso conocer la voluntad del Señor, cosa que lo impulsó a leer el Libro de Mormón dos veces antes de cumplir los diez años de edad y a llevar consigo las Escrituras a dondequiera que fuera. Cuando no se aparecía para practicar con el equipo de béisbol, generalmente lo encontraban en el henal leyendo las Escrituras. Más tarde él dijo: “Desde mis primeros recuerdos, desde la primera vez que pude leer, he recibido mayor placer y satisfacción del estudio de las Escrituras, y al leer del Señor Jesucristo, del profeta José Smith y de la obra que se ha logrado para la salvación de los hombres, que de cualquier otra cosa en el mundo”.¹

Desde su infancia, ese estudio estableció la base de un conocimiento extenso de las Escrituras y de la historia de la Iglesia, el cual usó extensamente en sus sermones y en más de dos docenas de libros e innumerables artículos importantes sobre temas doctrinales.

Durante su administración, se organizaron las primeras estacas de Asia (Tokio, Japón) y de África (Johannesburgo, África del Sur). Con el crecimiento en el número de miembros de la Iglesia, el presidente Smith y sus consejeros comenzaron la práctica de llevar a cabo conferencias de área en todo el mundo para capacitar a los líderes locales y permitir que los miembros conocieran a las Autoridades Generales. La primera de dichas conferencias se efectuó en Manchester, Inglaterra. Con el fin de servir mejor a la gente de todo el mundo, se llamaron misioneros de salud para enseñar los



La primera conferencia de área de la Iglesia se efectuó en Inglaterra, en agosto de 1971, bajo la dirección del presidente Joseph Fielding Smith. Ante el púlpito está el élder Howard W. Hunter.

principios básicos de salud y sanidad. En poco tiempo había más de doscientos misioneros de salud sirviendo en muchos países.

Desde 1912, la Iglesia ha auspiciado clases de seminario en edificios adyacentes a las escuelas secundarias en los Estados Unidos. En la década de 1920, se inició el programa de institutos de religión en los colegios y universidades a las que asistía un gran número de Santos de los Últimos Días. A principios de la década de 1950, se iniciaron las clases matutinas de seminario en la región de Los Ángeles, California y, en poco tiempo, empezaron a asistir más de 1.800 alumnos. Los observadores que no eran miembros se sorprendían al ver que jóvenes Santos de los Últimos Días de entre 15 y 18 años de edad se levantaran a las 5:30 de la mañana, cinco días a la semana, para asistir a clases de estudio religioso. A principios de la década de 1970, se introdujo el programa de estudio individual supervisado para que los estudiantes Santos de los Últimos Días de todo el mundo recibieran instrucción religiosa.

Durante la administración del presidente Smith, la inscripción en los programas de seminario e instituto aumentó considerablemente.

En el último discurso público que dio el presidente Smith, en la conferencia general de abril de 1972, dijo: "...no hay ninguna cura para las enfermedades del mundo, excepto el Evangelio del Señor Jesucristo. Nuestra esperanza para lograr la paz, la prosperidad temporal y espiritual, y para recibir la herencia final en el reino de Dios, se encuentra únicamente por medio del Evangelio restaurado. Ninguna otra obra en la que estemos embarcados es tan importante como la predicación del Evangelio y la edificación de la Iglesia y Reino de Dios sobre la tierra".²

Después de servir como Presidente de la Iglesia durante dos años y medio, Joseph Fielding Smith falleció tranquilamente en el hogar de su hija. Había llegado a los noventa y cinco años de edad y le había servido valientemente al Señor toda la vida.

Harold B. Lee

Un día después de la muerte del presidente Joseph Fielding Smith, la familia del presidente Harold B. Lee, miembro de más antigüedad del Quórum de los Doce, se reunió para efectuar una noche de hogar. Un miembro de la familia preguntó qué era lo que podían hacer que fuera de mayor ayuda para el presidente Lee. "Sean fieles a la fe; simplemente vivan el Evangelio como se los he enseñado", respondió. Ese mensaje se aplica a todos los miembros de la Iglesia. En su primera conferencia de prensa como Presidente de la Iglesia, Harold B. Lee declaró: "Guarden los mandamientos de Dios; en ellos yace la salvación de los individuos y las naciones en estos tiempos tan difíciles".³

Cuando Harold B. Lee llegó a ser Presidente de la Iglesia, el 7 de julio de 1972, tenía 73 años de edad, el Apóstol más joven que asumía la presidencia desde Heber J. Grant. Desde 1935 había desempeñado un papel muy importante en la administración de la Iglesia, cuando había sido llamado a dirigir el programa de Bienestar de la Iglesia (véanse las páginas 117-118). También desempeñó un papel importante en la revisión de los programas y materiales didácticos de la Iglesia, lo cual dio como resultado la simplificación y correlación de los programas de la Iglesia. Era un hombre de

profunda espiritualidad que respondía sin dilación a las impresiones que recibía de los cielos.

El presidente Lee y sus consejeros presidieron la segunda conferencia de área, que se llevó a cabo en la Ciudad de México. Los miembros de la Iglesia que se congregaron en esa conferencia fueron los primeros en sostener a la nueva Primera Presidencia. El presidente Lee explicó que las reuniones se llevaban a cabo en la Ciudad de México para “reconocer y alabar las maravillosas labores de muchos que... han tenido parte en lograr el gran crecimiento de la Iglesia”.

Cuando los santos de México y Centroamérica se enteraron que en la Ciudad de México se celebraría una conferencia de área, muchos comenzaron a hacer planes para asistir. Una hermana fue de puerta en puerta pidiendo ropa para lavar. Durante cinco meses ahorró los pesos que ganaba lavando la ropa de sus vecinos y pudo viajar a la conferencia y asistir a todas las sesiones. Muchos santos ayunaron con buena voluntad todos los días de la conferencia porque no tenían el dinero suficiente para comprar comida después de trabajar y ahorrar para asistir a las reuniones. A los que se sacrificaron se les recompensó con gran fortaleza espiritual. Un miembro declaró que la conferencia había sido “la experiencia más hermosa de mi vida!”. Otro le dijo a un periodista: “Pasarán muchos años para que olvidemos el amor que hemos sentido aquí en estos días”.⁴

Durante su administración, el presidente Lee visitó la Tierra Santa, siendo el primer Presidente de la Iglesia que lo hizo en esta dispensación. También anunció que ahora se construirían templos más pequeños y que con el tiempo éstos se encontrarían por todo el mundo.

Un día después de la Navidad de 1973, después de haber prestado servicio como Presidente de la Iglesia tan sólo 18 meses, el presidente Lee falleció. Un gigante espiritual regresaba a su hogar eterno.

El presidente Spencer W. Kimball

Después de la muerte del presidente Lee, Spencer W. Kimball, un hombre muy familiarizado con el dolor y el sufrimiento, siendo

el miembro de más antigüedad de los Doce, fue sostenido como Presidente de la Iglesia. Debido al cáncer, le habían tenido que quitar la mayoría de las cuerdas vocales, y hablaba con una voz baja y ronca que los Santos de los Últimos Días llegaron a amar. El presidente Kimball, conocido por su humildad, dedicación, capacidad de trabajo y su lema personal: "¡Hazlo!", metió la hoz con toda su fuerza.

El primer discurso de Spencer W. Kimball como Presidente fue ante los Representantes Regionales de la Iglesia y fue memorable para todos los concurrentes. Uno de los participantes en la reunión recordó que tan sólo unos momentos después de comenzar el discurso, "nos dimos cuenta de una sorprendente presencia espiritual, y advertimos que estábamos escuchando algo extraordinario, poderoso y diferente... Fue como si estuviera corriendo las cortinas que cubren los propósitos del Todopoderoso y nos invitara a contemplar con él el destino del Evangelio y la visión de su ministerio".

El presidente Kimball mostró a los líderes "cómo la Iglesia no estaba viviendo de acuerdo con la fidelidad que el Señor espera de su pueblo, y que, hasta cierto grado, nos habíamos estancado en un espíritu de contentamiento y satisfacción de como estaban las cosas. Fue en ese momento que él proclamó el lema ahora famoso: 'Debemos alargar nuestro paso' ". Amonestó a su audiencia a incrementar su dedicación en la proclamación del Evangelio a las naciones de la tierra. También pidió que se aumentara en forma considerable la cantidad de misioneros que pudieran servir en su propio país de origen. Al concluir el sermón, el presidente Ezra Taft Benson declaró; "En verdad, ¡hay un profeta en Israel!".⁵

Bajo el liderazgo dinámico del presidente Kimball, fueron muchos más los miembros que sirvieron en misiones regulares y la Iglesia avanzó en todo el mundo. En agosto de 1977, el presidente Kimball viajó a Varsovia, en donde dedicó la tierra de Polonia y bendijo a su pueblo para que la obra del Señor siguiera adelante. Se establecieron centros de capacitación misional en Brasil, Chile, México, Nueva Zelanda y Japón. En junio de 1978, anunció una revelación de Dios que habría de tener un profundo efecto en la obra misional mundial. Durante muchos años se les había negado el

sacerdocio a las personas de ascendencia africana, pero ahora se otorgarían las bendiciones del sacerdocio y del templo a todos los miembros varones dignos.

Las personas fieles de todo el mundo habían estado esperando esta revelación con gran anhelo. Una de las primeras personas de raza negra que aceptó el Evangelio en África fue William Paul Daniels, quien había oído acerca de la Iglesia desde 1913. Él viajó a Utah, donde recibió una bendición especial de manos del presidente Joseph F. Smith, quien le prometió que si seguía fiel, poseería el sacerdocio en esta vida o en la siguiente. El hermano Daniels murió en 1936, siendo aún un miembro fiel de la Iglesia, y su hija hizo que se llevaran a cabo las ordenanzas del templo para él, poco después de que se recibió la revelación sobre el sacerdocio en 1978.⁶

Muchas más personas de África desarrollaron testimonios de la veracidad del Evangelio mediante la literatura de la Iglesia o por experiencias milagrosas, pero no podían disfrutar de todas las bendiciones del Evangelio.

Muchos meses antes de recibir la revelación en junio de 1978, el presidente Kimball conversó a fondo con sus Consejeros y con los Doce Apóstoles sobre el tema de que a las personas de ascendencia africana se les negaba la autoridad del sacerdocio. Los líderes de la Iglesia estaban renuentes a abrir misiones en las regiones del mundo donde a los miembros dignos de la Iglesia no se les pudieran otorgar todas las bendiciones del Evangelio. En una conferencia de área en África del Sur, el presidente Kimball declaró: "Oré fervientemente. Sabía que ante nosotros había algo de suma importancia para muchos de los hijos de Dios. Sabía que únicamente podríamos recibir las revelaciones del Señor si éramos dignos y estábamos preparados para aceptarlas y ponerlas en práctica. Día tras día entraba con gran solemnidad y seriedad a los aposentos superiores del templo, y allí ofrecía mi alma y mis esfuerzos para seguir adelante con el programa. Yo quería hacer lo que Él deseaba. Hablé con Él al respecto y le dije: 'Señor, tan sólo deseo lo que es correcto' ".⁷

En una reunión especial en el templo con sus Consejeros y el Quórum de los Doce Apóstoles, el presidente Kimball pidió que todos expresaran libremente sus opiniones en cuanto a dar el sacerdocio a los varones de raza negra. Después oraron alrededor

del altar, siendo el presidente Kimball el portavoz. El élder Bruce R. McConkie, quien estuvo presente, dijo más tarde: “En esa ocasión, por causa de nuestra insistencia y nuestra fe, y dado que habían llegado la hora y el tiempo, el Señor, en Su providencia, derramó el Espíritu Santo sobre la Primera Presidencia y los Doce en una forma milagrosa y maravillosa, más allá de lo que cualquiera de los presentes jamás había experimentado”.⁸ A los líderes de la Iglesia se les había aclarado que había llegado el momento de que todos los varones dignos recibieran todas las bendiciones del Evangelio.

La Primera Presidencia envió una carta, con fecha de 8 de junio de 1978, a los líderes del sacerdocio, en la que explicaban que el Señor había revelado que “se puede conferir el sacerdocio a todos los varones que sean miembros dignos de la Iglesia sin tomar en consideración ni su raza ni su color”. En la conferencia general efectuada el 30 de septiembre de 1978, los santos apoyaron con unanimidad la acción de sus líderes. Esa carta se encuentra ahora en Doctrina y Convenios y se conoce como la Declaración Oficial—2.

Desde que se hizo el anuncio, miles de personas de ascendencia africana han entrado a la Iglesia. La experiencia que tuvo un converso de África ilustra cómo la mano del Señor ha bendecido a esas personas. Un maestro graduado de la universidad había tenido un sueño en el que vio un espacioso edificio con torres o pináculos, y en él entraban personas vestidas de blanco. Más tarde, al estar viajando, vio un centro de reuniones Santo de los Últimos Días y sintió la impresión de que esa iglesia estaba de alguna forma conectada con su sueño, de modo que asistió a una de las reuniones dominicales. Después de los servicios, la esposa del presidente de la misión le mostró un folleto. Al abrirlo, el hombre vio una pintura del Templo de Salt Lake, el edificio que había visto en su sueño. Después dijo: “Antes de que pudiera darme cuenta, estaba llorando... No puedo explicar lo que sentía. Me sentí aliviado de todos mis pesares... Sentí que había llegado a un lugar que había visitado con frecuencia. Ahora me sentía en casa”.⁹

Durante la administración del presidente Kimball, se reorganizó el Primer Quórum de los Setenta, se implementó el horario consolidado de reuniones dominicales de tres horas, y se edificaron templos a un paso acelerado. En 1982, había veintidós templos en todo el mundo,



En años recientes se han construido templos por todo el mundo en cantidades cada vez mayores. El Templo de Francfort, Alemania, es uno de los muchos templos que ahora bendicen la vida de los miembros de la Iglesia.

ya sea en las etapas de planeamiento o en construcción, muchos más que en cualquier otro período de la historia de la Iglesia hasta esos momentos. Asimismo, el presidente Kimball estableció un riguroso itinerario de viaje que lo llevó a muchos países para efectuar conferencias de área. En esas reuniones, no prestaba atención a sus propias necesidades y aprovechaba toda oportunidad posible para reunirse con los santos locales y bendecirlos.

En muchos países, los miembros de la Iglesia añoraban recibir las ordenanzas sagradas de salvación que se ofrecen en los templos. Entre ellos había un miembro de Suecia que había servido en muchas misiones y como miembro de la presidencia de misión. Al morir, dejó gran parte de sus pertenencias al fondo del Templo de Suecia, mucho antes de que la Iglesia anunciara la construcción de un templo en ese país. Cuando el presidente Kimball anunció el templo, la contribución de ese hombre había acumulado intereses y

se había convertido en una suma considerable. Poco después de la dedicación del templo, ese hermano fiel, quien fue investido mientras estuvo en vida, fue sellado a sus padres en el mismo templo que su dinero había ayudado a construir.

Una pareja de Singapur decidió llevar a su familia al templo para ser sellados y recibir las bendiciones del templo. Sacrificaron muchas cosas para reunir el dinero suficiente y por fin pudieron hacer el viaje y asistir al templo. Se hospedaron en el hogar de un misionero que les había enseñado el Evangelio hacía muchos años. Al entrar a una tienda de comestibles, esta hermana se separó de su esposo y del misionero. Cuando la encontraron, tenía entre las manos un frasco de champú y estaba llorando. Les dijo que uno de los sacrificios que había tenido que hacer para poder asistir al templo era dejar de comprar champú, que hacía siete años que no usaba. Sus sacrificios, aunque difíciles, ahora le parecían tan insignificantes, porque sabía que su familia estaba eternamente unida por medio de las ordenanzas de la casa del Señor.

Otro suceso importante durante la administración del presidente Kimball ocurrió en 1979 cuando la Iglesia publicó una nueva edición en inglés de la Versión del Rey Santiago de la Biblia. No se cambió el texto en sí, pero se agregaron notas al pie de las páginas que correlacionaban pasajes de la Biblia con los del Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Se agregaron una Guía por temas y un Diccionario Bíblico que brindaban perspectivas propias a las Escrituras contemporáneas. Dicha edición tenía nuevos encabezamientos para todos los capítulos y también incluía selecciones de la revisión inspirada de la Biblia del Rey Santiago que hizo José Smith.

En 1981 también se publicaron nuevas ediciones del Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio, las cuales incluían un nuevo sistema de notas al pie de la página, nuevos encabezamientos de capítulos y secciones, mapas y un índice. Casi al mismo tiempo, la Iglesia comenzó a recalcar con mayor vigor la traducción de las Escrituras de los últimos días en muchos idiomas más.

Tanto con su ejemplo como con sus enseñanzas, el presidente Kimball inspiró a los miembros de la Iglesia a esforzarse por la



*El presidente
Spencer W. Kimball
con indios en el
Suroeste de Estados
Unidos.*

excelencia en todo. Al celebrar el centenario de la fundación de la Universidad Brigham Young, él dijo: “Tengo la esperanza y la confianza de que de esta Universidad y del Sistema Educativo de la Iglesia salgan estrellas brillantes tanto en teatro como en literatura, música, escultura, arte, ciencia y todas las ramas de la erudición”.¹⁰ En otras ocasiones expresó la esperanza de que los artistas Santos de los Últimos Días expresaran la historia del Evangelio restaurado de una manera poderosa y persuasiva.

A pesar del itinerario tan ocupado del presidente Kimball, constantemente se esforzaba por dar amor y servicio a los demás. Tenía sentimientos especiales por los pueblos indígenas de América del Norte y del Sur y por la gente de las islas polinesias, y dedicó

muchas horas en diversos proyectos para tratar de ayudarlos. Había recibido una bendición de manos del presidente George Albert Smith en la que le mandaba que velara por ellos, y, en calidad de Presidente de la Iglesia, designó a algunos miembros del Quórum de los Doce para que dedicaran o rededicaran las tierras de América Central y del Sur para la enseñanza del Evangelio. Desde entonces, decenas de millares de personas de esos países se han regocijado en las bendiciones del Evangelio.

Un incidente característico de su interés por todas las personas ocurrió en un aeropuerto lleno de gente en donde una joven madre, cuyo avión no había podido partir debido al mal tiempo, tuvo que andar de fila en fila, con su pequeñita de dos años de edad, para tratar de conseguir un vuelo que la llevara a su destino. Llevaba dos meses de embarazo, y por órdenes del doctor no debía cargar a su pequeña, quien estaba sumamente cansada y hambrienta. Nadie se ofreció para ayudarle, aunque varias personas sí criticaron a la niña que lloraba incesantemente. Luego, informó más tarde la mujer:

“Alguien se acercó a nosotros con una sonrisa bondadosa y preguntó: ‘¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle?’ Con un suspiro de alivio acepté su ofrecimiento. Él levantó a mi hijita del piso frío y amorosamente la cargó en sus brazos mientras le daba palmaditas en la espalda. Preguntó si le podía dar un trozo de goma de mascar. Cuando se tranquilizó, se la llevó en brazos y les dijo algo amable a las demás personas que estaban en la fila adelante de mí, diciéndoles que yo necesitaba su ayuda. Ellos parecieron acceder y después él fue al mostrador al frente de la fila y dispuso lo necesario para que me dieran un lugar en un vuelo que estaba para partir. Caminó con nosotros hasta un banco, donde nos sentamos a charlar un poco y se aseguró de que yo estuviera bien. Después prosiguió su camino. Una semana después vi una fotografía del Apóstol Spencer W. Kimball y lo reconocí como el extraño del aeropuerto”.¹¹

Durante varios meses antes de su muerte, el presidente Kimball padeció graves problemas de salud, pero siempre fue un ejemplo de paciencia, longanimidad y diligencia ante las tribulaciones. Murió el 5 de noviembre de 1985 después de prestar doce años de servicio como Presidente de la Iglesia.



Conforme aceptan el Evangelio restaurado de Jesucristo, las personas de todo el mundo pueden recibir las bendiciones de las ordenanzas sagradas.

La Iglesia de la actualidad

El presidente Ezra Taft Benson

Ezra Taft Benson llegó a ser Presidente de la Iglesia después de la muerte del Presidente Spencer W. Kimball. Al inicio de su administración, recalcó la gran importancia de leer y estudiar el Libro de Mormón. Testificó que “el Libro de Mormón lleva a los hombres a Cristo”, y reafirmó la declaración de José Smith de que ese libro constituye “...la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro”.¹

En la conferencia general de abril de 1986, el presidente Benson declaró: “El Señor inspiró a su siervo Lorenzo Snow para que diera un renovado énfasis al principio del diezmo para redimir a la Iglesia de la esclavitud económica... Ahora, en nuestra época, el Señor ha revelado la necesidad de dar un renovado énfasis al Libro de Mormón... Os prometo que desde este momento, si diariamente leemos de sus páginas y vivimos sus preceptos, Dios derramará sobre cada hijo de Sión y la Iglesia bendiciones como las que jamás hemos visto”.² Millones de personas alrededor del mundo aceptaron el desafío y recibieron la bendición prometida.

Otro tema importante fue la importancia de evitar el orgullo. En la conferencia general de abril de 1989, exhortó a los miembros de la Iglesia que debían “...limpiar lo interior del vaso venciendo el orgullo”, y advirtió que fue la causa de la destrucción de la nación nefita. Aconsejó que “su antídoto es la humildad, la mansedumbre, la docilidad”.³

Cuando servía como miembro del Quórum de los Doce, Ezra Taft Benson tuvo una oportunidad poco usual de ser un ejemplo de vivir el Evangelio. En 1952, al recibir aliento del presidente David O. McKay, aceptó el nombramiento como Secretario de Agricultura bajo Dwight D. Eisenhower, Presidente de los Estados Unidos. Fue la

única ocasión en la historia de la Iglesia en que un miembro del Quórum de los Doce había servido en el gabinete de un presidente de los Estados Unidos. Durante los ocho años de su servicio, se le respetó mucho, tanto en su propio país como en otros países, por su integridad y por su experta capacidad para conducir y llevar a cabo las normas agrícolas del gobierno de los Estados Unidos. Tuvo contacto con líderes de otras naciones y abrió las puertas a los representantes de la Iglesia en todo el mundo.

Bajo el liderazgo del presidente Benson, la Iglesia logró importantes adelantos en el mundo. El 28 de agosto de 1987, dedicó el Templo de Francfort, Alemania, en la República Federal de Alemania, un importante privilegio para él, ya que había servido como Presidente de la Misión Europea, con sede en Francfort, desde 1964 hasta 1965.

El Templo de Freiberg, Alemania, en la República Democrática Alemana, se dedicó el 29 de junio de 1985, después de varios milagros que hicieron posible su construcción. En su primera visita a la República Democrática Alemana, en 1968, el élder Thomas S. Monson, del Quórum de los Doce, prometió a los santos: “Si permanecéis fieles a los mandamientos de Dios, podréis gozar de todas las bendiciones que gozan los miembros de la Iglesia en cualquier otro país”. En 1975, al cumplir una asignación de la Iglesia en el mismo país, el élder Monson se sintió inspirado por el Espíritu a dedicar ese país al Señor, y dijo; “Amado Padre, permite que éste sea el comienzo de un nuevo día para los miembros de Tu Iglesia en esta tierra”. Pidió que se realizara el deseo sincero de los santos “...de recibir las bendiciones del templo”. Su inspirada promesa y su profética oración dedicatoria se cumplieron.⁴

El último día de marzo de 1989, la República Democrática Alemana permitió la entrada a los misioneros Santos de los Últimos Días. El 9 de noviembre de ese mismo año, se contestaron las oraciones y la fe de muchos miembros de la Iglesia al derrumbarse las barreras que separaban la Europa oriental de la occidental, lo cual llevó a mayor número de bautismos de conversos y la construcción de edificios de la Iglesia. Un converso supo acerca de la Iglesia por vez primera cuando visitó una “recepción para el público” que se llevó a cabo en un centro de reuniones recién completado en Dresden, Alemania, el 1º de mayo de 1990. Se bautizó en menos de una semana, después de haber recibido las charlas misionales, de



El élder Russell M. Nelson, junto al Vicepresidente de la República Rusa, en una cena de estado que se llevó a cabo el 24 de junio de 1991. El Vicepresidente anunció que hacía menos de un mes, la Iglesia había recibido reconocimiento oficial en toda la república.

leer dos veces el Libro de Mormón en su totalidad, y de adquirir un firme testimonio de la veracidad del Evangelio.⁵

En un banquete que se llevó a cabo después de un concierto del Coro del Tabernáculo Mormón en Moscú, Rusia, el 24 de junio de 1991, el vicepresidente de la República Federal Socialista Ruso-Soviética anunció que a la Iglesia se le reconocía oficialmente en su país. Con ello, la Iglesia pudo establecer congregaciones en esa extensa república. Durante la década de 1990, varias repúblicas previamente soviéticas y países del centro y del este de Europa fueron dedicados para la predicación del Evangelio, entre ellos Albania, Armenia, Bielorrusia, Bulgaria, Estonia, Hungría, Latvia, Lituania, Rumania, Rusia y Ucrania. En cada uno de esos países se están alquilando y construyendo edificios, y muchas personas están obteniendo testimonios de la veracidad del Evangelio. En la dedicación del primer centro de reuniones de la Iglesia en Polonia desde la Segunda Guerra Mundial, el élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce, rogó que dicho edificio sirviera como “un refugio de paz para almas acongojadas y un amparo de esperanza

para los que tuvieran hambre y sed de justicia".⁶ Esa bendición se está cumpliendo en la vida de los miembros de la Iglesia de muchos países, quienes han encontrado la paz y el gozo del Evangelio.

Como resultado del gran crecimiento en el número de miembros de la Iglesia y el énfasis que daba el presidente Benson a la obra misional, al concluir su administración aproximadamente 48.000 misioneros prestaban servicio en 295 misiones de la Iglesia.

También, durante el transcurso de su administración, el programa de Bienestar de la Iglesia comenzó a ofrecer una mayor ayuda humanitaria a los miembros de otras religiones en todo el mundo. Esa ayuda se da para aliviar el sufrimiento y fomentar la autosuficiencia a largo plazo. Se envían a los necesitados grandes cantidades de alimentos, ropa, provisiones médicas, cobertores (frazadas), dinero en efectivo y otros artículos, y se realizan proyectos a largo plazo para brindar atención médica, alfabetización y otros servicios. En la actualidad, ese servicio caritativo ayuda a miles de personas en muchas partes del mundo.

Al aquejarle las dolencias de su avanzada edad y la pérdida de su amada esposa, Flora, el presidente Benson falleció el 30 de mayo de 1994, a la edad de 94 años, habiendo completado su misión como Profeta del Señor. Lo sucedió en la presidencia Howard W. Hunter, quien servía como Presidente del Quórum de los Doce.

El presidente Howard W. Hunter

En su primera conferencia de prensa, el 6 de junio de 1994, el presidente Hunter estableció algunos de los importantes temas de su administración. Él dijo: "Quiero exhortar a todos los miembros de la Iglesia a prestar mayor atención a la vida y al ejemplo del Señor Jesucristo, en particular el amor, la esperanza y la compasión que Él manifestó.

"Ruego que nos tratemos unos a otros con mayor bondad, más cortesía, más humildad, paciencia y disposición a perdonar."

También pidió a los miembros de la Iglesia que reconocieran "...el templo del Señor como el símbolo más grande de su calidad de miembros de la Iglesia y el lugar supremo donde realizan sus convenios más sagrados. El deseo más grande de mi corazón es que todo miembro de la Iglesia sea digno de entrar en el templo".⁷ Muchos miles de miembros de la Iglesia aceptaron estos mensajes en



Dedicación del Orson Hyde Memorial Garden (Jardín en memoria de Orson Hyde) en Jerusalén, el 24 de octubre de 1979. El jardín, en el Monte de los Olivos, conmemora la dedicación de la tierra de Palestina que el élder Orson Hyde llevó a cabo el 24 de octubre de 1841.

sus vidas y fueron bendecidos con un nivel más profundo de espiritualidad.

El presidente Hunter tenía una mente sumamente desarrollada que fue de gran valor para la Iglesia. A fines de la década de 1970, recibió una asignación que requirió toda destreza; jugó un papel importante en la negociación para adquirir el terreno y supervisar la construcción del edificio principal de la Iglesia en la Tierra Santa: El Centro para Estudios del Cercano Oriente en Jerusalén de la Universidad Brigham Young. Dicho centro se encuentra ubicado en el monte Scopus, una extensión del Monte de los Olivos, y en él viven y llevan a cabo sus actividades los alumnos que estudian a fondo esa tierra escogida, su pueblo (los judíos y árabes por igual), y los lugares por donde anduvieron Jesucristo y Sus antiguos Profetas. El centro ha sido una gran bendición para los que han estudiado en él, y su belleza ha servido de inspiración para las muchas personas que lo han visitado.

El presidente Hunter también jugó un papel importante en el desarrollo del Centro Cultural Polinesio, adyacente a la Universidad Brigham Young, Hawai, en Laie, Hawai. Fue el primer presidente de la mesa directiva de ese centro de atracción que abarca dieciséis hectáreas y es operada por la Iglesia, su propietaria. Tiene como fin preservar la cultura polinesia y brindar oportunidades de empleo a los alumnos. Se edificó en 1963, y es un atractivo principal que en la actualidad visitan casi un millón de personas al año, que vienen a disfrutar de la música, la danza, el arte y la artesanía de las islas polinesias.

Antes de llegar a ser Presidente de la Iglesia, el élder Hunter sirvió durante ocho años como Presidente de la Sociedad Genealógica de Utah, sociedad precursora del actual Departamento de Historia Familiar. Durante ese tiempo, la sociedad patrocinó la primera Conferencia Mundial sobre registros, en 1969, y de ella dijo: "Ha creado mucha buena voluntad para la Iglesia y ha abierto las puertas para nuestra obra en todo el mundo".⁸ Desarrolló un gran amor por todas las personas, tanto vivas como muertas, y a menudo enseñó que todos somos parte de una gran familia. Se le conoció como un hombre lleno del amor puro de Cristo.

Durante el transcurso de su vida, el presidente Hunter tuvo que enfrentar muchas adversidades. Con fe y fortaleza, hizo frente a graves y dolorosos problemas de salud, la larga y debilitadora enfermedad de su primera esposa, la muerte de ella, y otras

dificultades. A pesar de esos obstáculos, sirvió activamente al Señor, viajando mucho y trabajando incansablemente para administrar los asuntos de la Iglesia. Su ejemplo coincidía con su mensaje: “Si tenéis problemas en el hogar con hijos descarriados, si sufrís reveses financieros y estáis pasando por períodos difíciles que amenazan vuestros hogares y vuestra felicidad, si debéis enfrentar el tener que perder la vida, o un miembro del cuerpo o la salud, que la paz llegue a vuestras almas. No seremos tentados más allá de lo que podamos resistir. Nuestros retrocesos y contratiempos son el sendero recto y angosto que nos conduce a Él”.⁹

El presidente Hunter presidió la reunión en la Ciudad de México, México, el 11 de diciembre de 1994, cuando se creó la estaca número dos mil, un hecho importante en la historia de la Iglesia. A los que se encontraban allí congregados les dijo: “El Señor, a través de Sus siervos, ha hecho este milagro. Esta obra continuará avanzando con fuerza y vitalidad. Las promesas hechas al padre Lehi y a sus hijos acerca de su posteridad se han estado cumpliendo y continuarán cumpliéndose en México”.¹⁰ Durante el tiempo que el presidente Hunter sirvió como Autoridad General, la Iglesia en Latinoamérica creció dramáticamente. Cuando llegó a ser Presidente de la Iglesia, había más de un millón y medio de Santos de los Últimos Días tan sólo en los países de México, Brasil y Chile, más de los que vivían en ese tiempo en el estado de Utah.

Aunque el presidente Hunter fue Presidente de la Iglesia tan sólo nueve meses, tuvo un efecto poderoso en los santos, quienes lo recuerdan por su compasión, longanimidad y profundo ejemplo de un vivir cristiano.

Presidente Gordon B. Hinckley

Cuando Gordon B. Hinckley llegó a ser Presidente de la Iglesia después de la muerte del presidente Hunter, se le preguntó cuál sería el enfoque de su Presidencia. Él respondió: “Avanzar. Sí, nuestro lema será avanzar la gran obra que han promovido nuestros antecesores que sirvieron tan admirablemente, con tanta fidelidad y tan bien. Fortalecer los valores familiares, sí. Fomentar la educación, sí. Establecer un espíritu de tolerancia y comprensión entre todas las personas en todas partes, sí. Y proclamar el Evangelio de Jesucristo”.¹¹

La extensa experiencia del presidente Hinckley con el liderazgo de la Iglesia lo preparó bien para la Presidencia. Fue sostenido como

miembro del Quórum de los Doce en 1961. A partir de 1981, sirvió como Consejero de la Primera Presidencia con tres Presidentes: Spencer W. Kimball, Ezra Taft Benson y Howard W. Hunter. Durante algunos de esos años, tuvo responsabilidades extraordinariamente pesadas cuando esos Presidentes padecieron las debilidades de su edad avanzada.

Cuando el joven Gordon B. Hinckley prestaba servicio misional en Inglaterra, recibió un consejo que le ha servido bien durante todos los años que ha tenido que desempeñar pesadas responsabilidades. Sintiendo un tanto desanimado, le escribió una carta a su padre, en la que le decía: "Estoy desperdiciando mi tiempo y tu dinero. No veo el caso de permanecer aquí más tiempo". Después de algún tiempo recibió una breve carta de su padre que decía: "Querido Gordon: Recibí tu carta... Tengo una sola sugerencia. Olvídate de ti mismo y ponte a trabajar. Con amor, tu Padre."

Al respecto, el presidente Hinckley dijo: "Lo medité, y a la mañana siguiente, en nuestro estudio de las Escrituras, leímos esa gran declaración del Señor: 'Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará' (Marcos 8:35). Eso me conmovió. Esa declaración, esa promesa, junto con la carta de mi padre, me motivaron a subir a mi cuarto... arrodillarme, y hacer un convenio con el Señor de que me olvidaría a mí mismo y me pondría a trabajar. Considero que ese fue el día decisivo de mi vida. Todo lo bueno que me ha sucedido desde entonces lo atribuyo, de alguna manera, a la decisión que tomé en ese momento".¹²

Al presidente Hinckley se le conoce como una persona de gran optimismo, siempre llena de fe en Dios y en el futuro. " 'Todo saldrá bien', quizás sea la frase más repetida a su familia, amigos y compañeros. 'Sigan esforzándose', les dice. 'Sean creyentes y felices y no se desanimen. Todo saldrá bien' ".¹³

Cuando un reportero le pidió que identificara el reto más grande que enfrenta la Iglesia, él respondió: "El reto más serio que enfrentamos, y el más maravilloso, es el que resulta del crecimiento". Explicó que debido al gran crecimiento de la Iglesia es necesario tener más edificios y más templos: "Ésta es la era más grandiosa de la historia de la Iglesia para la construcción de templos. Nunca antes ha avanzado con tanta rapidez la construcción de templos como ahora. Tenemos 47 templos en operación y trece más en alguna fase

de construcción y planeación. Continuaremos edificando templos".¹⁴ El aumento en el crecimiento de la Iglesia también ha hecho necesaria la traducción del Libro de Mormón en muchos idiomas.

El presidente Hinckley ha tenido experiencia personal con el notable crecimiento de la Iglesia. Mientras asistía a una conferencia en Osaka, Japón, en 1967, miró a la congregación, entre la cual se hallaban muchos jóvenes, y dijo: "En ustedes veo el futuro de la Iglesia en Japón, y es un gran futuro. Apenas hemos tocado la superficie. Pero siento la impresión de que debo decirles algo que he sentido por mucho tiempo, y es que no está muy lejano el día en que habrá estacas de Sión en esta gran tierra".¹⁵ Después de una sola generación, había cien mil Santos de los Últimos Días en Japón, muchas estacas, misiones y distritos, y un templo.

El presidente Hinckley también está muy interesado en el crecimiento de la Iglesia en las Filipinas, donde se organizó la primera estaca en Manila en 1973. Dos décadas después, cuando él llegó a ser Presidente de la Iglesia, más de 300.000 miembros filipinos recibían las bendiciones del Evangelio, incluso un templo en su propio país. El presidente Hinckley ha mostrado gran interés en el crecimiento de la Iglesia en otras partes de Asia también, incluso Corea, China y el sudeste de Asia.

Una Autoridad General que fue asignado a llamar a un nuevo presidente de estaca en las Filipinas fue testigo de la gran espiritualidad de muchos de los miembros de Asia. Después de entrevistar a los poseedores del sacerdocio, sintió que debía extender el llamamiento a un hombre de poco más de veinte años de edad. Le pidió al hermano que pasara al salón adjunto y que tomara un poco de tiempo para seleccionar a sus consejeros. El hermano regresó en treinta segundos. La Autoridad General pensó que el hermano había entendido mal, pero el nuevo presidente de estaca le dijo: "No. Desde hace un mes el Espíritu me indicó que yo sería el presidente de estaca. Ya he seleccionado a mis consejeros".

Fue muy apropiado que el presidente Hinckley, quien ha hecho tanto para ayudar a establecer la Iglesia en todo el mundo, pudiera anunciar durante el transcurso de su administración: "Nuestros expertos en estadísticas me dicen que si la tendencia actual perdura, en febrero de 1996, es decir, dentro de pocos meses, habrá más miembros de la Iglesia en el resto del mundo que en los Estados Unidos. El llegar a ese punto es algo maravillosamente significativo

porque representa los resultados de nuestra noble labor en beneficio al prójimo".¹⁶

Durante su administración, el presidente Hinckley ha puesto gran énfasis en la importancia de una buena vida familiar, especialmente en un mundo que a menudo no apoya los valores familiares. Bajo su dirección, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce emitieron una proclamación especial al mundo sobre el tema de la familia, que en parte dice:

"La familia es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo...

"Advertimos a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos".¹⁷

Durante la conferencia general de abril de 1995, el presidente Hinckley anunció que el 15 de agosto del mismo año quedarían relevados todos los Representantes Regionales de la Iglesia, quienes habían servido tan bien, y que se establecería un nuevo puesto, el de Autoridad de Área. Dijo que ellos presidirían en conferencias de estaca; reorganizarían o crearían estacas; darían capacitación a los presidentes de estaca, misión y distrito; y llevarían a cabo otras asignaciones que les dieran la Primera Presidencia y las Presidencias de Área. Ese nuevo puesto permite a los líderes de la Iglesia vivir y trabajar más cerca de los miembros a quienes sirven y facilita un mayor crecimiento de la Iglesia en todo el mundo.

Una Autoridad General explicó la mejor forma en que los santos pueden sostener al presidente Hinckley: "Al asumir el santo oficio al cual ha sido llamado, el de Profeta, Vidente y Revelador, Sumo Sacerdote Presidente y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días... lo mejor que podemos hacer para sostenerle en su oficio es 'iavanzar, avanzar, avanzar!' "¹⁸

Conclusión

Cada uno de nosotros tiene un lugar en la historia de la Iglesia. Algunos miembros nacen en familias que han tenido el Evangelio en su seno por varias generaciones y han nutrido a sus hijos en los caminos del Señor. Otros, al escuchar el Evangelio por vez primera y entrar a las aguas del bautismo, hacen convenios sagrados de poner de su parte para edificar el reino de Dios. Muchos miembros viven en zonas que apenas comienzan su era de historia de la Iglesia y están creando un legado de fe para sus hijos. Cualesquiera sean nuestras circunstancias, todos somos una parte vital de la causa de edificar Sión y prepararla para la segunda venida del Salvador. Ya no somos más “extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19).

Seamos miembros nuevos o viejos, heredamos un legado de fe y sacrificio de los que nos antecedieron. También somos pioneros contemporáneos para nuestros hijos y para los millones de los hijos de nuestro Padre Celestial que aún no han escuchado ni aceptado el Evangelio de Jesucristo. Hacemos nuestras contribuciones de maneras diferentes en todo el mundo conforme llevamos a cabo fielmente la obra del Señor.

Los padres enseñan a sus hijos, en espíritu de oración, los principios de rectitud. Los maestros orientadores y las maestras visitantes velan por los necesitados. Las familias se despiden de sus hijos misioneros que han decidido dedicar años de su vida para llevar a otros el mensaje del Evangelio. Los líderes desinteresados del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares responden al llamado de servir. Como resultado de innumerables horas de callado servicio en busca de los nombres de antepasados y de llevar a cabo sagradas ordenanzas en el templo, se extienden bendiciones a los vivos y a los muertos.



Estos misioneros ayudan a cumplir la profecía de José Smith: “La verdad de Dios seguirá adelante valerosa, noble e independientemente, hasta que haya penetrado en todo continente... y resonado en todo oído”.

Cada uno de nosotros está contribuyendo a que se cumpla el destino de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que se le reveló al profeta José Smith. En 1842 profetizó:

“El estandarte de la verdad se ha izado. Ninguna mano impía puede detener el progreso de la obra: las persecuciones se encarnizarán, el populacho podrá conspirar, los ejércitos podrán juntarse, y la calumnia podrá difamar; mas la verdad de Dios seguirá adelante valerosa, noble e independientemente, hasta que haya penetrado en todo continente, visitado toda región, abarcado todo país y resonado en todo oído, hasta que se cumplan los propósitos de Dios, y el gran Jehová diga que la obra está concluida.”¹

Aunque la Iglesia fue muy pequeña durante la vida del profeta José Smith, él sabía que era el Reino de Dios sobre la tierra, con el destino de llenar todo el mundo con las verdades del Evangelio de Jesucristo. En años recientes hemos visto el notable crecimiento de la Iglesia. Tenemos el privilegio de vivir en una época en que podemos ofrecer nuestra fe y sacrificios para establecer el Reino de Dios, un reino que permanecerá para siempre jamás.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 141.
2. “Easter Greetings from the First Presidency”, *Church News*, 15 de abril de 1995, pág. 1.

CAPÍTULO DOS

1. Lucy Mack Smith, *History of Joseph Smith*, 1958, pág. 128.
2. Reuben Miller Journals, 1848–1949, 21 de oct. de 1848; Departamento Histórico, División de Archivos, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, citado en adelante como Archivos de la Iglesia SUD. Véase también de Gordon B. Hinckley, “Magnifiquemos nuestro llamamiento”, *Liahona*, julio de 1989, pág. 59.
3. Dean Jessee, editor, “Joseph Knight’s Recollection of Early Mormon History”, *BYU Studies*, otoño de 1976, pág. 36.
4. *History of the Church*, 5:124–125.
5. *The Saints’ Herald*, 1º de marzo de 1882, pág. 68.
6. *History of the Church*, 1:55.
7. History of Brigham Young, *Millennial Star*, 6 de junio de 1863, pág. 361.
8. Brigham Young, en *Journal of Discourses*, 3:91.
9. History of Brigham Young, *Millennial Star*, 11 de julio de 1863, pág. 438.
10. “Letter from Oliver Cowdery to W. W. Phelps”, *Latter-day Saints’ Messenger and Advocate*, octubre de 1835, pág. 199.
11. *History of the Church*, 1:78.
12. *History of the Church*, 1:78.
13. Lucy Mack Smith, *History of Joseph Smith*, pág. 168.
14. Citado por Dean Jessee, editor, en “Joseph Knight’s Recollection of Early Mormon History”, pág. 37.
15. *History of the Church*, 5:126.
16. *History of the Church*, 2:443.
17. “Conference Minutes”, *Times and Seasons*, 1º de mayo de 1844, págs. 522–523.
18. Joseph Knight Autobiographical Sketch, 1862; Archivo Histórico de la Iglesia SUD.
19. Newel Knight, citado en “A Study of the Origins of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints in the States of New York and Pennsylvania, 1816–1831” de Larry Porter, disertación para doctorado, Brigham Young University, 1971, pág. 296.

20. *Broome Republican*, 5 de mayo de 1831; citado en "A Study of the Origins of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints", de Larry Porter, págs. 298–299; cursiva agregada.
21. Lucy Mack Smith, *History of Joseph Smith*, pág. 204.

CAPÍTULO TRES

1. Orson F. Whitney, "Newel K. Whitney", *Contributor*, ene. de 1885, pág. 125. Véase también del élder Rex C. Reeve, "José Smith, el instrumento escogido", *Liahona*, enero de 1986, pág. 62.
2. Elizabeth Ann Whitney, citado en *Women of Mormondom*, de Edward W. Tullidge, 1877, pág. 42.
3. Orson F. Whitney, en Conference Report, abril de 1912, pág. 50.
4. Brigham Young, en *Journal of Discourses*, 11:295.
5. Orson F. Whitney, "Newel K. Whitney", pág. 126.
6. Joseph Holbrook, citado por James L. Bradley en *Zion's Camp 1834: Prelude to the Civil War*, 1990, pág. 33.
7. George Albert Smith, "History of George Albert Smith, 1834–1871", pág. 17; en los Archivos de la Iglesia SUD.
8. *History of the Church*, 2:73.
9. *History of the Church*, 2:68.
10. Joseph Young, padre, *History of the Organization of the Seventies*, 1878, pág. 14.
11. Wilford Woodruff, *Deseret News*, 22 de diciembre de 1869, pág. 543.
12. "Zera Pulsipher Record Book, 1858–1878", pág. 5; en los Archivos de la Iglesia SUD.
13. "History of John E. Page", *Deseret News*, 16 de junio de 1858, pág. 69.
14. Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball*, 3a. ed., 1945, pág. 104.
15. Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball*, pág. 105.
16. Eliza R. Snow: *An Immortal*, 1957, pág. 54.
17. "Sketch of an Elder's Life", *Scraps of Biography*, 1883, pág. 12.
18. Daniel Tyler, "Incidents of Experience", *Scraps of Biography*, pág. 32.
20. Eliza R. Snow, citado por Tullidge en *Women of Mormondom*, pág. 95.

CAPÍTULO CUATRO

1. Emily M. Austin, *Mormonism; or, Life Among the Mormons*, 1882, pág. 63.
2. Emily M. Austin, *Mormonism*, pág. 64.
3. José Smith, *Latter-day Saints' Messenger and Advocate*, septiembre de 1835, pág. 179.
4. Larry C. Porter, "The Colesville Branch in Kaw Township, Jackson County, Missouri, 1831 to 1833", *Regional Studies in Latter-day Saint Church History: Missouri*, Arnold K. Garr y Clark V. Johnson, editores, 1994, págs. 186–287.
5. *History of the Church*, 1:199.
6. Emily M. Austin, *Mormonism*, pág. 67.
7. *Autobiography of Parley P. Pratt*, de Parley P. Pratt, hijo, editor, 1938, pág. 72.
8. *History of the Church*, 1:269.
9. Donald Q. Cannon y Lyndon W. Cook, editores, *Far West Record*, 1983, pág. 65.

10. "Newel Knight's Journal", *Scraps of Biography*, 1883, pág. 75.
11. Mary Elizabeth Rollins Lightner, *Utah Genealogical and Historical Magazine*, julio de 1926, pág. 196.
12. *History of the Church*, 1:391.
13. "Philo Dibble's Narrative", *Early Scenes in Church History*, 1882, págs. 84–85.
14. *Autobiography of Parley P. Pratt*, pág. 102.
15. "Newel Knight's Journal", *Scraps of Biography*, pág. 85.
16. Andrew Jenson, *The Historical Record*, 1888, 7:586.
17. D. y C. 116:1; véase también D. y C. 107:53–57; *History of the Church*, 3:34–35.
18. Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball*, 3a. ed., 1945, págs. 213–214.
19. Leland Homer Gentry, "A History of the Latter-day Saints in Northern Missouri from 1836 to 1839", disertación para doctorado, Brigham Young University, 1965, pág. 419.
20. Amanda Barnes Smith, citada por Edward W. Tullidge en *Women of Mormondom*, 1877, págs. 124, 128.
21. Amanda Barnes Smith, citada por Edward W. Tullidge en *Women of Mormondom*, 1877, pág. 126.
22. E. Dale LeBaron, "Benjamin Franklin Johnson: Colonizer, Public Servant and Church Leader", tesis para maestría, Brigham Young University, 1966, págs. 42–43.
23. Leland Homer Gentry, "A History of the Latter-day Saints in Northern Missouri", pág. 518.
24. *Autobiography of Parley P. Pratt*, pág. 211.
25. "Copy of a Letter from J. Smith Jr. to Mr. Galland", *Times and Seasons*, febrero de 1840, pág. 52.
26. Lyman Omer Littlefield, *Reminiscences of Latter-day Saints*, 1888, págs. 72–73.
27. *History of the Church*, 3:423.
28. Matthias F. Cowley, *Wilford Woodruff*, 1909, pág. 102.

CAPÍTULO CINCO

1. "Journal of Louisa Barnes Pratt", *Heart Throbs of the West*, compilado por Kate B. Carter, 12 tomos, 1939–1951, 8:229.
2. "Journal of Louisa Barnes Pratt", 8:233.
3. "Journal of Mary Ann Weston Maughan", *Our Pioneer Heritage*, compilado por Kate B. Carter, 9 tomos, 1958–1966, 2:353–354.
4. *History of the Church*, 4:186.
5. Louisa Decker, "Reminiscences of Nauvoo", *Woman's Exponent*, marzo de 1909, pág. 41.
6. "The Mormons and Indians", *Heart Throbs of the West*, 7:385.
7. B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 2:472.
8. *History of the Church*, 5:2.
9. Acta de la Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo, 28 de abril de 1842, pág. 40.
10. Acta de la Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo, 28 de abril de 1842, pág. 33.
11. "Journal of Louisa Barnes Pratt", 8:231.

12. *History of the Church*, 4:587, 604; 6:558.
13. *History of the Church*, 6:555.
14. Kenneth W. Godfrey, "A Time, a Season, When Murder Was in the Air", *Mormon Heritage*, julio/agosto de 1994, págs. 35–36.
15. *History of the Church*, 6:601.
16. Matthias Cowley, "Reminiscences", 1856, pág. 3; en los Archivos de la Iglesia SUD.
17. Thomas Ford, *A History of Illinois*, editado por Milo Milton Quaife, 2 tomos, 1946, 2:217.
18. Thomas Ford, *A History of Illinois*, 2:221–223.
19. *History of the Church*, 7:230.
20. Citado en *History of the Church*, 7:236.
21. Citado en *History of the Church*, 7:236.
22. Citado en *History of the Church*, 7:236.

CAPÍTULO SEIS

1. Juanita Brooks, editora, *On the Mormon Frontier*, 1:114.
2. Juanita Brooks, editora, *On the Mormon Frontier*, 1:117.
3. James B. Allen, *Trials of Discipleship: The Story of William Clayton, a Mormon*, 1987, pág. 202.
4. Russell R. Rich, *Ensign to the Nations*, 1972, pág. 92.
5. *Readings in LDS Church History: From Original Manuscripts*, de William E. Berrett y Alma P. Burton, editores, 3 tomos, 1965, 2:221.
6. James S. Brown, *Giant of the Lord: Life of a Pioneer*, 1960, pág. 120.
7. Véase la cita de Caroline Augusta Perkins en "The Ship Brooklyn Saints", *Our Pioneer Heritage*, 1960, pág. 506.
8. Utah Semi-Centennial Commission, *The Book of the Pioneers*, 1897, 2 tomos, 2:54; en los Archivos de la Iglesia SUD.
9. "Jean Rio Griffiths Baker Diary", 29 de septiembre de 1851; en los Archivos de la Iglesia SUD.
10. "Story of Nellie Pucell Unthank", *Heart Throbs of the West*, compilado por Kate B. Carter, 12 tomos, 1939–1951, 9:418–420.
11. William Palmer, citado por David O. McKay en "Pioneer Women", *Relief Society Magazine*, enero de 1948, pág. 8.

CAPÍTULO SIETE

1. Véase *Journal of Discourses*, 13:85–86.
2. John R. Young, *Memoirs of John R. Young*, 1920, pág. 64.
3. Carter E. Grant, *The Kingdom of God Restored*; 1955, pág. 446.
4. Citado por B. H. Roberts en *Life of John Taylor*, 1963, pág. 202.
5. Francis M. Gibbons, *Lorenzo Snow: Spiritual Giant, Prophet of God*, 1982, pág. 64.
6. "The Church in Spain and Gibraltar", *Friend*, mayo de 1975, pág. 33.
7. R. Lanier Britsch, *Unto the Islands of the Sea: A History of the Latter-day Saints in the Pacific*, 1986, págs. 21–22.
8. Charles W. Nibley, "Reminiscences of President Joseph F. Smith", *Improvement Era*, enero de 1919, págs. 193–194.

9. Citado por Russell R. Rich en *Ensign to the Nations*, 1972, pág. 349.
10. *Diary of Charles Lowell Walker*, de A. Karl Larson y Katharine Miles Larson, editores, 2 tomos, 1980, 1:239.
11. Leonard J. Arrington, *Charles C. Rich*, 1974, pág. 264.
12. Elizabeth Wood Kane, *Twelve Mormon Homes Visited in Succession on a Journey through Utah to Arizona*, 1974, págs. 65–66.
13. Citado por Gordon B. Hinckley en *La Verdad Restaurada*, 1979, pág. 150.
14. Brigham Young, en *Journal of Discourses*, 18:233.

CAPÍTULO OCHO

1. Kahlile Mehr, “Enduring Believers: Czechoslovakia and the LDS Church, 1884–1990”, *Journal of Mormon History*, otoño de 1992, págs. 112–113.
2. R. Lanier Britsch, *Unto the Islands of the Sea: A History of the Latter-day Saints in the Pacific*, 1986, págs. 352–354.
3. Lee G. Cantwell, “The Separating Sickness”, *This People*, verano de 1995, pág. 58.
4. B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 5:592.
5. B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 5:593.
6. B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 5:590–591.
7. Melvin J. Ballard: *Crusader for Righteousness*, 1966, págs. 16–17.
8. James R. Clark, recop., *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, 3:256–257.
9. James B. Allen, Jessie L. Embry, Kahlile B. Mehr, *Hearts Turned to the Fathers: A History of the Genealogical Society of Utah, 1894–1994*, 1995, págs. 39–41.
10. B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 6:236.
11. “Wilford Woodruff Journals”, 1833-1898, 6 de abril de 1893; en los Archivos de la Iglesia SUD.
12. Richard Neitzel Holzapfel, *Every Stone a Sermon*, 1992, págs. 71, 75, 80.
13. Matthias F. Cowley, *Wilford Woodruff*, 1909, pág. 602.
14. “The Redemption of Zion”, *Millennial Star*, 29 de noviembre de 1900, pág. 754.
15. “Biographical Sketches: Jennie Brimhall and Inez Knight”, *Young Women’s Journal*, junio de 1898, pág. 245.

CAPÍTULO NUEVE

1. Citado por Serge F. Ballif en Conference Report, octubre de 1920, pág. 90.
2. *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, comp. por James R. Clark, 6 tomos, 1965–1975, 4:222.
3. “Editorial”, *Improvement Era*, noviembre de 1936, pág. 692.
4. First Presidency, en Conference Report, octubre de 1936, pág. 3.
5. J. Reuben Clark, hijo, reunión especial con presidentes de estaca, 2 de octubre de 1936.
6. Para mayor información, véase de Glen L. Rudd, *Pure Religion: The Story of Church Welfare Since 1930*, 1995.
7. Vincenzo di Francesca, “I Will Not Burn the Book!”, *Ensign*, enero de 1988, pág. 18.
8. George Albert Smith, en Conference Report, abril de 1948, pág. 162.
9. George Albert Smith, *Sharing the Gospel with Others*, selecciones de Preston Nibley, 1948, págs. 110–112.

10. George Albert Smith, en Conference Report, octubre de 1947, págs. 5–6; véase también “La paz mundial”, *Liahona*, julio de 1990, pág. 87.
11. Véase de Glen L. Rudd, *Pure Religion*, pág. 248; véase también del presidente Thomas S. Monson, “El guarda de mi hermano”, *Liahona*, enero de 1995, págs. 51–52.
12. Ezra Taft Benson, en Conference Report, abril de 1947, pág. 154.
13. Citado por Gerry Avant en “War Divides, but the Gospel Unites”, *Church News*, 19 de agosto de 1995, pág. 5.
14. Para mayor información véase de Glen L. Rudd, *Pure Religion*, págs. 254–261.
15. George Albert Smith, en Conference Report, abril de 1949, pág. 10.
16. Citado por Llewelyn R. McKay en *Home Memories of President David O. McKay*, 1956, págs. 5–6.
17. George Durrant, “Nº 1 Christian”, *Improvement Era*, noviembre de 1968, págs. 82–84.

CAPÍTULO DIEZ

1. Joseph Fielding Smith, en Conference Report, abril de 1930, pág. 91.
2. “Consejo a los santos y al mundo”, *Liahona*, diciembre de 1972, pág. 8.
3. Francis M. Gibbons, *Harold B. Lee*, 1993, pág. 459.
4. Jay M. Todd, “The Remarkable Mexico City Area Conference”, *Ensign*, noviembre de 1972, págs. 90, 93, 95.
5. “Un momento especial en la historia de la Iglesia”, *Liahona*, febrero de 1978, pág. 33.
6. E. Dale LeBaron, “Black Africa”, *Mormon Heritage*, marzo-abril, 1994, pág. 20.
7. *The Teachings of Spencer W. Kimball*, editado por Edward L. Kimball, 1982, pág. 451.
8. Bruce R. McConkie, “All Are Alike unto God” *Charge to Religious Educators*, 2a. ed., 1981, pág. 153.
9. E. Dale LeBaron, “Black Africa”, pág. 24.
10. Spencer W. Kimball, “The Second Century of Brigham Young University”, *Speeches of the Year, 1975*, 1976, pág. 247.
11. *Spencer W. Kimball*, de Edward L. Kimball, Andrew E. Kimball, hijo, editores, 1977, pág. 334.

CAPÍTULO ONCE

1. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 233–234. Véase también de Ezra Taft Benson, *A Witness and a Warning*; 1988, págs. 3, 21.
2. “Una responsabilidad sagrada”, *Liahona*, julio de 1986, págs. 71–72.
3. “Cuidaos del orgullo”, *Liahona*, julio de 1989, págs. 7, 8.
4. Thomas S. Monson, “Demos gracias a Dios”, *Liahona*, julio de 1989, págs. 62–63.
5. Garold y Norma David, “The Wall Comes Down”, *Ensign*, junio de 1991, pág. 33.
6. *Church News*, 29 de junio de 1991, pág. 12.
7. *Church News*, 11 de junio de 1994, pág. 14.
8. Eleanor Knowles, *Howard W. Hunter*, 1994, pág. 193.
9. “El presidente Howard W. Hunter: In memoriam”, *Liahona*, mayo de 1995, cita introductoria.
10. *Church News*, 17 de diciembre de 1994, pág. 3.
11. *Church News*, 18 de marzo de 1995, pág. 10.

12. Gordon B. Hinckley: *Man of Integrity, 15th President of the Church*, videocasete, 1994.
13. Jeffrey R. Holland, "President Gordon B. Hinckley", *Ensign*, junio de 1995, pág. 5.
14. *Church News*, 18 de marzo de 1995, pág. 10.
15. Gordon B. Hinckley, "Addresses", AV 1801, en Archivos de la Iglesia SUD.
16. "Mantengámonos firmes; guardemos la fe", *Liahona*, enero de 1996, pág. 80.
17. "Permanezcan firmes frente a las asechanzas del mundo", *Liahona*, enero de 1996, pág. 117.
18. "President Gordon B. Hinckley", *Ensign*, junio de 1995, pág. 13.

CONCLUSIÓN

1. Citado por el élder M. Russell Ballard en "Deberes, recompensas y riesgos", *Liahona*, enero de 1990, pág. 36. Véase también *History of the Church*, 4:540.

